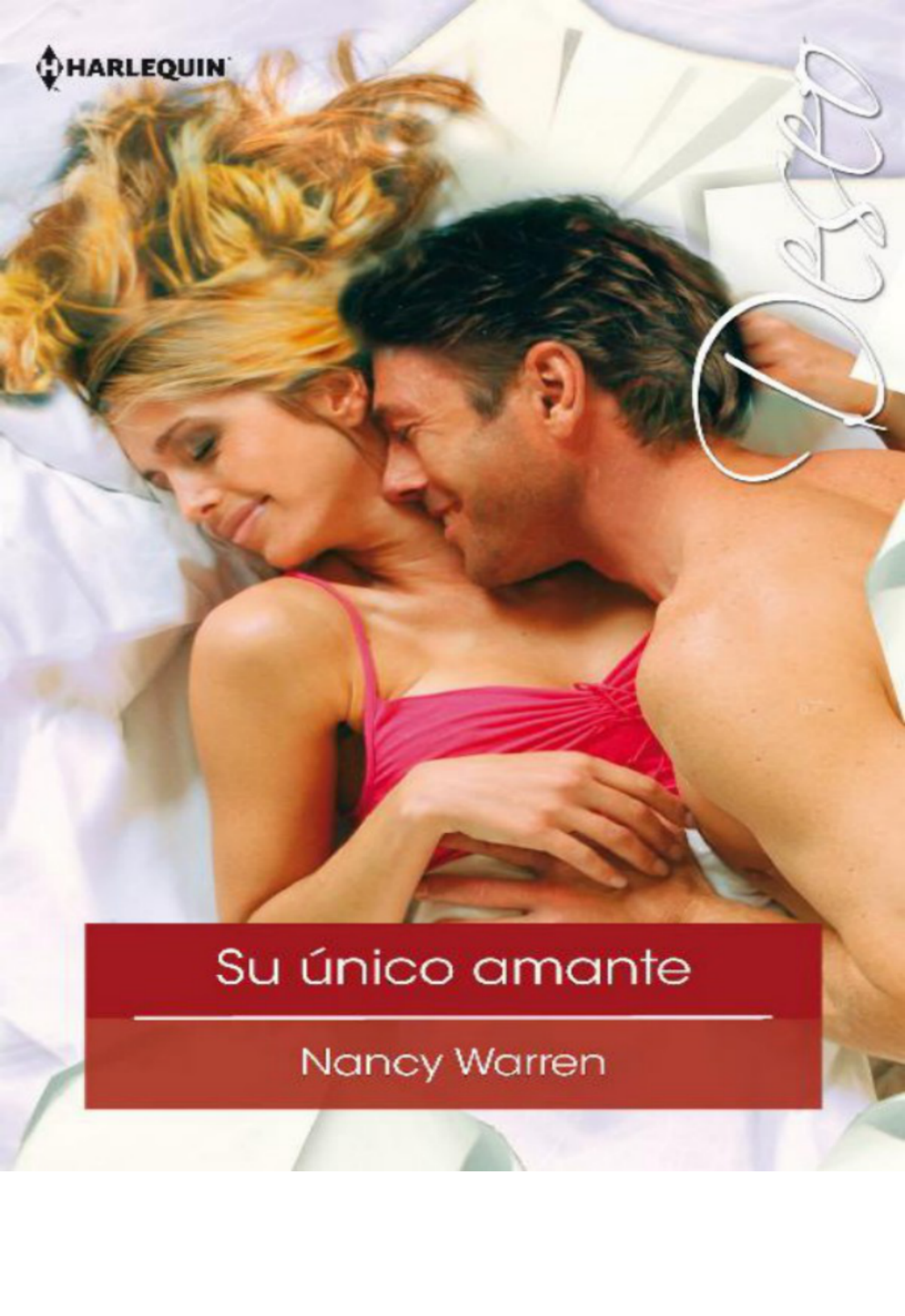

HARLEQUIN
Deseo
Su único amante
Nancy Warren

Su único amante

Después de que la despidieran de su trabajo por haber intimado con un compañero, Jane Stafford decidió que ya era suficiente. Para mantener a los hombres a raya, se puso un anillo de casada con la esperanza de que la juzgaran por su inteligencia en vez de por su belleza. Pero entonces conoció a su nuevo jefe y ya no estuvo segura de que su plan fuera tan bueno. Spencer Tate era un plan mucho mejor… y de repente estuvo más que dispuesta a quitarse el anillo ¡y la ropa!

A Spencer no lo sorprendió enterarse de lo que le había pasado a Jane en su último trabajo. Era una mujer muy hermosa y él mismo se veía tentado. Afortunadamente, el anillo que llevaba Jane le recordaba cada día, y cada noche, que estaba fuera de su alcance…

Un falso anillo la protegía de la tentación… de momento.

Capítulo Uno

Jane Stanford se casó un viernes. Lo celebró llevándose a su mejor amiga, Alicia Margolin, a cenar. Jane observaba a su amiga mientras ésta consultaba con emoción las especialidades en la pizarra. Estaban en uno de los restaurantes de marisco nuevos del elegante barrio de Yaletown de la ciudad de Vancouver.

—Tengo un hambre que me muero. He oído que este sitio es fabuloso, pero Chuck es demasiado tacaño para traerme aquí —se quejaba Alicia mientras se fijaba en el moderno decorado del local —. Espera a que le cuente que me has invitado a cenar aquí. ¿Qué estamos celebrando? ¿Que no tienes que trabajar más conmigo?

Jane sonrió maliciosamente.

—Estamos celebrando algo, pero no eso.

Alicia abrió los ojos como platos.

—¿Tienes un trabajo nuevo?

—Aún no.

A jane se le encogió el estómago y de pronto se le quitó el hambre. No estaba allí para recrearse con el pasado; estaba dando los pasos necesarios para asegurarse un futuro de éxito.

Como si fuera una maga, Jane hizo un movimiento con la mano delante de Alicia. En su dedo anular brillaba una gruesa alianza de oro engastado en diamantes.

Alicia se quedó boquiabierta.

—Me he casado.

—¿Cómo? —dijo Alicia en voz alta.

El nivel de ruidos del restaurante disminuyó, y algunos curiosos se volvieron a mirar a Alicia.

—¿Cuándo? ¿Por qué no me he enterado de nada? —añadió Alicia—. ¿Cómo es que no me has invitado? Soy tu mejor amiga... —Alicia dejó de hablar y la miró con confusión—. ¿Quién demonios es él?

Jane decidió contestar a la última pregunta que era la más importante.

—Es el mejor esposo del mundo —se inclinó hacia atrás con la copa de vino en la mano mientras reflexionaba sobre la perfección de su esposo—. Nunca deja el asiento del baño levantado ni ropa sucia tirada por la casa. Ni fuma, ni bebe, ni juega —miró a Alicia

—. Y siempre me anima a que me compre todo lo que quiera.

—Vamos —dijo Alicia con sorna—. Ese hombre no existe.

Jane sonrió llena de felicidad. —Exactamente.

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó Alicia. —Se me ocurrió después de que me despidieran —empezó a decir Jane.

—Cariño, sé que tu autoestima está por los suelos, pero si te has casado con ese tipo, Owen, que se pasa todo el tiempo con tripas de pescado...

—Es un biólogo marino... Pero no, no me he casado con Owen. La verdad es que no me he casado con nadie. Sólo finjo estar casada.

Alicia esperó con impaciencia a que se marchara el camarero, que acababa de llevarles la comida. —¿Has perdido el juicio? —le preguntó Alicia. —No, para nada —contestó Jane mientras sentía una nueva oleada de amargura—. Estoy harta de que me molesten tipos como Phil Johnson sólo porque soy soltera y viajo mucho con el trabajo. Hice ese cursillo de defensa personal para mujeres, que fue como Johnson consiguió ese ojo morado; me visto como una monja...

—Es tu físico —la interrumpió Alicia—. Podrías ser una monja y los hombres continuarían cayendo a tus pies —se metió una gamba en la boca—. Si no fueras mi mejor amiga, te odiaría.

—Las mujeres casadas no sufren ese tipo de acoso todo el tiempo. A ti no te acosan.

—Pensándolo mejor, te odio —contestó Alicia.

—Tener un marido significa que no tendré que inventarme un montón de excusas cuando no me interese un hombre. Así gozaré de todos los beneficios de estar casada sin tener un hombre pegado a mí todo el tiempo. ¿Así que qué te parece?

—Creo que es la idea más tonta que he oído en mi vida —dijo Alicia sin rodeos—. ¿Y la noche de bodas?

Jane alzó la cabeza.

—Esta es la noche de bodas.

Alicia sonrió con complicidad.

—Hay una ventaja de estar casada de la que me parece que te has olvidado.

—Si te refieres al sexo, me divierte más ver una película antigua en televisión y así no tengo que aguantar después los ronquidos.

Su amiga negó con la cabeza y sacudió la mata de rizos negros.

—¿Y qué pasará cuando conozcas a un hombre que te haga tilín?

—Nada.

—Está claro que nunca has estado enamorada —Alicia estiró el brazo y le tomó la mano a su amiga—. No lo hagas. Aún quedan hombres buenos.

¿Por qué la gente casada siempre actuaba como si ella fuera deficiente mental? Claro que había aún hombres buenos; y también perros leales y loros que hablaban. Pero no le interesaba ninguno de ellos.

No quiero amor. Quiero hacerme de una profesión. Quiero que se me tome en serio y que se me

permita llegar todo lo lejos posible. Entre mi madre que quiere que me case con el «hombre adecuado» y todos los hombres que he conocido en mi vida, creo que de haberme enamorado ya lo sabría.

—¿Es que no te das cuenta? Estás exagerando porque te han despedido. Creo que deberías denunciarlo por acoso sexual.

Jane suspiró mientras retiraba a un lado el plato de salmón a medio comer.

—Ya he hablado con mi abogado. No fue demasiado inteligente por mi parte darle un puñetazo a Johnson. Si lo denuncio por acoso sexual, él dirá que yo lo pegué. Ya sabes lo taimado que es. Y, además, nadie le vio tocarme el pecho en el ascensor, pero muchas personas me vieron pegándolo.

Alicia se echó a reír.

—Salió volando del ascensor, como si alguien le hubiera pegado un tiro, con la nariz sangrando. No se me olvidará mientras viva —añadió Alicia con sorna—. Pero no es justo que te despidieran.

—No, no lo es.

Sintió náuseas sólo de pensar en cómo aquel pervertido le había fastidiado su carrera profesional, y de pensar en cómo su jefe, un hombre por supuesto, había ignorado su parte de la historia y la había despedido. No era justo. Había trabajado tanto, y cumplido las normas; pero eran normas de hombres. Por eso había decidido que desde ese momento en adelante tendría a un hombre a su lado: a su marido ficticio.

—Yo creo que ahora todo es más justo.

Alicia la miró como si considerara la idea de Jane en serio por primera vez en toda la noche. Jane se sintió algo más esperanzada al pensar que su mejor amiga la apoyaría, hasta que vio que Alicia negaba con la cabeza.

—Tal vez funcionaría si no fueras la peor mentirosa del planeta —comentó Alicia.

—Yo nunca miento —dijo Jane. —Exactamente. Para ser una comercial, eres tan honrada que resulta vergonzoso —su amiga se

echó a reír.

—Pero esto no será como mentir —dijo Jane—. Sólo es una mentirijilla, que no hará daño a nadie. Y los beneficios son mucho mayores que los obstáculos.

Pensó en lo mucho que había sufrido su carrera profesional por el hecho de ser soltera, y eso le hizo empeñarse más en continuar con su plan.

—No. Estoy decidida —dio un golpecito con la alianza en la copa de vino y la levantó para brindar—. Por el señor Stanford.

Alicia no alzó su copa. En su rostro, habitual—mente risueño, había una expresión de preocupación.

—Johnson se está llevando los laureles por el contrato con Marsden Holt.

Jane bajó su copa.

—Lo sé. Me dejé la piel para conseguir ese contrato. Acababan de darme su palabra de que comprarían el nuevo programa de inventario cuando Johnson empezó a sobarme en el ascensor para «celebrarlo».

—Ah, me pone negra. No puedo creer que le esté saliendo tan bien —comentó Alicia con fastidio mientras se metía otra gamba en la boca.

—Tal vez no sea así—comentó Jane.

Su amiga la miró esperanzada.

—Tengo una entrevista en Datatracker el lunes —añadió Jane.

—¿En Datatracker? Leí un artículo sobre el presidente, Spencer Tate. Es uno de esos ejecutivos que ha conseguido ganar dinero y mantenerse a flote. Y es tan guapo. Tiene el cerebro de Bill Gates y el físico de Harrison Ford, cuando era joven, claro.

—¿De verdad? ¿Quieres decir como en La Querrá

de las Galaxias? —preguntó Jane, intrigada a su pesar.

Alicia se quedó pensativa un momento. —Más o menos como en Armas de Mujer. Te lo digo en serio, déjate el anillo en casa.

—Seguramente estará casado. Además, la única cosa peor que acostarme con un hombre casado sería hacerlo con mi jefe. ¿Es que no me has oído lo que he dicho antes? Me tomo mi trabajo muy en serio. Acostarse con el jefe es como suicidarse, profesionalmente hablando. —¿Y no podrías...?

—Lo único que quiero es que lea mi curriculum. En los últimos años, Datatracker se ha convertido en nuestro, quiero decir, en vuestro competidor más peligroso —tamborileó sobre la mesa con las uñas perfectamente pintadas y arregladas—. No creo que sea una mujer vengativa, pero disfrutaré siendo la competidora de

Johnson.

—Bueno, espero que nos quites a todos nuestros clientes —exclamó su leal amiga—. Entonces ven a buscarme.

—Ni siquiera me han hecho la entrevista, aunque he tenido ya contacto con algunos comerciales de Datatracker —Jane se encogió de hombros—. Quiero empaparme de la atmósfera de ese sitio, ver si puedo encajar. No puedo permitirme cometer otro error.

Alicia asintió.

—Entérate de su política de acoso sexual. Cuando se marchaban, un tipo con traje de chaqueta se adelantó a Jane para abrirles la puerta del restaurante. Ella se volvió con una sonrisa de agradecimiento en los labios. Había dos hombres, y ambos parecían de fuera. El que sujetaba la puerta la miró con curiosidad; su acompañante se acercó un poco. —¿Señoritas, les apetecería...? —empezó a decir el hombre.

Jane alzó su mano izquierda para que vieran el destello de los diamantes de la alianza a la luz que proyectaban los alógenos del techo.

—Estamos casadas —dijo en tono seco.

—Claro —dijo el que había hablado antes—. Pero tenía que intentarlo.

Mientras salían del restaurante, Jane se acercó a Alicia y le susurró al oído:

—¿Sigues pensando que es la idea más tonta que has oído en tu vida?

A Jane desde luego no le parecía. En realidad, lo que creía era que el imaginario señor Stanford era la mejor ocurrencia que había tenido en la vida.

Jane jugueteaba con la alianza, que esperaba que le diera suerte además de ser un freno para los babosos. Cuando la joven mujer asiática dijo su nombre en voz alta, Jane se levantó rápidamente y se preparó para hacer lo que mejor sabía hacer: vender. Sólo que esa vez se vendería a sí misma.

—Por favor, pase por aquí.

La mujer la condujo a través de un laberinto de despachos. La mayoría de las personas que los ocupaban parecían extras de una de esas películas de genios de la informática.

Tras cruzar un pasillo corto la invitaron a pasar al despacho del presidente.

Pestañeó con sorpresa al ver el desorden del despacho de Spencer Tate. Pero la sorpresa fue mayor cuando un hombre alto y moreno se levantó de un escritorio lleno de papeles. Era más joven

de lo que había esperado, de unos treinta y pocos años, y cuando le dio la mano, lo hizo con firmeza y calor.

—Spencer —se presentó informalmente el hombre.

Se sorprendió de que un hombre que tenía fama de ser una adicto al trabajo tuviera una voz tan

melódica. Entonces sonrió y la sorprendió aún más. Jane pensó que su rostro tenía el encanto de un chiquillo; y un aspecto tan inocente y jovial que daban ganas de perdonarle todo lo guapo que era. Jane le devolvió la sonrisa. —Jane Stanford.

Spencer Tate le señaló un sillón de cuero gris y, en lugar de sentarse otra vez a su escritorio, tomó una carpeta y se sentó en otro sillón idéntico que había junto al de Jane. Jane pensó que no era de esas personas a las que les gustaba utilizar el mobiliario para intimidar.

Mientras se acomodaba y abría la carpeta, Jane lo estudió con disimulo. Lo primero que se dio cuenta fue de que le hacía falta un corte de pelo. Los mechones de cabello castaño se le rizaban a la altura del cuello de la camisa y sobre las orejas. Tenía la corbata torcida y la camisa arrugada, que se le salía un poco por fuera de los pantalones.

Sin embargo, de cuerpo estaba en forma. Lo cual era más de lo que podía decir de su escritorio. La pizarra blanca y grande que había en la pared de espaldas a su silla estaba cubierta de garabatos incomprensibles dignos del mismo Einstein. Su aspecto era más parecido al de uno de esos científicos despistados que al del presidente de una de las empresas de tecnología punta de desarrollo más rápido de todo el país.

Tate se aclaró la voz antes de mirarla con sus ojos marrones. No eran los ojos de un chiquillo o de un científico excéntrico, sino los de un hombre maduro. A Jane le dio la impresión de que su aspecto exterior escondía una voluntad de hierro.

—Me sorprende que se marchara de Graham's. Es una buena empresa.

Jane había esperado esa pregunta. Su abogado y ella habían acordado que lo más importante era proteger su buen nombre. Cada parte había acordado no hablar mal del otro, y por eso tenía una excelente carta de recomendación de Charles Graham. A cambio, ella había prometido no hablar mal de su antiguo jefe.

—Es una empresa estupenda —respondió Jane tal y como había ensayado de antemano—. Sólo necesitaba un cambio.

El la observó un momento con interés, pero Jane no pensaba decir más de lo que había planeado. Entonces él asintió antes de

bajar la vista a las hojas que tenía delante.

—Tiene un récord de ventas impresionante.

—Gracias. Me gusta trabajar.

Al oír eso Spencer sonrió, y Jane sintió que su encanto la acariciaba como una brisa tropical.

—Aquí encajará, entonces. Soy un adicto al trabajo. Yumi, mi secretaria, se queja todo el tiempo, pero trabaja más que yo. A pesar de la carga de trabajo, somos un equipo bastante relajado y trabajamos bajo el principio de la confianza. Pero como he dicho, hay mucho estrés, fechas tope, trabajo hasta tarde en la oficina... ¿Es capaz de desenvolverse en este tipo de ambiente?

Jane se quedó algo confusa hasta que se dio cuenta de que él le miraba el anillo de casada.

—Disfruto de mi trabajo, señor Tate. Me lo tomo muy en serio.

—Llámeme Spencer —dijo él—. Mire, su vida personal no es asunto mío. Sólo quiero dejar las cosas claras. Para serle sincero, esta empresa ya ha conseguido que mi matrimonio se vaya a pique. No quiero ver que a nadie más le pasa lo mismo por esa razón.

Jane se inclinó hacia delante.

—Créame, este empleo no romperá mi matrimonio.

—Supongo que sabe que tendrá que viajar mucho —levantó la vista y ella se fijó en el marrón intenso de sus ojos, como el del café expreso en un día soleado.

En los dos años que llevaba en esa actividad había oído hablar mucho de Spencer Tate. La gente utilizaba epítetos tales como «brillante», «astuto», «dinámico» o «creativo» para describirlo. Habían olvidado decir algo de lo que se estaba dando cuenta en ese momento. Era guapísimo.

El continuaba observándola con expresión interrogante, sin duda a la espera de que ella le respondiera. Ella repasó mentalmente la última parte de la conversación y asintió.

—Sí, estoy acostumbrada a viajar.

—¿Habla usted algún idioma extranjero?

Ella volvió a asentir.

—Francés y alemán bien, y suficiente italiano para defenderme. Estuve unos años estudiando en Suiza.

—¿En la escuela de empresariales? —le preguntó él.

Jane se puso colorada.

—No, en una escuela de señoritas para aprender a comportarse en sociedad.

—¿No le gustó la experiencia?

En absoluto. Ella habría querido ir a la facultad, pero sus padres

sólo querían que conociera al hombre adecuado, que se uniera a los círculos adecuados y que tuviera los hijos adecuados. Aún lo deseaban para ella. Pero aquélla era una entrevista de trabajo, no el diván de un psicoanalista, de modo que se encogió de hombros y respondió.

—La escuela para señoritas resultaba algo pasado de moda, pero me encantó estar en Europa y pude practicar varios idiomas.

Él se arrellanó en el asiento y colocó un tobillo sobre la rodilla opuesta.

—¿Y dígame, por qué le interesa trabajar aquí?

—Llevo dos años vendiendo en la competencia.

Sé mucho de su empresa; es un negocio serio, respetado y floreciente. Si me permite serle sincera... —esperó hasta que él asintió para continuar—, su mayor debilidad estriba en el departamento de ventas. Veo en esto una excelente oportunidad para ambos.

Él no dejaba de observarla mientras hablaba, y no le contestó inmediatamente.

—Mi empresa ha estado perdiendo contratos que merecíamos para nosotros. Sobre todo a Graham's —se arrellanó en el asiento de cuero y estiró sus piernas largas—. Me sorprende que pudiera vender los sistemas Graham's cuando sabe que la calidad de nuestro producto es superior.

—Graham's es una empresa más grande —dijo ella—, con un historial continuado de productos de confianza.

—Nuestros sistemas son más fáciles de instalar y se estropean menos —respondió, como si estuviera presumiendo sobre su hijo favorito—. ¿Podría vender nuestros sistemas con el mismo convencimiento con que vendía los de Graham's?

Ella le respondió sinceramente.

—Si creo en ello, sí. Y por lo que he visto, no creo que eso pueda ser un problema.

Él la miró como si no pudiera decidirse acerca de algo. Su mirada se fijó un par de veces en el anillo de casada. ¿Se trataría de eso? ¿Acaso aquel hombre no sabía que no se podía decidir sobre si contratar o no a una persona basándose en su estado civil? Tenía ganas de gritar. Soltera o casada, no parecía ganar nunca.

—Creo que nuestro salario base es un poco más bajo que el de la otra empresa, pero las comisiones son más generosas. Si es tan buena como piensa, debería terminar ganando más con nosotros.

Ella vaciló mientras giraba la alianza extraña en su dedo distraídamente.

—El dinero no me motiva tanto como otros factores —Jane aspiró hondo, diciéndose que sería mejor ir al grano—. Soy una persona que rinde más de lo esperado. Me encanta vender, pero mi plan eventual es ascender a un puesto ejecutivo. ¿Qué le parecería eso?

Jane lo observó cuidadosamente buscando alguna señal de chovinismo u hostilidad, pero tan sólo vio comprensión. Parecía que Spencer Tate y ella estaban hechos del mismo palo.

—Esta clase de empresa prospera rápidamente, y continuará haciéndolo —le respondió Tate—. Su carrera profesional prosperará con la empresa. Si las cosas van bien, podría ascender a un puesto ejecutivo con facilidad. Maldita sea, no sé cuánto tiempo voy a estar aquí. Tal vez termine de presidenta —dijo Spencer.

Él corazón le latía más deprisa.

¿Lo dice en serio?

—Totalmente.

De pronto Jane se alegraba de haber perdido su trabajo. Ya sentía como si encajara en aquel lugar.

—Le pediré a Yumi que le enseñe las oficinas. Hable con quien quiera; pregúnteles lo que se le ocurra.

Entonces empezó a hablarle de Datatracker. Jane se dio cuenta del orgullo que sentía por la empresa y por sus empleados. Spencer Tate le hizo unas cuantas preguntas más, y ella le habló de su formación y de su carrera profesional hasta el momento presente.

Fue una entrevista de trabajo atípica. A jane le daba la sensación de estar charlando con alguien que conociera desde hacía tiempo de lo a gusto que se sentía con aquel hombre. Su instinto le decía que podía confiar en él. Y, después de lo que le había pasado en Graham's, la confianza era importante. Hablaron durante casi una hora, aunque le pareciera como si sólo llevara quince minutos en su despacho.

—Me alegro de haberla conocido. Estaremos en contacto —le dijo él al final.

—Lo mismo digo —respondió Jane, que se levantó para marcharse.

Él se puso de pie y le dio la mano. Para horror suyo, al estrechársela Jane notó como si pasara entre ellos una corriente eléctrica, y enseguida la retiró.

Le había dicho que era soltera; pero en ese momento sus hormonas le decían que era un hombre sexualmente atractivo.

Gracias a Dios que tenía a su «marido» para que a ninguno de los dos se les ocurriera ninguna tontería que no estuviera


relacionada con la empresa.

Capítulo Dos

Menos mal que estaba casada, pensaba Spencer mientras observaba a Jane Stanford saliendo de su despacho. De otro modo resultaría una distracción. Se fijó otra vez en ese traje de chaqueta azul marino que no lograba ocultar del todo su generoso cuerpo de mujer.

Llevaba el cabello rubio dorado recogido con un moño bajo, pero se le habían escapado unos cuantos mechones que se rizaban provocativamente alrededor de su rostro. Y no necesitaba maquillaje para enfatizar el azul de sus ojos que tiraba a morado, o sus labios carnosos y sensuales.

Le recordaba a alguien, y en ese momento se dio cuenta de que era a la chica de septiembre del calendario del garaje donde el día anterior le habían hecho la revisión del coche. Tenía los mismos labios carnosos que parecían pedir a gritos un beso, y los mismos ojos grandes y luminosos. Y la chaquetilla del traje no podía ocultar unos pechos turgentes y bien proporcionados que podrían haber servido de página central de cualquier revista... Spencer sacudió la cabeza para librarse de la repentina visión de Jane con la chaquetilla abierta, bajo la cual se le veía...

Esa boca sensual había convencido a muchos clientes para que compraran sistemas informáticos muy caros, y era en eso en lo que se suponía que debía estar pensando. Tal vez fuera tan deseable como la chica de septiembre en ropa interior, pero estaba fuera de su alcance.

Pasó las páginas que contenía la carpeta que tenía delante mientras ponía en orden sus impresiones. Enseguida había notado que era inteligente, que tenía clase. Tenía una personalidad agradable sin ser petulante. Sintió que era una persona a la que podría llegar a apreciar y con la que podría trabajar a gusto. Pero había algo que lo inquietaba. No parecía una de esas personas que abandonara una empresa sólida por capricho.

Descolgó el teléfono y marcó el número directo de un viejo amigo que trabajaba para Graham's.

La información que estaba buscando le costó un par de copas en un bar de moda. Cuando se había enterado de toda la historia, tenía ganas de ponerle el otro ojo morado a aquel canalla de Phil

Johnson. A Spencer no le gustaban los hombres que acosaban a las mujeres en el trabajo. Y los tipos que se interesaban por las mujeres casadas le daban asco.

Lo que Jane había hecho con aquel payaso que no respetaba ni el protocolo de una oficina ni el matrimonio no le pareció mal. Al contrario; la reacción de Jane Stanford le merecía mucho más respeto que la del presidente de Graham's que, en opinión de Spencer, había echado a la persona equivocada.

Descubrió otra cosa después del segundo vermú. Graham's no había conseguido cerrar un trato con un cliente muy lucrativo que Jane había conseguido.

Reflexionó sobre ello mientras se comía un pedazo de pizza en casa delante del televisor. Daría su brazo derecho por conseguir a un cliente como Marsden Holt.

Se preguntó si Jane Stanford estaría interesada en vengarse un poco.

A la mañana siguiente, mientras marcaba su número de teléfono de casa, Spencer seguía pensando lo mismo.

—¿Diga? —respondió Jane.

Notó que por teléfono tenía una voz muy bonita. Un verdadero privilegio para una vendedora.

—Buenos días, Jane. Soy Spencer Tate.

—¡Hola! No esperaba que me llamara tan pronto.

—¿Qué le pareció nuestra empresa?

—Estoy impresionada. Creo que su sistema es mejor que el de Graham's, y desde luego es más económico para el cliente. El ambiente de Datatracker es relajado pero de trabajo serio. Sus empleados parecen contentos.

Tal vez estuviera dándole jabón para conseguir el trabajo, pero a Spencer no le dio esa impresión. Parecía sincera, y él se sentía halagado con su comentario.

—La llamaba para ofrecerle el puesto.

—Maravilloso —respondió Jane—. Acepto.

Hasta ese momento no se había dado cuenta de lo mucho que le había inquietado el hecho de que pudiera rechazarlo. Su aceptación le hizo sentir una punzada de emoción en las entrañas.

—Estupendo, ¿cuándo puede empezar?

—¿Qué le parece el lunes? —le preguntó Jane.

—¿Y qué le parece mañana? —dijo Spencer—. Esto, yo, tengo un proyecto en el que quiero que empiece inmediatamente.

Ella se echó a reír. Tenía una risa suave y musical.

—Sí que me avisó de que era un negrero, ¿verdad?

—No —él sonrió—. Usted me aseguró que era una adicta al trabajo.

—Parece que los dos teníamos razón. Lo veré mañana.

Spencer seguía sonriendo cuando presionó el botón del intercomunicador de Yumi.

Tráeme el archivo de Marsden Holt, ¿quieres?

Yumi sonrió con dulzura mientras le dejaba la carpeta manoseada sobre la mesa.

—Vamos a conseguir a Marsden Holt, Yumi. Jane estuvo a punto de hacerlo en su anterior empleo; pero el contrato aún no ha sido concedido oficialmente a ninguna empresa —se inclinó hacia atrás y cruzó los brazos detrás de la cabeza—. Ya hizo la venta una vez. Tal vez pueda hacerla otra vez teniendo en cuenta que nuestro producto es superior —bajó la mano y tamborileó con los dedos en la mesa—. Será como quitarle un caramelo a un bebé.

Jane dio un sorbo de vino blanco con alivio. Se le habían hinchado los pies en el avión y le molestaban los zapatos de tacón bajo. Tenía el cabello seco de la electricidad estática de la cabina y la piel también. Lo que más le apetecía era darse un baño caliente con aceites esenciales y un par de velas aromáticas encendidas en el borde para relajarse. Pero como aún le quedaba un vuelo más para llegar a casa, se tenía que conformar con tomar una copa con Spencer en el bar del aeropuerto de O'Hare.

Jane jamás había experimentado tres semanas de trabajo tan agotadoras. Estaba aprendiéndose el sistema de Datatracker, memorizando los récords de ventas de su nueva empresa, visitando a clientes en su lugar de trabajo. Y ganándose a Marsden Holt al mismo tiempo.

Otra vez.

Después de su llamada, Marsden Holt había accedido a echarle un nuevo vistazo a lo que Datatracker tenía que ofrecerle. Supuso que lo hacían por hacerle un favor a ella y que en realidad no estaban interesados, pero a jane le encantaban las ventas difíciles tanto como a algunas personas los rompecabezas complicados. Quería aquel contrato tanto como su nuevo jefe, y por razones totalmente personales.

Spencer había insistido para convencerla para que fuera tras de ellos, pero en realidad ella había estado encantada de tener aquella oportunidad. En esa ocasión se vengaría de Johnson sin que llegara la sangre al río, pero de manera mucho más satisfactoria.

Sabía por otros comerciales lo raro que resultaba que Spencer acompañara a uno de sus empleados en un viaje de carácter

comercial. Ella pensaba que lo había hecho porque acababa de empezar en la empresa. Pero en ese momento se daba cuenta de que se trataba del empeño que tenía su jefe con aquella venta. Le había dejado al mando de la reunión, contestando sólo a las preguntas que le habían dirigido a él; pero la presencia del presidente de la empresa era un mensaje bien claro para el cliente.

Spencer dio un buen trago de la jarra de cerveza helada.

—Mmm. Bueno, creo que esa presentación ha ido bastante bien. ¿Qué te parece? Tú los conoces mejor que yo.

Jane movió los dedos de los pies, preguntándose si se le restablecería la circulación en algún momento.

—Creo que fue bien.

En realidad, tenía esa sensación de agitación en la parte alta del pecho.

Spencer asintió y rotó los hombros.

Era la primera señal de tensión que veía en él. Cuando se había presentado para la presentación apenas si lo había reconocido, vestido con un traje gris impecable, corbata de seda burdeos, camisa blanca y relucientes zapatos negros. Incluso se había cortado el pelo.

En ese momento estaba visiblemente relajado. Tenía la americana colgada sobre el respaldo de la silla y el pelo algo despeinado, como si se hubiera estado pasando la mano una y otra vez. Se aflojó el nudo de la corbata y se había desabrochado el primer botón de la camisa.

Notó el movimiento del músculo bajo la tela de la camisa y por un instante se imaginó su torso desnudo. Recordó haber visto una raqueta de tenis en su despacho. Tal vez fuera así como se mantenía en forma. Lo que se estaba imaginando le proporcionó una punzada de emoción, seguida de una sensación de pánico. ¿Pero en qué estaba pensando?

Levantó la vista y vio que él la estaba mirando a los ojos con expresión turbada. Entonces desvió la mirada y disimuló dando un sorbo de vino.

—Y bien —dijo bruscamente—. Háblame de tu marido.

Jane tragó el vino demasiado deprisa y se atragantó un poco.

—¿Mi qué...?

—Tu marido. El tipo con el que te casaste.

—Ah... él —se arrellanó en el asiento y se limpió los ojos con una servilleta—. Bueno, veamos.

Podría habérselo pensado, inventado algún marido de pega que fuera con el anillo. Le añadiría algo de color a su mentirijilla. Por

no haber preparado nada, en ese momento tenía la mente en blanco.

Miró hacia la barra en busca de un hombre que utilizar como modelo.

—Bueno, es…

Pero los hombres que estaban sentados en los taburetes de madera parecían ejecutivos cansados y ojerosos, y más interesados en el partido de golf que daban en televisión que en ser su marido.

—Es…

Estaba punto de empezar a balbucear cuando lo vio, sonriéndole como si fuera la respuesta a su fantasía: Tom Cruise, en un anuncio de su última película.

Sonrió. Era el mejor marido imaginario; y, después de todo, había sido su primer amor.

Jane suspiró y agradeció en silencio a Hollywood por darle el compañero perfecto.

—Es muy guapo —suspiró—. Tiene el pelo negro, los ojos azules y una sonrisa encantadora.

Se volvió a mirar a Spencer; al hacerlo, se dio cuenta con horror de que experimentaba una emoción parecida a la que le había provocado Tom en su corazón de adolescente.

—¿Lo conociste hace mucho? —Estoy enamorada de él desde el instituto —Jane se lo imaginaba cantando en calzoncillos en Risky Business—. Oh, sí —suspiró soñadoramente—. Muy enamorada.

El asintió, aparentemente muy interesado. —Entonces estáis juntos desde hace mucho. —Fue el primer chico que besé. Lo había besado hasta dejar la página de la revista que había colgado en su cuarto toda húmeda y pegajosa. —¿Cómo es?

La voz de Spencer la devolvió a la realidad. —¿Cómo es? —se encogió de hombros—. Es guapo —respondió ella, como si eso lo explicara todo.

—¿Tiene alguna afición? —le preguntó él con humor.

Debía de parecerle una boba; claro que eso le convenía. Cuanto más enamorada pareciera de su «marido», más segura estaría.

—Oh… bueno… le gustan los aviones de combate —dijo, pensando en Top Gun. Y los coches de fórmula uno y, bueno… también los vampiros.

—¿Los vampiros? —Spencer arqueó una ceja con evidente humor—. No parece que tengáis mucho en común.

—Pues tenemos cosas en común —se defendió Jane—. A los dos nos gusta viajar, por ejemplo. —Ah. ¿Adonde?

—Oh, nos gustan los viajes largos… quiero decir, a Irlanda. De

allí es su familia originariamente. Y, bueno, a Europa.

Tom había cruzado el Canal de la Mancha en Misión Imposible, así que sin duda habría estado allí. —¿Cómo os conocisteis? Eso era fácil. —En el cine.

—¿También es comercial?

Jane sintió una sensación de ahogo. Había pensado que la reluciente alianza haría todo el trabajo. No se le había ocurrido trazar un perfil completo de su marido.

Por primera vez se dio cuenta de lo que había querido decir Alicia al comentar que la idea del marido ficticio era la más estúpida que podría habérsele ocurrido. Para ser una mujer que detestaba mentir, lo estaba haciendo con toda facilidad. Y a Spencer. Si lo hubiera conocido antes de la entrevista de trabajo...

No. Tenía que dejar de pensar así. Los negocios y el placer no podían mezclarse; había creído en esa política incluso antes de que Phil Johnson le metiera mano en el ascensor.

Sujete era el hombre más atractivo e interesante que había conocido en mucho tiempo, pero seguía siendo su jefe. No había llegado hasta allí para terminar siendo la mujer que se fuera a la cama con el presidente de la empresa. Tal vez fuera sexy, tuviera unos ojos misteriosos, un cabello sensual y un cuerpo de infarto, pero estaba fuera de su alcance.

Hizo un esfuerzo para centrarse de nuevo en Tom Cruise.

—No, se dedica... al mundo del espectáculo.

Estaba sudando. No creyó poder continuar con aquello mucho más. Gracias a Dios, de un altavoz cercano salió una voz metálica que anunciaba una salida. No entendió lo que decía, pero le daba igual; de todos modos era la oportunidad que necesitaba para cambiar de tema.

—Creo que están anunciando nuestro vuelo —se levantó de un salto y agarró su maletín.

—Aún nos quedan unos minutos —Spencer se levantó de mala gana, mirando el último tercio de su jarra de cerveza.

—Estoy deseosa de llegar a casa, eso es todo.

Su jefe levantó la jarra de cerveza en dirección a ella y sonrió.

—Por los recién casados —dijo, pero algo en su mirada la sobresaltó.

Entre que subían al avión y se acomodaban en el asiento, no pudieron continuar con la conversación de índole personal, y Jane estaba dispuesta a seguir así. En cuanto se sentó se refugió entre las páginas de una revista de informática. Leyó un artículo sobre las últimas novedades en el diseño de un chip y sobre los nuevos

productos que había en el mercado; cualquier cosa para evitar conversar con el hombre que tenía al lado sobre su «marido». Spencer ojeaba el Wall Street Journal. Los dos tenían los brazos apoyados sobre el mismo reposabrazos y, aunque apenas se rozaban, Jane sintió el calor que emanaba su cuerpo a través del algodón de su camisa. El fluir de calor de una parte a otra era como una conversación silenciosa. Ninguno de los dos se movió. Ambos estaban aparentemente absortos en la lectura; pero ambos tardaron bastante rato en pasar la página.

Spencer intentó concentrarse en las noticias financieras, pero en realidad no dejaba de pensar en la mujer que tenía al lado. Llevaba una blusa de seda debajo de aquel traje de chaqueta, a diferencia de la blusa de algodón que él habría esperado; y definitivamente había visto un pedazo de una camisola de encaje por el escote. Su ropa demostraba una suavidad tan femenina que experimentó una descarga erótica sólo de pensar en todo aquel esplendor de mujer extremadamente cubierto.

En una época en la que la desnudez no dejaba de verse en películas y en la televisión, o incluso en la playa, se sintió como un caballero anticuado que acababa de ver un pedazo del tobillo de una dama. Pasó la página con determinación. Había estado leyendo diligentemente sin enterarse de nada de lo que decía aquel artículo. Le picaba el cuello, y se lo rascó con impaciencia.

«Está casada, está casada, está casada...», se repetía con el pensamiento mientras sentía la deliciosa calidez de su piel quemándolo a través de la camisa. No llevaba perfume, pero su suave aroma de mujer le provocaba los sentidos.

Paseó la vista hasta las listas de la Bolsa.

—Mmm. Las acciones de tecnología punta han subido hoy, pero han bajado las de las madereras. Me pregunto por qué.

Al volverse hacia él, Jane le rozó el brazo con el suyo.

—¿No has leído la primera página? —Jane se inclinó hacia él, cerró el periódico y le señaló un artículo.

Había leído el artículo completo, pero no recordaba ni una sola palabra. Spencer la miró tímidamente y vio que Jane sonreía.

De cerca vio unas motas de color índigo en el azul de su iris. Unos cuantos mechones de cabello rubio dorado se habían escapado del moño y le rozaban las mejillas. Tenía la piel perfecta, aterciopelada y dorada, y se preguntó si sería tan suave al tacto como parecía.

Sintió que sus ojos le enviaban mensajes que no tenía por qué enviar; mensajes que comunicaban lo mucho que deseaba besar esos

labios entreabiertos, lo mucho que deseaba retirarle la seda y acariciar y probar su piel. Deseaba… cosas que no tenía derecho a desear de una mujer casada. Desvió la mirada lejos de la tentación y se centró en las páginas de negocios.

—Gracias —murmuró.

—De nada.

¿Sería fruto de su imaginación, o la voz de Jane se había vuelto de pronto sensual?

Capítulo Tres

Spencer hizo una pelota con el vaso de papel donde había tomado el primer café del día. Se había pasado buena parte de la noche pensando en Jane de un modo nada profesional.

Tenía que reconocer que nunca había estado tan enamorado desde que había ido al instituto.

—Pero está casada, maldita sea —murmuró entre dientes mientras lanzaba el vaso de papel a la basura.

Fue hacia la ventana y se apoyó sobre el alféizar a observar el sol tiñendo de amarillo anaranjado la cima del Monte Grouse. Como no podía dormir, se le había ocurrido irse temprano al despacho para intentar trabajar un poco, pero hasta ese momento sólo había conseguido encender el ordenador, que zumbaba silenciosamente sobre su escritorio.

El adulterio era una palabra sucia; la peor palabra que conocía. La pronunció un par de veces, reviviendo lo que había sentido cuando se había enterado de lo de Karen. ¡Pero qué imbécil había sido! ¡Cuánto se había esforzado en crear el mejor de los hogares para su esposa y para la familia que habían planeado formar! Ella se lo había agradecido teniendo un lío y después abandonándolo.

Le dio la espalda a la ventana con desagrado. Él tenía principios y estaba seguro de que Jane también. Aunque su atracción fuera mutua, y teniendo en cuenta el modo en que hablaba de su marido no lo creía probable, no había manera de que le hiciera al marido de Jane lo que Karen le había hecho a él.

El marido de Jane... Se había quedado sorprendido al ver la alegría y la emoción que había mostrado cuando se lo había descrito. A pesar de su claro enamoramiento, no había logrado hacerse una clara imagen mental del hombre. Teniendo en cuenta lo que ella le había contado, tenía una imagen de un hombre guapo y moreno con unas aficiones muy extrañas.

No era suficiente.

Aunque si quería un recordatorio de carne y hueso, lo mejor sería que intentara conocerlo.

Finalmente había conocido al novio de su ex esposa después de que se casaran. Había planeado odiarlo, pero al final Jim había resultado ser un hombre agradable. Sin duda si conocía al marido

de Jane, no se sentiría tan tentado de robarle la esposa a otro.

En realidad eso era lo mejor que podía hacer, y cuanto antes mejor.

Cuando estaba hasta las orejas con papeleo, Jane pasó por delante de su puerta abierta.

—Jane —la llamó—. ¿Puedes venir un momento?

Jane entró y todas sus fantasías de la noche anterior regresaron con fuerza. Quería quitarle las horquillas del pelo muy despacio, desabotonarle la americana del traje...

—¿Tengo una mancha o algo en la chaqueta? —le preguntó Jane cuando vio que él la miraba fijamente.

—No, no. Sólo estaba pensando... Tengo un traje de una tela parecida.

Ella arqueó las cejas.

—La raya diplomática azul marino es muy común en esta época —le dijo ella—. ¿Por eso querías verme?

El sacudió la cabeza para espabilarse un poco.

—Lo siento. No he dormido muy bien esta noche.

Levantó la cabeza y notó que ella tenía las mejillas sonrosadas. ¿Le habría adivinado el pensamiento? Seguramente ella tampoco habría dormido tanto, con aquel esposo moreno lleno de talentos.

Spencer se aclaró la voz y buscó su agenda entre los papeles de su mesa.

—Quería hablarte de la reunión general anual de la empresa. —De acuerdo.

—Como sabes, todos los empleados son accionistas. Combinamos la reunión con una fiesta. Aquí es una tradición. Siempre dejamos que el empleado o empleada más reciente de la empresa elija la fecha. Es nuestra oportunidad para ponernos guapos y conocer a los esposos y esposas de las compañeras y compañeros.

¿Esposos y esposas...?

En lugar de colorada, de pronto parecía pálida. —Bueno, para los que están casados, o las novias o novios de los que no lo están. Pero tú traerás a tu marido, claro está.

—Esto, bueno... no estoy segura. Él viaja mucho —respondió Jane, que empezó a toquetear su maletín con nerviosismo.

—Por eso te lo estoy diciendo ahora, para que puedas hablar con él. Tú elijes la fecha y haremos lo posible para que se haga ese día. Todos tenemos ganas de conocerlo.

Ella se sentó en la silla frente a él como si le fallaran las piernas.

—Mira, no es tan sencillo, Spencer. La esperanza batalló con la

preocupación mientras observaba su tez pálida.

—¿Va todo bien entre vosotros? Sé que no es asunto mío, pero yo estoy divorciado —hizo un gesto con las manos—. Si necesitas alguien con quien hablar, la puerta siempre está abierta.

—Oh, no, no se trata de eso —Jane se echó a reír con cierto nerviosismo—. Claro que vendrá. Sólo tengo que sacar el calendario y acordar una fecha con él —asintió con empeño—. Sé que estará encantado de conocerte. Se lo voy a comentar y mañana te digo lo que hayamos decidido.

Aunque momentos antes había estado pálida, de pronto parecía sofocada. Se puso de pie de un salto y salió por la puerta a toda prisa.

Spencer se quedó preocupado. ¿Estaría Jane trabajando demasiado?

—¿Alicia, qué voy a hacer? —gimió Jane por cuarta vez en medio minuto.

Había una botella de vino vacía entre las dos amigas, que estaban sentadas en el tresillo de flores del salón de Alicia.

—De haberlo pensado mejor, le habría dicho que mi esposo y yo no creemos en mezclar la vida personal con la profesional. Pero me entró miedo y de hecho le dije que mi enamorado, que se parece a Tom Cruise, estaría encantado de asistir.

—¿No podrías decirle que se ha puesto enfermo de repente?

—¿Y si Spencer quiere enviarle flores al hospital o algo?

—¿Y si le dices que se le ha muerto un pariente? ¿O que ha tenido que salir de la ciudad?

Jane volteó los ojos.

—¡Qué dices!

—A lo mejor podrías escribirle a Tom Cruise y explicarle la situación. Estoy segura de que estaría encantado de fingir que es tu marido una noche. Ése es su trabajo, ¿no? ¿Fingir ser otras personas?

—¡Alicia, eres genial! —Jane le sonrió y dio un sorbo de su copa sólo para darse cuenta de que estaba vacía.

Su amiga le echó una mirada de preocupación.

—Cariño, era una broma.

Jane negó con la cabeza vigorosamente.

—No ese Tom, sino otro Tom.

Alicia la miró con sospecha, después a la botella de vino vacía.

—Quiero decir, contrataré a un actor que haga el papel de marido sólo durante una noche —le explicó Jane—. ¿Tan difícil será?

—¿Uno que se parezca a Tom Cruise? —Alicia volteó los ojos—. No sé por qué has tenido que elegir a Tom Cruise como marido. Podrías haber elegido a un hombre más normal, pero no; tuviste que escoger a una estrella.

—Pero es mi marido, Alicia —protestó Jane dolida—. Quería que Spencer viera que tengo buen gusto con los hombres. Además, no tienes por qué ser tan literal. Sólo describí a mi marido como un hombre guapo, con ojos azules, pelo negro y una sonrisa encantadora.

La puerta se abrió y se cerró otra vez.

—Hola, cariño; ya estoy en casa —canturreó Chuck, el marido de Alicia, desde el final del pasillo.

—Estamos aquí.

Tras las gruesas lentes de sus gafas, Chuck abrió como platos sus grandes ojos azules al ver a las dos mujeres tiradas en el sofá.

Alicia lo abrazó para darle un beso cariñoso mientras acariciaba su cabello negro.

—Te ofrecería una copa, pero nos hemos terminado la botella. ¿Y si abrimos otra?

Chuck desapareció con la botella vacía por la puerta de la cocina y regresó con otra llena.

Llenó sus copas y se sirvió otra para él. Entonces se sentó y se aflojó la corbata.

—¿Qué tal estás, Jane? —le preguntó—. ¿Qué tal el trabajo?

—Déjate de fruslerías, Chuck —dijo Alicia antes de que Jane pudiera contestar—. Jane está metida en un buen lío. Tiene que encontrar un marido que se parezca a Tom Cruise para dentro de cuatro semanas.

—Me mantendré alerta —dijo Chuck en tono plácido.

—No tiene por qué ser exacto a Tom Cruise. Sólo debe tener los ojos azules y el pelo negro, eso es todo —objetó Jane.

—Ah, entiendo —dijo él en un tono como si las cosas de su mujer y de sus amigas ya no lo sorprendieran.

Pasados unos minutos, Chuck se inclinó hacia Alicia.

—¿Cuánto ha bebido Jane?

¿Por qué?

—No deja de mirarme fijamente. No se irá a marear, ¿verdad? —miró a jane con preocupación.

—¡Chuck, quítate las gafas! —le exigió Jane de repente.

—Alicia, voy a tener que llamar al médico. Sólo son las seis de la tarde.

Alicia lo ignoró y miró a jane.

—¿No estarás pensando en...? No estarás pensando lo mismo que yo, ¿verdad?

Jane asintió con entusiasmo, agradecida de que su amiga lo hubiera pillado tan deprisa. Miró a Chuck con el mismo sobrecogimiento con el que había mirado al cuadro de la Mona Lisa.

—¡Tiene el pelo negro! ¡Y los ojos azules!

—¡Y no tiene por qué parecerse a Tom Cruise! —exclamaron ambas al unísono mientras se volvían a mirar a Chuck.

Entonces se echaron a reír como locas.

—Quítate las gafas, cariño —le dijo Alicia finalmente mientras se limpiaba las lágrimas de risa.

—¿Estás segura de que no te importa? —le preguntó Jane a su amiga.

—Oh, no. ¡En absoluto! —fue la respuesta de Chuck cuando, entre risas, las dos mujeres le explicaron lo que querían que hiciera —. No pienso hacerme pasar por un marido ficticio. ¿Y si me encontrara con alguien de la empresa en la que trabajo?

—Eso no pasará, Chuck. La fiesta se celebrará en un salón privado de un restaurante francés —le explicó Jane—. Me gustaría que te lo pensaras —dijo Jane—. Salvaría mi carrera profesional —añadió en tono quejoso.

—Pero no puedo fingir que soy tu marido. ¡Estoy casado de verdad!

—Por favor, cariño... —intervino Alicia.

—No iré por ahí como si fuera un bígamo, ni siquiera por ti, cariño —se puso colorado, y Alicia le quitó las gafas mientras Jane le despeinaba el cabello para que pareciera más tupido—. Es indecente.

—Pero Chuck, cariño.

—Y es mi última palabra, Alicia.

Alicia le guiñó un ojo a jane , y cuando iban por el pasillo le dijo:

—Déjamelo a mí —le susurró—. Si no se te ocurre nada mejor, Chuck te acompañará a la fiesta.

—Alicia, no quiero que susurres. Sé que estáis hablando de mí y me niego en rotundo a tener nada que ver con esa tontería.

—Gracias, cariño —Jane le dio a su amiga un abrazo de despedida.

—¿Alicia? —le gritó Chuck desde el salón—. ¿Me has oído?

—Por supuesto, si Chuck es tu única opción, tal vez quieras reconsiderar lo de la apendicitis —le susurró Alicia.

Jane negó con la cabeza.

—Chuck es perfecto para la ocasión.

Alicia volteó los ojos.

—Yo lo quiero, Jane, pero desde luego no es Tom Cruise.

—¿Es que no lo ves? Por eso es perfecto. Después de que Spencer me oyera babear por lo guapo que es mi marido y lo vea, no te molestes, tendrá que pensar que estoy totalmente enamorada de él.

—¡Alicia! — Chuck había elevado un poco la voz—. No me hagas ir hasta ahí.

Alicia entrecerró los ojos.

—Espera un momento. ¿Qué te importa si tu jefe cree o no que estás enamorada de tu marido? Pensé que sólo tenías que presentarte con uno.

—Ah, sólo quiero hacer que la mentira sea creíble, eso es todo —se apresuró a decir Jane, desviando la mirada antes de que su mejor amiga pudiera darse cuenta de la confusión que sentía.

—Jane...

—Alicia, voy a salir —la amenazó Chuck—. Uno, dos...

—Será mejor que empieces a convencerlo —dijo Jane mientras salía por la puerta, agradecida de poder escapar de la mirada demasiado penetrante de Alicia.

Caminó las pocas manzanas en dirección al centro donde estaba su apartamento, pensando en Chuck y en la fiesta. Las gafas tendría que quitárselas, desde luego.

Se preguntó qué le parecería ponerse un tupé para que pareciera que tenía más pelo.

Capítulo Cuatro

En cuanto se le pasó el efecto del vino, lo hizo también el optimismo sobre Chuck como cita ideal. Estaba metida en un lío y no sabía cómo salir. Por supuesto, podía inventar otra excusa, como le había dicho Alicia. Pero sólo pospondría lo inevitable.

Además, no dejaba de ocurrir.

Veía cómo la miraba Spencer, esa calidez en su expresión que no estaba ahí cuando hablaba con el resto de sus empleados.

Y del mismo modo a ella se le aceleraba el pulso cada vez que se miraban. Jane quería labrarse un porvenir por sí misma, sin la ayuda o el estorbo de que un colega la encontrara atractiva. De no haber sentido aquel calor en el estómago cada vez que se miraban, tal vez no tendría que haber una excusa para no acudir con un marido.

Pero era lo suficientemente astuta como para saber que era su «marido» lo que impedía que aquel calor se convirtiera en pasión ardiente entre ella y su jefe.

Chuck sería el jarro de agua fría que apagaría la llama que había prendido entre su jefe y ella.

No se enteró de cómo lo había conseguido Alicia, pero de algún modo logró que Chuck accediera a hacerse pasar por su marido durante una noche; aunque estaba claro que la idea no le hacía gracia.

A jane tampoco, y durante las semanas siguientes, a medida que se iba acercando la fecha de la reunión general anual y de la cena, empezó a ponerse nerviosa. Le gustaba Chuck, pero fingir que estaba enamorada de él iba a resultarle difícil. Y cada vez que él la veía la trataba como si fuera su maldición.

Esperó que hubiera una inundación, un pequeño terremoto, cualquier cosa que evitara la celebración de la fiesta. Pero era verano y el tiempo era cálido y soleado. Los desastres naturales parecían estar ocurriendo en todo el mundo menos en Vancouver, British Columbia.

Jane vaciló delante del ropero. Detestaba los eventos en los que se mezclaban los negocios con el placer. Un traje de chaqueta resultaría demasiado formal, y un vestido de tirantes demasiado informal. Se paseó por su vestidor en braguitas y sujetador, toda

pensativa. El propósito de la mascarada de esa noche era dejar que todos sus compañeros, y uno en particular, supieran que tenía su vida fuera de la oficina. Una vida de casada emocionante y feliz.

Se puso un vestido recto de ante morado y asintió. Perfecto. Era de tirantes, pero no demasiado finos. En la percha parecía recatado, pero puesto el efecto era distinto. De modo que lo combinó con una chaqueta de seda salvaje teñida a mano que había encontrado en un mercadillo de artesanía. Se dejó el cabello suelto y los bucles dorados le rozaban las mejillas al moverse. El vestido destacaba el color de sus ojos, y se maquilló un poco más que de costumbre.

Estaba muy nerviosa. Se sentó en el tocador delante del espejo y se obligó a relajarse y a pensar en positivo. Ella era una buena vendedora. Esa noche les vendería a todos su feliz matrimonio.

Pensó adrede en Chuck y su confianza vaciló en ese momento. Aspiró hondo y lo intentó de nuevo. Se imaginó a Chuck a su lado del brazo y se miró al espejo.

—¿Ves lo mucho que me divierto estando casada? —dijo en voz alta.

Chuck llegó puntualmente. Tenía un aspecto tan fastidiado que Jane sintió lástima por él.

—¿Cómo consiguió convencerte Alicia?

Chuck esbozó una medio sonrisa.

—Si estuvieras casada, que sería lo que más me gustaría de este mundo, no te haría falta preguntármelo.

—Ya —le tocó el hombro—. Nos marcharemos en cuanto acabe la cena, Chuck. No sé cómo decirte lo mucho que te agradezco esto.

—Cuanto antes terminemos, mejor.

Tal vez no pareciera demasiado animado para la charada, pero al menos se había vestido apropiadamente para la ocasión. Llevaba un traje gris, zapatos negros, una camisa blanca y una corbata vistosa que Alicia debía de haber elegido por él.

—Acuérdate, si alguien te lo pregunta, trabajas en el mundo del espectáculo —le recordó Jane mientras el taxi se detenía delante del restaurante.

—¿En el mundo del espectáculo? —la miró como si hubiera perdido la cabeza.

—Sí. Alicia me prometió que te prepararía para hacer tu parte.

Pero cuando vio la expresión asustada de Chuck y cómo miraba al taxista a cada momento, como si intentara hacerse de valor para decirle que se diera la vuelta, se figuró por qué Alicia no le había dicho nada a su marido.

—No importa —dijo Jane con toda la alegría posible teniendo

en cuenta la situación—. Ya nos las apañaremos —cuando llegaron al restaurante, Jane se detuvo un instante a la puerta—. Por favor, Chuck, las gafas.

—Jane, sin las gafas no veo ni jota —se quejó Chuck.

—Te daré la mano y te guiaré, te lo prometo.

Protestando entre dientes, Chuck se quitó las gafas y las guardó cuidadosamente en la funda.

—Apenas veo —le susurró con urgencia mientras ella tiraba de él al interior del restaurante iluminado.

La primera persona con la que se encontró fue con Yumi, preciosa de rojo y negro.

—Éste es mi esposo, Taro. No habla muy bien inglés; sólo lleva un año aquí —dijo Yumi.

—Buenas noches —el hombre inclinó la cabeza en señal de saludo.

—Ohio go sai mus —contestó Jane, inclinando también la cabeza.

—Ah, hablas mejor el japonés que Spencer —comentó Yumi—. Eh, jefe —Yumi volvió la cabeza—, tal vez debería enviar a jane a Tokyo la próxima vez.

Jane miró detrás de Yumi y sintió que se le contraía el estómago. Spencer estaba guapísimo con un traje nuevo, el pelo recién cortado y los zapatos relucientes. Cuando avanzó hacia ella, Jane tuvo que aspirar hondo para serenarse. Spencer la miraba con gran interés, como un hombre mira a una mujer, y de pronto la tensión entre ellos aumentó vertiginosamente.

Él fue el primero en romper el encantamiento.

—Caramba, estás preciosa cuando te quitas el traje de chaqueta —dijo, e inmediatamente se puso colorado—. Quiero decir con un vestido. Bueno, maldita sea —se echó a reír—. Ya sabes a lo que me refiero.

—Me estás haciendo daño en la mano —le susurró Chuck al oído con ansiedad.

Ella lo soltó y, contenta de tenerlo al lado, los presentó.

Spencer miró a Chuck, después a jane y de nuevo a Chuck.

—¿Éste es el hombre de quien me hablaste en el aeropuerto?

Parecía sorprendido. Jane recordó lo mucho que se había emocionado al hablar de su esposo; le había descrito a un actor de cine y se presentaba con un contable medio calvo y corto de vista.

—Fuimos novios en el instituto —respondió, dándole a Chuck un beso en la mejilla como para que viera lo feliz que estaba con él.

Chuck pegó un respingo al sentir el beso imprevisto, aunque

inmediatamente intentó enmendar su error y miró vagamente al grupo de rostros que los rodeaban.

—Sí, eso es. Novios en el instituto.

Chuck le echó el brazo y le dio unas palmadas en el hombro. Pero como era un poco más bajo que Jane, en lugar del hombro le rozó el pecho sin querer, con lo cual pegó otro bote. Ella sintió la tentación de hacer lo mismo. Llevaban allí menos de cinco minutos y ya quería largarse.

Spencer se había recuperado de su estupor y los miraba con asombro. Jane esperó que aquello que veía en sus ojos fuera confusión y no duda. Sonrió de oreja a oreja y le revolvió el cabello a su «esposo» con cariño, tal y como había visto hacer a Alicia.

—Mi primer y único amor —arrulló en dirección a Chuck, que se estaba poniendo colorado por momentos.

Una mujer elegante se acercó a Spencer. Tenía una melena larga y pelirroja de cabello ondulado. El vestido largo negro ceñía suavemente su cuerpo escultural. Spencer volvió la cabeza y le sonrió afectuosamente.

Jane intentó no quedarse boquiabierta. Podría haberse ahorrado la molestia de arrastrar al pobre Chuck a aquel evento. Estaba claro que Spencer tenía pareja. Qué estúpida había sido al dejarse llevar por un par de miradas ardientes. Aunque, para ser sincera consigo misma, no eran tanto las miradas de Spencer lo que la molestaban, sino su propia e insólita reacción.

—Jane, Chuck, me gustaría presentaros a Chelsea.

Jane se había pasado tanto tiempo obsesionándose por la reacción de Spencer hacia su «marido» que no se había parado a plantearse la posibilidad de que Spencer pudiera presentarse a la fiesta del brazo de una bella mujer. En ese momento supo con exactitud cómo sería; como una patada en la barriga.

De modo que Spencer tenía una mujer en su vida. ¿Entonces por qué no dejaba de hacerle ojitos? A no ser que ella se lo hubiera imaginado y proyectado su propia atracción hacia él, mientras que él sólo la miraba como a una colega. Pero incluso mientras esa idea le cruzaba el pensamiento, levantó la vista y vio que Spencer la miraba con aquella calidez.

—Yumi, qué bien has organizado esta fiesta —le dijo Jane para dejar de mirar a Spencer y a la escultural pelirroja.

—Gracias. Me gusta mucho la decoración. Me ha costado un poco organizar los asientos; no sabía cómo poneros.

—¿Asientos? —preguntó Jane, viendo cómo se iba al traste su plan de sentarse con gente que no veía a diario.

—Sí. Al final lo hice en el ordenador. A ti te he puesto en la mesa de Spencer, ya que eres nueva.

—Bueno, no tenías por qué hacerlo. De verdad, prefiero…

—Ya está todo planeado; no puedo cambiarlo ahora.

Y para colmo de males, además de estar sentada a la misma mesa que Spencer y su atractiva acompañante, le tocó justo enfrente de él y a su acompañante frente a Chuck. Intentó charlar de cualquier cosa mientras mentalmente calculaba cuántas horas de tortura tendría que soportar antes de poder largarse de allí.

Había olvidado que Chuck era algo particular con la comida.

—¿Qué haces? —le susurró cuando lo pilló metiendo la nariz en un plato de antipasto que le pusieron delante.

—Me gusta ver lo que como —gruñó.

—Es antipasto.

—¿Qué es eso rojo?

—Pimientos rojos asados.

—No me gustan los pimientos rojos.

—Entonces cómete las cosas marrones. Son aceitunas. A ti te gustan las aceitunas —le dijo Jane, a quien le pareció que estaba hablando con un nene de dos años.

Jane se volvió ligeramente a charlar con un ingeniero que tenía a su derecha. No se había dado cuenta de que les habían llevado otro plato hasta que no oyó un grito a su izquierda.

La nariz de Chuck emergía de un plato de sopa de langosta. Era demasiado esperar que nadie se hubiera dado cuenta. Spencer disimuló volviéndose a hablar con su acompañante, fingiendo que no había visto a Chuck limpiándose la nariz con su servilleta blanca de lino.

En parte quería estrangular a Chuck por ser la peor cita de la historia, pero su parte honesta le recordó que Chuck estaba allí para intentar ayudarla a salir de aquel apuro. Si le había dejado medio cegato, era culpa suya.

—¿Estás bien, cariño? —le dijo en voz alta mientras le echaba el brazo por los hombros y se inclinaba sobre él para susurrarle al oído —. Lo siento. Te estás portando como un verdadero amigo.

Él se volvió hacia ella y finalmente le mostró su gesto más atractivo: su sonrisa.

—Lo que un hombre puede llegar a hacer por la mujer que quiere.

Aunque se refería a Alicia, Jane se sintió conmovida cuando él le dio un beso en la mejilla.

Cuando levantó la vista vio a Spencer mirándola; al menos había

presenciado un intercambio de afecto genuino entre Chuck y ella.

Cuando estaban ya con el segundo plato, Spencer se inclinó hacia delante y dijo:

—Tengo entendido que te interesan los vampiros, Chuck.

Maldición. Su «marido» levantó la vista con vaguedad.

—No a no ser que quieran que les haga la declaración de la renta. Soy contable.

—En el mundo del espectáculo —añadió Jane apresuradamente.

—Jane, nunca dije que... un leve gruñido de protesta lo silenció.

—Es muy celoso de sus clientes —explicó Jane con alegría.

De no sentir tanta autocompasión tal vez le habría quedado algo de lástima por Chuck. Era una mala amiga por hacerle pasar por aquello. Chuck no tenía la culpa de ser un acompañante tan malo.

Miró a la pareja de Spencer y, en lugar de sentirse más segura con su presencia, la bella mujer sólo consiguió ponerle más nerviosa. Miró a su jefe y vio que él la miraba con una expresión inescrutable en sus ojos. Se quedó sin aliento mientras intentaba decir algo; algo sociable y divertido.

Mientras la gente charlaba y un cuarteto tocaba música de fondo, Spencer y ella se miraban en silencio como si cada uno de ellos no pudiera, o no quisiera, romper el encantamiento.

Pero se rompió bruscamente cuando ella notó que Chuck y la mujer escultural mantenían una

animada conversación. Él le estaba hablando de su trabajo como experto fiscal, que no tenía nada que ver con la industria del espectáculo.

Dos años de colegio para señoritas y no era capaz de salir de la peor aventura social de su vida.

—Le hace la declaración a las estrellas de cine —comentó de pronto Jane en tono dinámico.

Chuck tal vez hubiera accedido a hacerse pasar por su esposo, pero por nada del mundo se tomaría su trabajo a la ligera. Le echó a jane una mirada de reproche.

—A un domador de circo. Pero la mayoría de mis clientes son hombres de negocios.

—¿Y qué te gusta hacer en tu tiempo libre? —le preguntó Chelsea.

Iba a decir que le gustaban los bolos. Jane lo sabía y se le adelantó, intentando frenéticamente recordar cuáles habían sido los estúpidos pasatiempos de su «marido» que le había mencionado a Spencer.

—La fórmula uno —dijo claramente, contestando por él como si

él fuera un niño tímido.

—Eso debe de ser emocionante —comentó Chelsea.

Chuck pestañeó y miró a jane de hito en hito.

—No tienes idea. Mi vida es cada vez más emocionante —debió de ver una expresión alarmada en los ojos de Jane, porque le tomó la mano y prosiguió—. Gracias a Jane, mi vida es interesante.

Al poco rato Spencer se levantó para dar el discurso de rigor. Estuvo elocuente y divertido, y Jane pudo relajarse finalmente, sabiendo que en cuanto su jefe terminara, la cena habría terminado oficialmente y Chuck y ella podrían largarse sin que ocurriera otro desastre.

Cuando estaban a punto de salir por la puerta del restaurante, Spencer apareció con la chaqueta de Jane, que ella se había dejado olvidada en el respaldo de la silla. Al ponérsela le rozó los hombros desnudos con los dedos y Jane se estremeció de pies a cabeza.

—Te veré el lunes, Jane.

El BMW plateado de Spencer avanzaba con suavidad por las calles. A su lado, Chelsea miraba sus discos compactos.

—Gracias por acompañarme esta noche —le dijo Spencer mientras las primeras notas de una melodía de jazz flotaban en el interior del vehículo.

—De nada. Gracias por invitarme. Necesitaba salir. Últimamente sólo he estado en compañía de los alumnos o yo sola.

Él se aflojó la pajarita.

—Sí.

Chelsea lo miró con curiosidad pero no dijo nada.

—Si te quedas en casa mientras ese canalla con el que te casaste está a miles de kilómetros desenterrando huesos podridos de dinosaurios, entonces no eres la mujer que yo pensaba.

—Quiero recordarte que ese «canalla» es tu hermano. Y no; no estoy en casa como dices tú. Salgo con mis amigas, pero echo de menos salir con él —suspiró con sentimiento—. Lo echo de menos, nada más.

Spencer asintió. Sabía lo que significaba desear las cosas más sencillas de la vida conyugal. Como tener a alguien que te esperara en casa por la noche. Chelsea podría haber acompañado a su marido en aquel viaje de seis meses de duración, pero no había querido dejar a sus alumnos de la Facultad de Psicología, ya que su trabajo le gustaba tanto como a Bill excavar en busca de huesos viejos. Así que pagaban aquel precio de echarse de menos durante largos periodos de tiempo.

—Espero que sepa la suerte que tiene.

Spencer pensó en Karen. Aparte de los viajes de negocios, que siempre habían sido lo más cortos posibles, había vivido con ella durante todo el tiempo que había durado su matrimonio. Ella, sin embargo, se lo había pagado teniendo un lío con otro. Bill se ausentaba a veces durante varios meses seguidos, y Chelsea lo esperaba con paciencia hasta que volvía.

—Yo también lo espero —dijo ella—. Es un matrimonio extraño, pero creo que a nosotros nos va bien —comentó en tono nostálgico —. Y, hablando de matrimonios, ¿qué te parece el de Chuck y Jane?

Spencer, que se había estado preguntando lo mismo, se alegró de que Chelsea sacara el tema.

—¿A qué te refieres exactamente?

—Quiero decir, parecen una pareja extraña —dijo Chelsea.

—Bueno, él parecía sin duda algo desorientado.

Chelsea se echó a reír.

—¿Desorientado? El pobre hombre no veía ni jota. Me dijo que su esposa le había obligado a ir a la cena, y no parecía nada contento. Vi que tenía la funda de las gafas en el bolsillo, pero cuando le pregunté por qué no se las ponía me dijo que Jane no le dejaba usarlas. Qué raro, ¿verdad?

Spencer estaba tan sorprendido como Chelsea. Jane había tratado a Chuck más como a una mascota que como a un marido.

Cuando llegaron a casa de su hermano y su cuñada, Spencer esperó a que Chelsea encendiera las luces del salón para arrancar el coche y marcharse. Le consolaba que Chelsea tuviera la misma opinión que él en cuanto a Chuck y a jane. Había oído que el amor era ciego, pero en ese caso también parecía ser sordo y mudo. Jamás había visto a una pareja tan extraña como Chuck y Jane. Y no sólo se trataba de que ella era preciosa mientras que él era... bueno, no, no era por eso. Era lo poco que parecían tener en común.

Ni siquiera se conocían. Spencer recordaba claramente la conversación que había mantenido con Jane en el aeropuerto. Se había fijado adrede en las aficiones de su marido porque había querido imaginárselo para no hacer ninguna tontería con su esposa. Según se lo había descrito, se había imaginado a Chuck como un cruce entre Adonis y un súper héroe; nada parecido al hombre que había conocido esa noche.

El verdadero Chuck le recordaba a un personaje de un cómic, a un empollón atolondrado. Continuaba dándole vueltas a aquel galimatías mientras aparcaba el coche en su plaza en el garaje. Lo único que sabía era que la mujer más interesante que había conocido en mucho tiempo estaba casada.

Y por mucho que deseara o sintiera, no podría cambiarlo. Sería mejor que pensara en Jane Stanford como una comercial más. Soltó una risotada resonó entre las paredes de cemento del aparcamiento vacío. Sí, como si eso fuera a ocurrir.

Capítulo Cinco

Spencer se despertó y comprobó que, aunque era fin de semana y lucía el sol.

Se asomó al balcón que daba a la bahía y en la calle vio mucha gente corriendo, patinando, montando en bicicleta o simplemente paseando. Todo Vancouver parecía estar disfrutando de los últimos días de verano antes de la llegada del otoño.

Se duchó rápidamente y puso la cafetera. Tenía trabajo atrasado para el fin de semana, pero el sol lo atrajo. Pronto empezaría a llover; ya tendría tiempo de trabajar entonces. Impulsivamente llamó a Chelsea y la invitó a salir a patinar en el Parque Stanley.

Una hora después Chelsea y él patinaban a lo largo del atestado paseo marítimo, compartiendo calle con ciclistas y carritos de bebé.

El mar acariciaba suavemente el muro de piedra, elevando el aroma a algas. Spencer dejó que sus pensamientos flotaran sin rumbo fijo mientras los patos nadaban sobre la superficie del agua. Pensó en la fiesta de la empresa de la noche anterior y sacudió la cabeza con confusión.

Había estado tan seguro de que conocer al marido de Jane sería lo correcto... Sin embargo, además del inconveniente de haberse fijado en una empleada, estaba preocupado de que su matrimonio fuera un error.

Intentó no pensar en esa preocupación. Jane no era una niña. Debía de tener sus razones para haberse casado con ese hombre. A lo mejor Chuck era tímido y nervioso con la gente que no conocía. Hacía un día precioso. Al día siguiente vería a Jane, así que no tenía sentido preocuparse por su matrimonio en ese momento.

—No puedo creer que me convencieras para venir a hacer esto —protestó Jane mientras se acercaba a Alicia, tambaleándose con los patines alquilados que tan poco estables le parecían.

—Hace un día precioso y necesitamos hacer ejercicio. Además, quiero enterarme de lo que pasó anoche, aparte de los comentarios de que no soy una buena esposa.

Jane se volvió a mirar a Chuck, que en ese momento intentaba ponerse el casco.

—¿Te ha dado la lata?

Alicia dio un par de vueltas, y Jane recordó entonces que su amiga había sido campeona de patinaje sobre hielo un año cuando estaban en el instituto.

Jane se mordió el labio mientras pensaba en algunas de las cosas que Chuck había hecho por amor a Alicia. Como por ejemplo el menos que brillante papel de la noche anterior durante la cena. Le había dado las gracias con sinceridad, pero sabía que jamás se habría ofrecido a hacerlo si Alicia no lo hubiera convencido. Sí, sin duda debía de amar a su esposa.

—Continúa por ese camino —le gritó Alicia mientras ayudaba a su marido a avanzar por el asfalto de adoquines—. Se une a la vía principal. Enseguida te alcanzamos.

Jane aspiró hondo. El estrecho camino asfaltado parecía inofensivo; y además estaba vacío, lo cual le daría oportunidad de practicar un poco. Aquellos patines tenían la hoja muy estrecha en comparación con los de ruedas de toda la vida. Además, a Jane nunca se le había dado demasiado bien patinar.

Pero llevaba casco y protectores en las rodillas y en los codos. ¿Qué podría pasar?

En poco menos de un minuto tenía la respuesta a su pregunta: algo malo, muy malo.

El inofensivo camino asfaltado empezó a empinarse hacia abajo.

Como un gato que se resbalaba sobre un suelo recién encerado, Jane estiró los brazos y las piernas con rigidez hacia delante mientras se daba cuenta de que se le había olvidado preguntarle a Alicia cómo debía parar.

Un poco más adelante vio que el camino terminaba en el paseo marítimo del Parque Stanley, en ese momento lleno de gente, toda ella en control de sus movimientos, ya fuera en bicicleta o patinando.

Oyó que Alicia le gritaba algo, pero las palabras de su amiga no consiguieron penetrar su cerebro paralizado por el terror.

Entró en el camino principal, que al menos era llano, pero tuvo que empezar a maniobrar entre los domingueros que paseaban por allí.

—Socorro... cuidado... —gritó mientras se movía de un lado al otro, intentando evitar una colisión.

Sabía que acabaría pegándose un batacazo contra algo o alguien, pero intentaba evitarlo a toda costa.

De pronto vio a dos patinadores delante de ella, ambos patinando tranquilamente, como si hubieran nacido con los patines

puestos ya.

¿Cómo se frena con esto? —gritó mientras los pasaba a toda velocidad.

—¿Jane? —dijo con sorpresa una voz muy conocida.

—Spencer, gracias a Dios. ¡Ayúdame! —gritó Jane, incapaz de darse la vuelta.

Horrorizada se dio cuenta de lo cerca que estaba de dos carritos de bebés, y de que no había sitio para evitarlos. No podía aplastar a un par de angelotes; tendría que tirarse al suelo.

Al minuto Spencer estaba detrás de ella, y en el mismo momento en el que se preparaba para sacrificar su dignidad, él la sobrepasó y se volvió hacia ella con los brazos estirados.

—¡Cuidado, no sé parar! —exclamó Jane, sabiendo que se chocaría con su jefe.

Pero él se quedó allí como si fuera un saco de boxeo. Inevitablemente, Jane arremetió contra él. Spencer soltó un gruñido pero la agarró con sus brazos fuertes y continuó patinando hacia atrás. No lo había tumbado. En lugar de eso, Spencer había aguantado el impacto y había continuado moviéndose, aminorando así la velocidad.

—¡No has dejado que me cayera! —exclamó con la cara pegada a su pecho.

—Pues claro que no —la abrazó con suavidad—. Puedes confiar en mí.

Cuando el mundo dejó de moverse por fin y sintió que se calmaban los latidos del corazón, levantó la vista. Él la miraba con sus ojos risueños y sus labios sonreían. Entre sus brazos Jane experimentó una sensación de calor y seguridad, y se sintió tan a gusto que de pronto no quería que la soltara. En realidad, lo que más le apetecía era quedarse allí entre sus brazos una temporada.

Sólo había visto a Spencer con traje. Ese día su jefe llevaba unos pantalones cortos negros que dejaban a la vista unos muslos fuertes y bien formados, y una camiseta gris algo vieja. Se le veía relajado y en forma, y sin duda divertido ante la situación.

—Gracias —consiguió decir con un hilo de voz.

—Recuérdame mañana que te haga un seguro de accidente. No creo que podamos permitirnos tenerte así.

Jane de pronto se dio cuenta de que la miraba alguien; se dio la vuelta y se encontró con la pelirroja escultural que la observaba con leve curiosidad.

Como si no fuera suficiente haber hecho el ridículo delante de Spencer, encima estaba también la pelirroja. Aquél sería un fin de

semana que no olvidaría jamás.

Spencer se volvió a mirar hacia su cuñada sin retirarle el brazo a Jane de la cintura.

—¿Te acuerdas de Chelsea?

—Sí. Hola, ¿qué tal?

—¿Jane, estás bien? —Alicia se detuvo con suavidad delante de su amiga, con Chuck a la zaga.

La parada de Chuck fue algo menos suave que la de su esposa, y de no haber sido por el muro de piedra de un metro del malecón se habría unido a los patos que flotaban en el agua. Jane lo agarró de la otra mano para evitar que se chocara, y entre Alicia y ella tiraron de él para apartarlo de la pared. Jane aprovechó para escapar con elegancia del brazo de Spencer que le rodeaba la cintura.

Chuck se sentó en el muro con expresión terca. Se colocó las gafas de nuevo en su sitio y entrecerró los ojos.

—Alicia, sólo quería salir a dar un paseo —Chuck se inclinó hacia delante y empezó a desatarse los cordones—. Después del fin de semana que he tenido, ¿acaso es demasiado pedir? He sido forzado, arrastrado, obligado a nacerme pasar por... ¡Ah!

—Lo siento —se disculpó Jane después de pegarle una patada al marido de Alicia para que se callara—. ¿Esto, Chuck, cariño, te acuerdas de Spencer Tate, mi jefe? ¿Y de su amiga, Chelsea? Los conocimos anoche —se lo dijo a Chuck, pero en voz alta para que lo oyera Alicia.

Chuck miró a Spencer con fijación a través délas gruesas lentes de sus gafas, como si lo viera por primera vez. Aunque, pensándolo bien, seguramente sería así.

Alicia le dio la mano a Chelsea y a Spencer.

—Hola, soy Alicia, esto, Sorenson. Soy amiga de Jane y Chuck. En realidad, estaba cuidando de Chuck por ella, ayudándolo con los patines —dijo Alicia, que sonreía tanto que le parecía que acabaría con una parálisis si no relajaba esa sonrisa.

Jane se sentó junto a Chuck, que no dejaba de protestar entre dientes mientras se quitaba las botas.

Cuando Alicia finalmente dejó de parlotear sobre el buen tiempo que hacía, Jane sonrió también.

—Bueno, me alegro de verte, Spencer. Gracias por salvarme de una buena caída. Encantada de verte otra vez, Chelsea.

—Sí, lo mismo digo —dijo la mujer con un movimiento de cabeza cortés antes de avanzar con pericia hasta donde estaba Spencer.

Spencer, sin embargo, no parecía tener tanta prisa por

marcharse. Tenía una expresión extraña en la cara.

—Chelsea y yo íbamos a tomarnos un café. ¿Os apetece?

—Una idea estupenda —dijo Chuck inmediatamente—. Tengo los pies hechos puré con estos malditos patines.

Jane deseó no haberlo salvado de caerse al agua. Le echó una mirada de pánico a Alicia, que parecía haber perdido el habla y sonreía con expresión abobada.

—Bueno, Jane. Si a tu «marido» le apetece un café...

En ese momento, Chuck suspiró con fastidio y negó con la cabeza.

—Oh, no —dijo.

Alicia se adelantó al rescate, e interpretó mal adrede sus palabras.

—Vamos, Chuck, la cafetería no está tan lejos. Jane y yo te ayudaremos.

Y así que cada una lo agarró de un brazo y tiraron de él hasta la cafetería como si fueran un par de policías arrastrando a un criminal.

Chuck pareció darse cuenta de que no había escapatoria, pero durante todo el camino no dejó de rezongar entre dientes. Jane no dejaba de echarle miradas de desesperación a Alicia, pero la amiga se limitaba a encogerse de hombros, como queriéndole decir que no podía hacer nada más.

Spencer y su acompañante avanzaron patinando con aire confiado y elegante. Si habían abandonado juntos la fiesta y estaban patinando juntos esa mañana, pensaba Jane, era porque aquél no era el único ejercicio que habían practicado en las últimas doce horas.

Claro que eso no era asunto suyo. En realidad, preferiría no haberlo pensado. Aquella extraña sensación en la boca del estómago debía de ser hambre. Desde luego no tenía derecho a sentir decepción alguna o, que Dios la perdonara, celos de ningún tipo.

Cuando por fin llegaron a la cafetería, Chelsea estaba sola en una mesa y Spencer se acercaba a ellos con una bandeja en la que había tres cafés humeantes.

A pesar de saber que Spencer estaba con Chelsea, Jane no pudo evitar experimentar cierta sensación de ahogo al ver que se acercaba. Después de verlo acompañado, se dio cuenta de lo mucho que deseaba conocerlo. Suspiró con fastidio. Había metido la pata en esa ocasión, hasta el fondo.

—Cuesta un poco acostumbrarse, ¿no? —le dijo Spencer a Chuck.

Chuck miró a Alicia y después a jane. Abrió la boca, pero no le salió nada. Alicia se le adelantó antes de que él tuviera oportunidad.

—Oh, sí, desde luego —dijo Alicia—. Creo que patinar sobre ruedas es mucho más difícil de lo que parece.

Spencer colocó los cafés sobre la mesa y unos cuantos terrones de azúcar en el centro de la mesa. También había pedido un plato de pastas de té. Alicia tomó una pasta de mantequilla.

—Mmm. Gracias. Estoy muerta de hambre.

Las gaviotas habían visto el plato de galletas, y empezaron a sobrevolar la mesa, con sus ojos negros y brillantes fijos en el plato.

—No he desayunado —comentó Chelsea mientras se metía una pasta en la boca.

Jane hizo lo mismo cuando Spencer le pasó el plato. Había desayunado y con los nervios del encuentro no tenía hambre, pero pensó que cuanto antes terminaran de tomarse el café y las pastas, antes podrían marcharse de allí.

Chelsea y Alicia empezaron a charlar de sus historias relacionadas con el patinaje. Chelsea era simpática y graciosa, y Jane no pudo evitar que le cayera bien, aunque estuviera acostándose con Spencer.

—¿Te costó mucho hacerte con esto? —le preguntó Jane, señalando los patines.

—El hermano de Spencer me los compró y después me llevó a patinar varias veces hasta que lo hice lo suficientemente bien para no dejarle en ridículo. Es divertido.

A jane le importaba poco lo mucho que pudiera divertirse Chelsea con sus patines. Le interesaba mucho más la identidad del que se los había regalado.

—¿Conoces al hermano de Spencer? —le preguntó Jane.

Chelsea sonrió.

—Estoy casada con él.

—¿Estás casada con el hermano de Spencer?

Así que no era su novia. Lo cual significaba que…

—Está en una excavación en África. Spencer se compadece de mí y a veces me saca de casa.

—Qué agradable —dijo Jane mecánicamente.

Entonces le echó una mirada a Spencer y notó que estaba molesto. Caramba…

Su reacción no tenía sentido, a no ser que hubiera querido que ella pensara que estaba con alguien. ¿Y por qué podría importarle eso…?

Hacía muy buen tiempo para el mes de septiembre, y Jane decidió que Chelsea le caía cada vez mejor.

—¿No le echas de menos? —le preguntó, pensando que si el hermano se parecía a Spencer sería una auténtica tortura estar lejos de él.

Chelsea se puso algo triste.

—Sí. Mucho. Pero tengo mi propio trabajo y no puedo hacer la maleta y largarme cuando a mi esposo se le antoje.

Caramba. Algo le decía que no todo iba bien con la cuñada de Spencer. Pero eso no era asunto suyo. En lugar de meter las narices en un matrimonio que nada tenía que ver con ella, le preguntó a Chelsea por su trabajo.

—Soy profesora de psicología en la universidad —dijo Chelsea —. Ahí es donde conocí al hermano de Spencer. Él también da clases allí… cuando está en el país —terminó de explicar en tono seco.

Estaba claro que a Chelsea no le hacía mucha gracia que su marido se ausentara durante tanto tiempo.

—¿Quiere alguien la última galleta? —preguntó Alicia después de mirar a los demás.

Todos negaron con la cabeza.

—Estoy intentando perder unos cuantos kilos —dijo Chelsea—. Demasiadas horas delante del ordenador y poco ejercicio —arrugó la nariz—. Detesto las dietas.

—¡Puaj! —dijo Alicia para mostrar su desagrado—. Yo nunca hago dieta. Lo intenté una vez y sólo conseguí ganar peso. Tengo suerte de tener un metabolismo tan rápido —dijo antes de hincarle el diente a la pasta con evidente deleite.

Jane miró a su alrededor. Todos habían terminado sus cafés. En cuanto Alicia se terminara la galleta podrían marcharse. Estaba ya felicitándose para sus adentros por haber salido airosa de una situación difícil cuando Chuck se inclinó hacia Alicia y le dio un beso en la mejilla. Por una vez no balbuceó.

—Me alegro de que no hagas dieta —le dijo—. Creo que tienes un cuerpazo de lo más sexy.

Capítulo Seis

¿Qué le pasaba al marido de Jane?

Spencer continuaba intentando averiguarlo mientras ajustaba las cuentas para conseguir que el trato con Marsden Holt resultara mucho más jugoso. Por las conversaciones que se oían fuera de su despacho, parecía que todo el mundo se lo había pasado bien en la fiesta del sábado.

Todos menos él.

En lugar de encontrar a Jane felizmente casada con un tipo agradable, había descubierto que su marido y ella formaban una extraña pareja por decir algo.

Su impresión no había cambiado el día anterior cuando se habían encontrado por casualidad en el parque. Sacudió la cabeza al recordar cómo había mirado Chuck a Alicia, la mejor amiga de Jane, delante de las narices de su esposa. Cuando le había dicho que su cuerpo era sexy, no sabía quién de los presentes se había puesto más colorado.

Lo raro era que Alicia era una mujer atractiva, mientras que Jane era una belleza, una mujer diez, una muñeca. Porque a pesar de lo mucho que ella se empeñaba en atenuar su belleza, jamás había visto a una mujer tan preciosa.

Chuck era el típico debilucho que se había llevado una mujer despampanante. Debía de estar loco para fijarse en otra.

Spencer apretó los dientes con frustración al recordar lo preciosa que había estado el día anterior, con unos vaqueros y un suéter morado.

De ser él quien estuviera casado con ella, jamás miraría a otra mujer. Pero era Chuck el que tenía ese privilegio.

Aquella preciosidad que lo visitaba en sueños tanto de día como de noche estaba casada, fuera del mercado. Jamás podría ser suya; daba lo mismo que su marido no la mereciera.

Jane y él trabajaban juntos; nada más.

Aunque durante los días siguientes Spencer se preguntó si trabajaban juntos o no, porque dejó de ver a sujeta de ventas.

Se preguntó si estaría dolida por el comportamiento de su esposo. Probablemente. Él desde luego se sentía avergonzado por ello. Sin embargo, la echaba de menos. Aunque sólo fueran los

breves saludos que intercambiaban en el pasillo, o las miradas aún más breves cuando se dirigía hacia la puerta abierta de su despacho. Pero Jane no podría evitarlo eternamente; en Datatracker las reuniones eran a veces diarias.

Hasta la próxima respetaría el hecho de que ella no quisiera verlo. Cuanto menos tiempo pasaran juntos, mejor para todos.

Desgraciadamente, se imaginaba a Jane aunque no la viera. Y por la noche se despertaba sonriendo, pero ardiendo en deseos por una mujer que no podía ser suya, que pertenecía a otro hombre.

Se sintió algo asqueado al pensar que deseaba a una compañera de trabajo, tal y como había hecho el cerdo de Phil Johnson.

En los últimos dos años sus relaciones con las mujeres habían sido lo menos formales posibles; en parte porque estaba escaldado después de su divorcio, y en parte por estar tan atareado con el trabajo.

Pero su libido empezaba a darle guerra y a pedirle a gritos que entrara en acción. Después de todo era un hombre sano y joven. Estaba seguro de que la obsesión que tenía con Jane se acabaría si tuviera un encuentro con alguna mujer disponible. Necesitaba compañía femenina y un poco de sexo; al menos eso era lo que le decían sus sueños.

Un día, después de una visión particularmente erótica, sacó su agenda electrónica. En ella había un archivo con los nombres de algunas de las mujeres con las que había salido de vez en cuando; mujeres divertidas que al igual que él no deseaban atarse a nadie.

Spencer era un hombre dinámico cuando planeaba una estrategia, tanto en los negocios como en el terreno personal. Así que, como había decidido que necesitaba compañía femenina para dejar de fantasear con Jane, concertó tres citas distintas con tres mujeres diferentes para la semana siguiente.

Con la sensación placentera de haber completado algo importante, terminó sus anotaciones sobre la negociación Marsden y se lo envió a jane por correo electrónico. Si ella quería tomarse las cosas con calma, él haría lo mismo.

En cuanto lo envió, se tomó un descanso del ordenador para comprobar el prototipo de un dispositivo nuevo en la familia Datatracker. Se merecía darse un capricho de vez en cuando.

Caminó por un pasillo y subió un tramo de escaleras, saludando a todo el mundo a su paso, intercambiando bromas y charlando brevemente con sus empleados. Le gustaba saludar y mezclarse con el personal cada día. Así se enteraba de cosas de las que nunca se enteraría si se quedara sentado en su despacho; además, aquellos

momentos le daban a los empleados la oportunidad de hacerle preguntas o de hablar con él en tono informal.

El departamento de ingeniería informática era un laberinto de cubículos donde probablemente habría más cerebros por metro cuadrado que en cualquier universidad de renombre. Allí, los genios de la informática eran los reyes.

Ésa era la gente de Spencer, y aquél era el departamento que más le gustaba.

Al acercarse, a Spencer se le aceleró el corazón. Y no sólo porque estaba a punto de hacerle una visita al último vástago de Datatracker, sino porque Jane estaba de pie a la puerta.

Llevaba un traje pantalón gris y zapato plano. El atuendo era tan sexy como un saco de patatas, sin embargo Spencer sintió una oleada de deseo tensándole las entrañas.

—¿Has venido a ver al nuevo bebé? —le preguntó al acercarse a ella.

Jane pegó un respingo al oír su voz. Cuando se volvió a mirarlo, él se dio cuenta de que tenía las mejillas sonrosadas. Olía a su champú de almendras, y Spencer se permitió unos momentos de deleite mirándola.

—Eso es. He venido a ver el prototipo para el nuevo RDT 240.

—Yo también. Vamos.

Pareció como si Jane fuera a negarse, y Spencer la miró con expresión interrogante, desafiándola con su expresión.

Ella debió de pensar que si se daba la vuelta en ese momento daría la impresión de estar huyendo, así que alzó la cabeza ligeramente y lo miró directamente a los ojos.

—Adelante.

El RDT 240, el último invento de Datatracker, era una creación que sólo podía encantarle a un ingeniero. Ya Spencer le encantó. La miró por dentro, de arriba abajo, lleno de orgullo paternal.

Se interesó por unas cuantas irregularidades en el funcionamiento que el equipo estaba intentando resolver. Y todo el tiempo no podía evitar sentir unas ganas tremendas de arremangarse e implicarse en la resolución de esos inconvenientes. Echaba de menos ser parte de una creación. Aunque sabía que se le daba bien ser el presidente de la empresa, también sabía que el comité de socios capitalistas que habían financiado la puesta en marcha de la compañía lo habían apartado del trabajo que adoraba.

A jane no le apasionó el RDT 240; pero tendría que venderlo. Spencer notó su interés y el esfuerzo que estaba haciendo para estar al tanto de la incomprensible jerga técnica.

Pasada una hora más o menos, Eddie, un ingeniero que llevaba casi tanto tiempo en la empresa como Spencer y que era el jefe no oficial del departamento, los invitó a que lo siguieran hasta su despacho al final de un pasillo.

Spencer y Jane entraron en un pequeño despacho que olía a calcetines de gimnasia sudados y a Oíd Spice. Estaba tan atestado de equipamiento informático que Jane y él terminaron entre una bolsa de tela, de donde parecía emanar el olor a calcetín sudado y la pared cubierta de papeles.

—No quiero fastidiarles la diversión a los demás, pero creo que he dado con el fallo en el funcionamiento del prototipo.

Eddie le explicó lo que había hecho, encantado de estar con alguien que tuviera verdadero interés por escucharlo. Y Spencer lo tenía. En realidad estaba deseoso de meterle mano a aquel asunto.

—Te encanta esto, ¿verdad? —le dijo Jane cuando el otro terminó de hablar.

Spencer asintió. De pronto se dio cuenta de que llevaban un rato hablando y aburriéndola. La miró y vio que lo miraba con sorpresa y tolerancia.

—Tal vez podamos sacar un poco de tiempo esta tarde para...

Spencer se calló de pronto. Había olvidado que esa tarde tenían una reunión con la empresa que había aportado el capital para que Datatracker arrancara.

Tendría que jugar con los chicos mayores cuando en realidad prefería jugar en la arena con los pequeños.

La única cosa buena de esa tarde era que le había pedido a jane que lo acompañara. Ella había estado dando presentaciones de los contratos en los que estaban trabajando en esos momentos. Además, tenía una mente rápida y clara con los números y las cifras que tanto gustaban a esos financieros.

Se aburriría como una ostra, pero al menos Jane estaría allí.

Como había sospechado, los tipos de la financiera estaban más interesados en los mercados, en el potencial económico y en la programación del reparto del RDT 240 que en el artefacto en sí.

Spencer se apoyó mucho en la intervención de Jane durante toda la reunión, y ella logró tanto encandilar a los financieros como comunicarse con ellos en su propia jerga.

También encandiló a Spencer.

Cuando terminó la reunión, los financieros se marcharon en grupo, como habían llegado. Como eran casi las siete, tan sólo quedaban unos cuantos empleados en sus despachos. Spencer y Jane, que normalmente estaban rodeados de gente, se encontraron

en ese momento prácticamente solos en Datatracker.

Mientras caminaban juntos por un pasillo, Spencer iba elogiándola por lo bien que lo había hecho en la reunión.

Ella se echó a reír.

—Solamente les mostré la clase de cifras que les gusta ver.

Y sin duda les había deleitado con algo más. Simplemente su figura era de ésas que gustaría a cualquier hombre, y Spencer no era una excepción. En ese momento, el animal que llevaba dentro estaba gruñendo y jadeando con deseo frustrado.

Había llovido horas antes y en el aparcamiento de fuera se habían formado numerosos charcos.

Sabía que lo mejor era dejarla y dirigirse hacia su vehículo, pero no conseguía que sus pies lo obedecieran. En realidad cuando Jane estaba cerca parecía descontrolarse.

Aun así consiguió centrar la conversación con Jane en la reunión que habían mantenido, aunque sus pensamientos estuvieran en otro lugar. Charlaron de negocios mientras sus cuerpos parecían zumbar atrapados en una frecuencia estrictamente personal.

Llegaron hasta el Volvo azul marino de Jane, que sacó las llaves de su bolso. Cuando levantó la vista, sus miradas se encontraron.

Era tan preciosa, tan irresistible, que Spencer se olvidó un instante de todo; el tiempo suficiente para que el animal que llevaba dentro se soltara.

Se acercó a ella. Sus muslos le rozaban levemente los suyos y su cara estaba a meros centímetros de la de ella. En los ojos de Jane vio un brillo de pasión, y entreabrió los labios mientras él terminaba de salvar la distancia que los separaba.

Le acarició la mejilla, que le pareció tan aterciopelada como había imaginado. Un leve suspiro escapó de sus labios, y Spencer notó que ladeaba un poco la cabeza, como si quisiera estar más accesible.

Cerró los ojos mientras se preparaba para besar los labios que llevaban tantos meses volviéndole

loco.

Pero no lo consiguió.

Una mano pequeña y firme lo empujó con suavidad a medio camino.

—Spencer, no.

De haberle echado un jarro de agua fría en la cabeza no se habría sorprendido más.

Jane tenía la voz ronca. Spencer percibió su deseo por él. Pero al menos tenía principios. Le había detenido antes de que hiciera lo

que más ganas tenía de hacer, y lo que más le pesaría después. Porque si la besaba hasta dejarla medio inconsciente, que era lo que quería, entonces haría lo posible para llevársela a la cama.

Horrorizado por lo que había estado a punto de hacer, se retiró.

—Jane, lo siento. No ha sido mi intención... Caramba, maldita sea. Sí que quería... pero no quiero que pienses que...

Jane abrió la puerta del coche. Tal vez su aspecto fuera tan compuesto como de costumbre, pero notó que le temblaban las manos.

—Por favor, no digas nada más. Es culpa mía —le dijo ella sin mirarlo mientras se montaba en el coche.

Él agarró la puerta antes de que ella pudiera cerrarla.

—No es la culpa de nadie. Pero tenemos que hablar de lo que está pasando. Tenemos que...

—No está pasando nada. Nada.

Tal vez ella se creyera esas palabras, pero la mujer apasionada que llevaba dentro había salido para despertar al hombre apasionado que vivía en él. Sólo había sido durante un momento, pero suficiente para que Spencer concluyera que Jane lo deseaba con el mismo ardor que él a ella.

¿Y entonces qué iban a hacer al respecto?

Capítulo Siete

—¿Qué voy a hacer? —gimió Jane.

Estaban sentadas en el sofá de su amiga Alicia, con una botella de vino vacía en el suelo.

—Alicia —repitió—. ¿Qué voy a hacer? Estuve a punto de besarlo, y me da la sensación de que no nos habríamos quedado ahí.

Alicia tomó un puñado de cacahuetes de un cuenco.

—¿Podría ser el momento de pedirle el divorcio a Tom Cruise?

—Muy graciosa —le soltó—. ¿Y cómo iba a quedar yo?

—Estarías libre para insinuarte a ese jefe tan sexy que tienes; así es como quedarías —Alicia apuró su copa de vino.

Jane sintió que le subía la temperatura mientras pensaba en lo que Alicia le acababa de decir.

—Oh, sí. Es una buena idea. ¿Entonces qué seré? ¿La mujer que consiguió un ascenso por acostarse con el jefe? No lo creo. El sexo y el trabajo no combinan bien.

Alicia soltó una risotada.

—Entonces búscate otro trabajo. Sigue adelante, mujer. Estoy segura de que la mitad de las parejas que conozco se han conocido en su lugar de trabajo. Uno tiene derecho a comportarse como un ser humano en el trabajo.

—¿Y si tenemos un lío y no funciona, quién será la que tenga que largarse de la empresa? ¿El presidente, o la última de las comerciales?

—¿Y qué? Él es tu hombre ideal. ¿Acaso un trabajo es más importante?

—Para mí no sólo es un trabajo. Es mi profesión.

Alicia sacudió la cabeza.

—A veces me gustaría estrangular a esos padres tuyos.

—¿Pero qué dices? Ellos estarían de acuerdo con todo lo que estás diciendo.

Alicia negó con la cabeza.

—Ellos quieren que te cases con el hombre adecuado aunque no haya amor. Yo te estoy diciendo que vayas por ese hombre aunque no sea el adecuado si hay lo que tiene que haber.

—El sexo no tiene nada que ver con esto —soltó Jane, a quien le molestaba mucho que las mujeres casadas se compadecieran de ella

por su soltería.

Tampoco era para tanto. De todos modos ella opinaba que la gente exageraba con el sexo.

—El sexo tiene todo que ver —Alicia suspiró—. Preparemos algo de cena antes de que Chuck llegue a casa.

Jane sonrió.

—Tal vez tengamos que llamar a la ambulancia si Chuck vuelve a casa y me ve aquí. Está empezando a odiarme.

—No seas tonto. Chuck te quiere mucho —Alicia sonrió—. Sólo que no quiere estar casado contigo. Quédate. Creo que necesitamos trazar un plan para ti.

Jane se olvidó de su enfado y sonrió a su amiga.

—Está bastante claro que a quien quiere como esposa es a ti.

Alicia sonrió.

—A pesar de todo los líos en los que lo meto, la semana que viene celebramos nuestro quinto aniversario de bodas.

—¿Cinco años? ¡Qué rápido pasa el tiempo!

Alicia asintió.

—Lo he convencido para que me lleve a cenar a II Paradiso.

—¿Sabe lo caro que es?

Alicia se echó a reír.

—Le he dicho que si pide el vino de la casa nos divorciamos.

Se levantaron del sofá y fueron a la cocina. Alicia siempre tenía la cocina bien aprovisionada, y Jane tenía la costumbre de comer allí cada diez o quince días. No era nada formal, y eso era lo que más le gustaba. Alicia era para ella como la hermana que nunca había tenido.

Mientras trabajaban juntas en la cocina, Alicia le preguntó:

—Entonces, si no vas a ser sensata y divorciarte,

¿ qué vas a hacer?

Jane dejó de picar cebolla.

—No lo sé. Quiero conseguir para Spencer el contrato con Marsden Holt. Significa mucho para él, y francamente... —continuó picando la cebolla—. Bueno, sé que la venganza es ridícula, pero quiero recuperar ese cliente por satisfacción propia también.

—¿Y ponerle a Johnson el otro ojo morado también?

—Algo así —Jane aspiró con resolución—. Estoy pensando en pedirle un empleo a Marsden Holt.

Alicia se dio la vuelta.

—¿Cómo? Pero si ni siquiera tienen oficina aquí.

—Eso es. Tendría que mudarme a Detroit. Pero no hay ningún problema. Yo nací en Boston.

—Pero éste es tu hogar... tus amigos están aquí.

—Siento que necesito empezar de nuevo.

—¿Y Spencer?

Jane tuvo ganas de tirarse al suelo y ponerse a patalear.

—Estoy atrapada, Alicia. Si me quedo es inevitable que terminemos acostándonos juntos. Eso nos pondría a los dos en una situación muy difícil. Si me marcho, eso no ocurrirá —sonrió con debilidad—. Planes a largo plazo; una de mis virtudes.

Su amiga volteó los ojos.

—Huir de la intimidad. Una de tus flaquezas.

Jane comenzó a picar unos espárragos trigueros con fastidio.

Pasados unos momentos Alicia le puso la mano en el brazo.

—¿Y si es amor de verdad, cariño? Eso no pasa por la vida todos los días. ¿Qué vas a hacer con Spencer?

Jane se estremeció de pies a cabeza.

—Hasta que consiga el contrato de Marsden Holt, continuaré evitándolo todo lo posible.

—Estás huyendo, Jane.

Jane no contestó porque le dio la incómoda sensación de que Alicia tenía razón. Pero si se quedaba en Datatracker y dejaba que lo inevitable pasara entre Spencer y ella, tendría que explicarle a él y a todo el mundo con quien trabajaba que les había mentido sobre su estado civil. Pensarían que estaba loca. Él seguro que lo pensaría.

Y ella tendría que darle la razón.

Spencer miró su agenda para ver con quién salía esa noche. Sólo había una mujer a la que quería ver. Todavía sentía el tacto de su piel. Eso y el recuerdo de su boca le tenían inquieto y agitado.

Jane debería estar con él, y no con un hombre que no le daba valor y que miraba de aquel modo a su mejor amiga delante de sus narices. Tenía ganas de pegarle un puñetazo a algo. Pero en lugar de eso se obligó a pensar en la chica con la que había quedado.

Era una azafata de vuelo, originalmente de Montreal. Era morena, si mal no recordaba, y tenía un sensual acento francés. También estaba bastante seguro de que tenía un novio en cada terminal. La chica no parecía querer comprometerse, y eso era principalmente la razón por la que había continuado viéndola de vez en cuando. Sus notas le informaban que había estudiado ballet en el colegio. Por eso había sacado unas entradas para ver un ballet y reservado mesa en un tranquilo restaurante francés. Una noche con una mujer tan liberal y sexy era el primer paso para quitarse a jane de la cabeza.

Más o menos a mitad de la cena se preguntó por qué habría

olvidado que la azafata tenía una risilla tan insoportable. ¿Y había fumado Gitanes cuando había salido con ella la última vez?

Cuando iban por el postre se puso a pensar en lo mucho que le gustaba la risa de Jane. Su nueva empleada tenía una risa grave y moderada. Femenina. Tal vez se lo hubieran enseñado en el colegio para señoritas, pero aquel tono sensual sin duda era algo natural en ella.

Después de ver El Lago de los Cisnes, acompañó a la chica a su apartamento, donde ella lo invitó a pasar. Spencer se excusó, y notó la sorpresa de su acompañante. Aquél no era el modo en que solían terminar sus salidas juntos, pero la chica se encogió de hombros y se inclinó hacia delante para darle un beso de buenas noches. Como la idea de besarla lo atraía tanto como la de besar un cenicero sucio, tosió con educación.

—Creo que me he acatarrado —dijo mientras le tendía la mano, que ella le estrechó algo aturdida.

Parecía que el primer paso del plan que se había trazado para olvidarse de Jane había sido un fracaso total, decidía mientras conducía de vuelta a casa, seguro de que el olor a cigarrillo se quedaría pegado a la tapicería del coche.

Sólo esperaba tener un poco más de suerte con las citas siguientes.

Capítulo Ocho

Si Jane lo había estado evitando hasta entonces, a partir de ahí se hizo invisible.

Spencer miraba en el aparcamiento cada mañana en busca de su coche. Y todos los días él llegaba antes que ella.

Se reprendió para sus adentros por actuar como un adolescente incluso mientras inventaba excusas para visitar el departamento de ventas. Unas veces sólo veía su coronilla dorada allí inclinada sobre su mesa; otras pasaba disimuladamente por el pasillo sólo para oír su voz hablando por teléfono.

Un día necesitaba ir al departamento de contabilidad y decidió que podría hacerlo a través del de ventas. Aminoró el paso cuando iba a pasar delante del despacho de jane, y fue cuando oyó una maldición nada propia de una dama.

Intrigado, asomó la cabeza por la puerta y se la encontró aporreando las teclas del ordenador y lanzando imprecaciones contra la máquina.

Una palabrota de lo más tosca le hizo sonreír.

—No me digas que te enseñaron eso en el colegio para señoritas —le dijo Spencer desde la puerta.

Ella se volvió hacia la puerta y lo miró con asombro y vergüenza.

—Ah, Spencer. Pensé que nadie me oía —tal vez su rubor o su tono de voz se debieran a su vergüenza, pero él prefirió pensar que se había puesto así por verlo—. Estoy tan enfadada. Acabo de perder parte de la nueva propuesta en la que estoy trabajando para Marsden Holt.

Spencer se olvidó de sus palabrotas. Ésa era la primera noticia que tenía sobre el acuerdo Marsden Holt.

—¿Una propuesta nueva?

Ella bajó la vista y jugueteó con su anillo de casada.

—Te lo iba a contar mañana en la reunión de ventas. El cliente me pidió una información nueva y unas modificaciones del sistema. Quería tener un borrador listo para que lo vieras mañana.

Dos semanas atrás habría ido al despacho de Spencer nada más hablar con ellos. Dos semanas atrás no le habría entregado la propuesta en una sala llena de gente. Pero dos semanas atrás aún no

la había casi besado.

Él la miró a la cara pero ella no quiso mirarlo a los ojos.

En fin, no parecía saber mucho de mujeres, pero de ordenadores desde luego entendía; de modo que pensó que debía ayudarla.

—¿Qué ha pasado? —le preguntó mientras señalaba el ordenador que había en la mesa de Jane.

—Se me cerró el programa mientras trabajaba. Cuando volví a abrirlo había perdido toda la información.

—A ver. Enséñamelo.

Jane giró la silla hacia el ordenador y se puso a abrir el archivo.

—Sigue siendo el archivo antiguo —dijo al ver que se abría el primero.

Spencer se inclinó sobre ella. —¿Puedo? —le preguntó mientras colocaba la mano sobre el ratón.

—Sí, claro —contestó Jane, que al instante retiró la mano con nerviosismo.

Intentó ponerse de pie, pero él le puso la otra mano en el hombro.

—Observa y aprende —le ordenó con tranquilidad.

Dejó ahí la mano unos instantes, el tiempo suficiente para sentir el calor de su piel a través de la seda de la blusa. Entonces retiró la mano y la apoyó sobre la mesa.

Podría hacerlo con los ojos cerrados. Y mientras lo hacía sintió el calor que emanaba de Jane. Cada vez que respiraba su cabello se agitaba ligeramente y le llegaba el aroma de su champú de almendras.

Tenían las cabezas tan juntas que si Jane se diera la vuelta sus labios se encontrarían. La cadencia de su pecho al respirar era más rápida de lo habitual, y por mucho que él se dijera que no debía mirarla, se le iban los ojos a la silueta de sus pechos a través de la seda.

Ella no se movió, sino que continuó mirando la pantalla. Sin embargo, el calor que emitía su cuerpo le decía que su proximidad le estaba afectando. Sus pezones florecieron ante sus ojos, y él mismo sintió que su cuerpo se ponía duro sólo como reacción.

Se preguntó si la piel de su cuello sería tan sedosa como parecía. Se imaginó aquella gloriosa melena suelta mientras le hacía el amor.

Inmediatamente dejó de pensar en eso, antes de que se le fuera la cabeza, y empezó a explicarle lo que estaba haciendo para recuperar el documento.

En un abrir y cerrar de ojos Jane tenía otra vez el documento

delante.

—Ya está. ¿Es la versión que buscabas? —le preguntó Spencer, que notó que tenía la voz un poco ronca.

—Sí. Muchas gracias.

Jane ni siquiera volvió la cabeza para mirarlo.

Sin duda imaginaría que si se daba la vuelta y lo miraba a los ojos, él se arrodillaría ante ella. Y Jane era demasiado lista para hacer eso. Además, estaba casada.

Spencer se olvidó de ir al departamento de contabilidad. Salió del despacho de Jane y se dirigió directamente a su despacho, pasando por delante de la mesa de Yumi.

—Voy a salir un momento. Volveré después —le dijo Spencer.

Ignoró la protesta de su secretaria y continuó caminando hasta salir a la calle.

La verdad era difícil de aceptar. Se estaba enamorando de una mujer casada. Ella intentaba evitarlo, y él, San Spencer, hacía lo posible para conseguir lo contrario.

Una señal, un movimiento por parte de Jane y él habría perdido el control. Si lo hubiera tocado o lo hubiera mirado de un modo especial, él se habría echado encima de ella, la habría besado y al diablo con las consecuencias. Le habría exigido que se enfrentara a la creciente atracción entre ellos.

Deseaba a jane como no había deseado a nadie en su vida. El hecho de que estuviera casada le dolía; y, mucho. Pero eso no era un freno para el deseo que sentía por ella. Se llevó las manos a la cara y notó que le temblaban. No era mejor que Karen.

Había pasado muchos años detestando a su ex esposa, culpándola por el fracaso de su matrimonio; por engañarlo con otro hombre y después abandonarlo.

Cuando había estado casado con ella había tenido otro amor que no era su esposa. Su verdadera pasión había sido Datatracker. Lo había atraído irresistiblemente, ocupado todo su tiempo cuando debería haber estado en casa con su esposa.

Volviendo la vista atrás, se daba cuenta de que no había sido un buen marido para Karen. Su ex esposa y él se habían casado muy jóvenes. Ni siquiera recordaba por qué; pero el caso era que no le había hecho feliz.

Y de pronto, con horror, cayó en la cuenta de que ella tampoco le había hecho feliz a él.

Jim, su amante y actual marido, sí que la hacía feliz.

Al igual que Jane le hacía feliz a él.

Caminó sin rumbo fijo. Era uno de esos días húmedos y caía una

lluvia fina que le mojó la cabeza y el cuerpo. Pero no le importaba. Deseaba estar triste, y cuanto más triste, mejor.

¿Si asumía que Jane sentía tanta atracción como él por ella, sería tal vez algo egoísta por su parte pedirle que dejara a su marido?

Se paró en seco. No. No podía pedírselo.

Se metió en Starbucks, pidió un café para calentarse un poco y decidió explorar otro plan de acción. No había insistido mucho saliendo con otras mujeres. Lo de Simone había sido un desastre, pero tal vez Tara, una modelo que no recordaba dónde la había conocido, le proporcionaría cierta distracción a su creciente obsesión por Jane.

Capítulo Nueve

Diez minutos después de haber recogido a Tara esa misma noche Spencer supo que había cometido otro error. Primero fueron a un bar de moda donde pidió un vermú a la pimienta, intrigado por el nombre. Tara pidió una agua mineral con gas.

—¿No bebes alcohol? —le pregunto Spencer.

Si quería encontrar una mujer con la que ir más en serio, debería empezar a prestarle más atención a los gustos de esa persona.

Se sorprendió al pensar que estaba listo para tener una relación seria; sin embargo era cierto. Hacía algún tiempo que había dejado de detestar a Karen y había aceptado que sencillamente se habían casado demasiado jóvenes y que habían confundido el deseo con el amor. Había sido un error, pero al menos no habían tenido hijos que pudieran después haber pagado el pato. Aun así hubiera preferido que se hubieran separado antes de que Jim apareciera en escena, pero el tiempo se había encargado de curar sus heridas.

—Tengo que tener cuidado con las calorías —le respondió Tara.

Llevaba un vestido diminuto que mostraba su cuerpo delgado. No tenía más que piel y huesos, y esos pechos tan grandes parecían absurdos con un cuerpo tan esquelético.

Seguramente no serían pechos verdaderos, ya que cuando ella se movía, los pechos se quedaban quietos, como si estuvieran pegados.

Jane, por el contrario, tenía pechos de verdad. Eran más pequeños que los de Tara, pero eran naturales. Se los había visto un poco cuando se había inclinado sobre ella para arreglarle lo del archivo. Sin duda eran del tamaño ideal.

Spencer se tomó su vermú a la pimienta de dos tragos, a pesar de lo malo que estaba, para poder irse a cenar. Cuanto antes se marcharan antes podría volver a casa.

—He reservado mesa en II Paradiso. ¿Te parece bien?

—Claro —asintió con entusiasmo—. Es un sitio muy chic. El otro día una amiga mía vio a Gwyneth Paltrow. Me quedaré una hora más mañana en el gimnasio para quemar las calorías extra.

No pensaba que la velada pudiera ir a peor. Al menos eso había creído hasta que estuvieron sentados a una mesa del restaurante. Él estaba tomando su segundo vermú y Tara tenía delante una botella de agua mineral mientras examinaba el menú y calculaba las

calorías.

No sabía por qué aquello le molestaba tanto. Una dieta baja en calorías era sin duda lo más sano. Aunque seguramente á esa mujer no le preocupaba la salud; era su aspecto físico lo que la obsesionaba.

Ella pidió una ensalada de espinacas orgánicas sin aderezo y un plato de zanahoria cruda. El camarero ni se inmutó, ni siquiera cuando ella le preguntó si alguna de las pastas eran macrobióticas.

—Lo siento, no.

—No pasa nada —se metió la mano en el bolso, de donde sacó una especie de galletas color béis—. Me he traído mi propio arroz integral macrobiótico. Eso es lo que hace Liz Hurley. Se lo lleva a todas partes.

Spencer echó una mirada a esas cosas de aspecto tan aburrido y adrede eligió del menú lo que le pareció más substancioso.

Cerró el menú y miró con naturalidad a su alrededor, preguntándose si habría alguien allí tan infeliz como él.

Unas mesas más allá vio a una pareja que estaba sentada haciéndose arrumacos. El hombre se inclinaba en ese momento para besar a la mujer en los labios. El gesto sorprendió a Spencer por estar en un restaurante, pero pensó que al menos se estarían divirtiendo más que él con Tara.

Cuando estaba a punto de desviar la mirada, el hombre se apartó de la mujer, y Spencer reconoció con asombro a Chuck.

Empezó a latirle el corazón con fuerza y apretó los puños. El hecho de que no fuera Jane la mujer a quien Chuck había estado besuqueando con tanto afán le puso tan frenético que no se dio cuenta de que había metido la corbata en el plato de ensalada. Spencer sólo veía a la mujer de espaldas, pero no tenía el pelo rubio como Jane, sino negro y rizado.

Entrecerró los ojos y vio que Chuck se metía la mano en el bolsillo y sacaba un estuche pequeño de terciopelo negro. Entonces Chuck se inclinó hacia delante y sacó un anillo del estuche. Alicia le tendió la mano izquierda mientras se enjugaba una lágrima con la derecha, y Chuck le colocó el anillo en el mismo en el que llevaba su alianza de casada. Ella giró el anillo y Spencer vio el destello de los diamantes.

Diamantes para una eternidad.

De pronto cayó en la cuenta de lo que estaba pasando. Chuck no estaba casado con Jane, sino con su mejor amiga, Alicia. Y parecía que felizmente.

Estaban tan distraídos en uno con el otro, agarrados de la mano y besuqueándose de nuevo, que Spencer se sintió seguro mirándolos.

De pronto le pareció como si alguien le quitara un gran peso de encima.

Jane no estaba casada. Su atracción hacia ella no era adúltera. Fue a levantarse, pensando en acercarse a la mesa de Chuck y Alicia para reírse un rato a costa de ellos, pero en ese mismo momento rechazó la idea.

No. En cuanto Alicia lo viera llamaría a jane y le advertiría de que todo se había ido al traste.

De momento se guardaría aquella extraña noticia para sí.

Estaba seguro de que tarde o temprano, a pesar de que sólo tenían ojos el uno para el otro, Alicia o Chuck lo verían. Y eso no le convendría en absoluto.

De modo que se tomó lo que le quedaba del vermú de un trago, pensando que tenía que largarse de allí cuanto antes.

—Hola... —canturreó Tara, interrumpiendo sus pensamientos.

—Lo siento, Tara. Acabo de acordarme de que tengo que hacer algo muy urgente.

Ella arqueó sus cejas pintadas.

—¿No puede esperar hasta después de la cena?

—No. Lo siento. Me siento fatal, pero es un asunto de negocios urgente —dijo, aunque se daba cuenta de lo mal que estaba quedando e intentó pensar en algún modo de compensar a su cita—. ¿No tienes una amiga a quien quieras invitar a cenar? Invito yo. Dejaré el número de mi tarjeta de crédito al salir para que toméis lo que os apetezca. Pedid champán, postres, lo que queráis.

—Pero quienquiera que invite tendrá que comerse toda esa grasa que has pedido —señaló Tara.

Él pensó que iba a rechazar su sugerencia, pero a la chica se le iluminó de pronto la expresión. Se encogió de hombros y sacó su teléfono móvil del bolso.

—¿ Larisa, cariño, te gustaría cenar en II Paradiso...?

Momentos después asintió y lo despidió agitando la mano.

Afortunadamente, Alicia y Chuck continuaban tan cautivados el uno con el otro que no prestaron atención a los demás comensales. Aun así, abandonó II Paradiso con la mayor discreción posible.

Al salir a la calle se tambaleó un poco. Se había tomado dos vermús con el estómago vacío. Pensó que debía irse a casa, pero la verdad era que no quería comer; ni tampoco irse a casa.

Paró un taxi y enseguida decidió dónde quería ir. Desde que

había descubierto que Jane era soltera no lograba dejar de pensar en ella. Tenía que verla. ¿Se sentiría distinto cuando la viera, toda vez que sabía que era una mujer soltera?

Nunca había estado en su apartamento, pero había echado un vistazo a su archivo personal. Sabía dónde vivía. Le dio la dirección al taxista y se acomodó en el asiento de vinilo del taxi, preguntándose qué hacer.

Mientras el taxi amarillo cruzaba las calles mojadas, Spencer sintió un alivio enorme. Jane estaba soltera! El estaba soltero. De pronto el mundo le pareció un lugar más feliz.

De todos modos su comportamiento lo extrañó. ¿Por qué iba a fingir una mujer que estaba casada? Era lo más raro que había oído en su vida.

Cuando llegó a su puerta apenas tenía idea de lo que iba a decirle, pero sabía que tenía que verla. Pagó al taxista, que se deslizó por la calle silenciosa hasta que él se quedó solo delante de su edificio.

La barrera que ella había levantado entre ellos no existía. Eso quería decir que San Spencer podría tomarse la noche libre. Avanzó hacia la entrada, buscó el botón de su apartamento y llamó.

Afortunadamente, Jane estaba en casa.

—Hola Jane, soy Spencer. Necesito hablar contigo.

Hubo una larga pausa, y por un momento Spencer pensó que tal vez lo rechazara.

—Es un asunto de negocios —gritó por el intercomunicador.

—De acuerdo —contestó ella—. Sube —añadió en tono receloso.

Cuando Jane le abrió la puerta, su belleza lo sorprendió de nuevo; incluso más toda vez que ya no tenía por qué negar su atracción.

—Spencer, qué sorpresa —dijo ella con nerviosismo.

Y de pronto Spencer no supo qué decir. Se quedó así un momento, sintiéndose de lo más ridículo. De pronto le llegó la inspiración. Por todo lo que ella le había hecho sufrir, tal vez no estuviera mal devolverle un poco la pelota.

—Siento venir sin avisar. Pasaba por aquí y se me ocurrió que quería comentarle algo a Chuck.

Ella lo miró como si hubiera perdido el juicio.

—¿Quieres hablar con Chuck? ¿De qué? Pensé que dijiste que era un asunto de trabajo.

—De coches de carreras —dijo Spencer tras reflexionar un momento.

—¿De coches de carreras?

—Sí. Me dijiste que era una de sus aficiones. En el aeropuerto de Chicago. ¿Lo recuerdas?

—Sí... Ya me acuerdo —dijo, aunque parecía como si deseara no hacerlo.

—Bueno, estoy pensando en sacar unas entradas para la carrera de Molson Indy —dijo Spencer, mientras se decía para sus adentros que aquello no tenía nada que ver con los negocios—. Estoy pensando en repartir algunas entradas entre nuestros clientes. Se lo iba a preguntar a Chuck, a ver qué le parecía.

Ella se ruborizó. ¿Sería de culpabilidad o porque estaba contenta de verlo? Deseó poder saberlo.

—Esto, Chuck no está en casa en este momento.

No, y Spencer podría decirle dónde estaba su precioso «marido» en ese mismo momento. Pero en lugar de eso, intentó aparentar decepción.

—¡Vaya! ¿Tardará mucho en llegar? Tal vez podría esperarlo.

Ella se retiró el cabello de la cara. Spencer pensó que parecía dorado a la luz. Deseaba quitarle el pasador y acariciar los mechones de seda.

—En realidad, está fuera de la ciudad.

—Me encanta como dices «en realidad». Con ese acento tan de clase alta —se apoyó contra el marco de la puerta, disfrutando del paisaje.

Ella frunció el ceño, y Spencer deseó poder besarla para que desapareciera.

—¿Spencer, has estado bebiendo?

Él se encogió de hombros.

—Un par de vermús.

Ella abrió los ojos como platos.

—No habrás venido conduciendo, ¿verdad?

También le encantaba su tono maternal, como si estuviera preocupada por él. Sonrió y la miró a los ojos.

—Vine en taxi.

—¿Te has tomado un par de vermús y has tomado un taxi hasta mi casa para hablar con Chuck de coches de carreras?

—No. Pasaba en un taxi. De pronto me acordé de la Indy y decidí subir a hablar con... con Chuck.

Ella retrocedió de mala gana y lo invitó a pasar.

—Será mejor que pases y te tomes un café. Después podremos llamar otro taxi.

La siguió por el pasillo, disfrutando de lo bien que le quedaban los vaqueros.

—Siéntate —le dijo en el salón, señalando el sofá de flores de chintz.

Él se sentó con alivio mientras ella se metía en la cocina.

Incluso su apartamento olía bien. Notó que tenía varios cuencos con potpurrí repartidos por el salón. Miró a su alrededor y pensó que le gustaba su casa, donde había una mezcla de cosas antiguas y modernas. Estilosa pero cómoda.

Y femenina. Eso era lo que más le agradaba de todo.

No había señal de que ningún hombre viviera allí. Claro que el salón no iba a revelarle demasiado. Tenía que investigar un poco más antes de aceptar la conclusión de que estaba de hecho soltera.

—¿Puedo ir al baño? —le preguntó.

—Claro, está al final del pasillo a la derecha.

En cuanto entró se dio cuenta de que era el baño de invitados. Estaba bien decorado en tonos marrones, pero era totalmente impersonal.

De vuelta al salón vio una puerta entreabierta. Tenía que ser su dormitorio. Aunque se sentía como un mirón, le dio a la puerta un leve empujón con el pie y se asomó dentro.

Todo parecía elegante y ordenado, tal y como era Jane. La habitación estaba decorada en tonos crema y verdes. Notó que la cama era grande. Pero no había señal de que allí viviera ningún hombre.

Y todo ese chintz en el salón no era demasiado masculino, se iba diciendo Spencer mientras continuaba hasta la sala. Y los cojines tenían puntillas. ¿Qué hombre respetable, incluido Chuck, se sentaría en un sofá de flores con un cojín con puntillas? Suspiró y se sentó en el sofá mientras se decía que él mismo pudiera tumbar allí a jane y besarla hasta hacerle perder el control, para después llevarla a aquella cama tan grande y hacerle el amor hasta que la tuviera jadeando, al borde del éxtasis... —Ya casi estoy —se oyó la voz de Jane. Spencer pensaba que era parte de su fantasía hasta que se dio cuenta de que era su voz de verdad que salía de la cocina.

Tenía que controlarse, y rápido. Se fijó en unas fotos que había sobre la repisa de la chimenea y se levantó para verlas mejor. Una de ellas era de una pareja con aspecto digno y estirado, y Spencer supuso que eran los padres de Jane. En la otra foto estaba Chuck con Alicia y Jane, una a cada lado, sonriendo de oreja a oreja. Era una foto de boda, pero Jane no era la que iba de novia. Era Alicia. Jane, que estaba preciosa con un vestido de seda verde agua, era claramente la dama de honor.

—Y una imagen vale más que mil palabras —murmuró Spencer.

El olor a café recién hecho lo llevó hasta la cocina, donde había unos taburetes pegados a una barra de granito. Antes de entrar, se quitó la americana y la echó en el sofá. Retiró un taburete y se sentó para poder mirar a jane.

Ella le pasó una bandeja pequeña con una taza azul de porcelana llena de café humeante y un azucarero y una lechera a juego. Spencer se tomó el café despacio, contento de poder mirar a jane mientras se movía de un lado al otro de la cocina. Ella abrió la nevera. —¿Has cenado?

—Un par de aceitunas —respondió él. En su nevera había comida de verdad: mantequilla, queso, verduras, frutas... ; incluso una tableta de chocolate. Nada bajo en calorías. Cada vez le gustaba más Jane.

Sacó la mantequilla, unos huevos, queso y champiñones.

—¿Qué te parece si te preparo una tortilla?

—Si la preparas tú me parece sensacional.

Paseó la mirada por su silueta esbelta, encantado de que en su cuerpo femenino no hubiera ni un solo gramo de silicona.

—No te obsesionas con el gimnasio, ¿verdad?

Ella lo miró divertida y negó con la cabeza.

—Estoy apuntada a un centro de actividades deportivas; lo que más me gusta es nadar. ¿Por qué, te parece que necesito hacer gimnasia?

—Jane, una de las cosas que más me gusta de ti es que ni necesitas ni quieres estar flaca como una modelo. Eres preciosa tal y como eres.

—Bébete el café —dijo en tono de humor, pero no quiso ni mirarlo.

Le puso delante un plato con una tortilla y continuó haciendo otras cosas.

Pero a Spencer no le gustaba estar allí comiendo mientras ella trabajaba. Le apetecía sentir que estaba cenando con Jane.

—¿No quieres tú una?

—He comido hace un rato.

—Tal vez no haya ido a un colegio para aprender modales como tú, pero no puedo estar aquí sentado mientras tú sigues de pie trabajando —dio unas palmadas en el taburete que tenía a su lado —. Ven a sentarte conmigo.

Ella se sirvió una taza de café y fue con cierta renuencia, pero no se sentó en el asiento que él le había indicado sino en el de más allá. Así quedaba un asiento libre entre ellos, prueba evidente de que no quería estar demasiado cerca de él.

Nada más probar la comida Spencer sabía que no habría restaurante que pudiera ganar en sabor a esa tortilla. Los champiñones estaba jugosos, el queso sabroso, los huevos más suaves y cremosos y las tostadas más crujientes que en cualquier otro lugar.

—Está delicioso —dijo entre bocado y bocado.

Se sentía más feliz de lo que se había sentido en muchos días, estando allí con ella de verdad en lugar de tener que observarla a escondidas y sentirse culpable por ello. Su atracción era algo honrado, aceptable. Sólo le quedaba conseguir que ella reconociera que también se sentía atraída por él y que estaba soltera.

—¿Y si jugamos un rato al Scrabble? —le preguntó Spencer después de recoger la cocina juntos.

Sabía que no tenía mucha oportunidad, pero no quería que ella le pidiera que se marchara.

—¿Al Scrabble? —se volvió a mirarla, y Spencer vio en su mirada una mezcla de emoción y desconfianza.

Él se encogió de hombros.

—Al Monopoly, al Pictionary o al strip póquer. Me da lo mismo.

Ella se echó a reír. Su risa era suave y embriagadora.

—Nunca se me ha dado muy bien el póquer.

—Bueno, como soy un caballero, empezaré con desventaja —la miró de arriba abajo, y vio que se sonrojaba—. Me imagino que llevarás... unas seis prendas, incluidos los calcetines —dijo él—. ¿Me equivoco?

Ella frunció la boca, pero le brillaban los ojos. Spencer aguantó la respiración, pues no sabía si ella le daría una bofetada o le seguiría la corriente.

—Casi has acertado —señaló sus pies y movió los dedos—. No llevo calcetines, sino medias. Es una sola prenda.

—De acuerdo; cinco prendas. Y yo llevo... Veamos... corbata, camisa, pantalones, slip, dos calcetines y dos zapatos. Son ocho prendas. Me quitaré dos cosas para estar más igualados.

Jane intentaba ahogar una sonrisa, pero Spencer vio que estaba perdiendo la batalla.

—¿Qué dos prendas? —preguntó Jane.

—Los calcetines, por supuesto —contestó Spencer.

En el ambiente flotaba una tensión que sólo un beso conseguiría disipar. Pero si lo hacía, temía que ello adelantara su partida; aunque por otra parte a lo mejor el beso la animaría a decir la verdad sobre su estado civil. Además, tenía que tocarla de algún modo.

Rápidamente levantó la mano y le quitó el pasador del pelo. Ella lo miró con sorpresa mientras el pelo le quedaba suelto sobre los hombros.

El le pasó el pasador.

—No podías llevarme tanta ventaja.

Ella se cruzó de brazos, con expresión emocionada y ofendida al mismo tiempo.

—Caramba, Spencer.

—Vamos —la provocó él—. Jugar al strip póquer conmigo va a ser más divertido que lo que estuvieras haciendo cuando llegué.

Ella lo miró con cierta picardía.

—Eso depende de lo divertido que te parezca hacernos con Marsden Holt.

—Una belleza y una adicta al trabajo —dijo Spencer—. Ojalá no estuvieras casada.

Nada más decirlo deseó poder tragarse esas palabras. Jane se llevó la mano a la boca y se puso colorada. Miró el anillo que llevaba en la mano como si no lo hubiera visto antes.

—¡Es verdad! ¿Pero en qué estaría yo pensando?

Francamente, él se preguntaba lo mismo, pero hasta que ella le dijera por qué se hacía pasar por una mujer casada tendría que respetar la barrera que había levantado entre ellos dos. Aunque fuera un marido ficticio y un anillo de pega.

Agarró la americana del sofá y se la puso.

—De todos modos, debo irme. Gracias por la cena, Jane.

—Te llamaré un taxi.

—No. Quiero tomar un rato el aire. Y no trabajes más esta noche. Es una orden.

—Pero la reunión de ventas es mañana. Quería tener la nueva propuesta terminada.

—Relájate. Cuando la termines se la puedes dejar a Yumi. Ni siquiera tienes que verme a mí.

—Yo no...

Spencer notó que se sonrojaba otra vez.

—¿No me evitas? Sí que lo haces, Jane. Y tu instinto no te falla.

—¿De verdad? —preguntó ella en tono casi anhelante, como si quisiera demostrarle que estaba equivocado.

—Desde luego que sí —incapaz de detenerse, se acercó tanto a ella que casi se tocaban—. Sabes lo que haría ahora mismo si no fueras una mujer casada, ¿verdad?

—No —respondió en tono insinuante—. ¿El qué?

Al momento le agarró la cara con las dos manos; tenía la tez

sedosa.

Entonces le dio un beso en los labios; un beso suave aunque con la dosis de pasión adecuada para que Jane se diera cuenta de que estaba loco por ella.

Ella emitió un suave suspiro. Spencer se retiró antes de que su proximidad, su aroma y su sabor lo incitaran a decirle que sabía que estaba soltera.

—Esto —se retiró con suavidad.

Ella lo miraba con los ojos muy abiertos, visiblemente turbada.

Le había dado algo en lo que pensar toda la noche.

—Buenas noches —se despidió Spencer mientras le acariciaba la mejilla.

Capítulo Diez

Cerró la puerta, echó el cerrojo y se apoyó contra ella; aún sentía la huella de sus labios en los suyos.

¿En qué habría estado pensando para coquetear con él y permitir que la besara?

Que Dios la ayudara, porque le había encantado tenerlo allí con ella en su casa y cocinar para él; y ni siquiera quería pensar la reacción que había provocado en ella aquel beso tan casto. Spencer debía de haber notado su respuesta; y eso no estaba bien.

Lo peor de todo era que hubiera estado en su casa. Y durante un rato ella se había dejado llevar por la fantasía de que era suyo. En su apartamento tan femenino él era un equilibrio; tal vez por ser un hombre tan viril.

Lo que tenía muy seguro era que se estaba acercando demasiado a ella y eso la incomodaba. Desde luego no había estado bebido, pero sin los dos vermús no pensaba que hubiera tenido el valor de presentarse en su apartamento sin avisar. Esperaba al menos que gracias a esos dos vermús no se hubiera fijado que en su casa no había ni rastro de la presencia de ningún hombre.

Lo mejor sería que espabilara y que consiguiera el contrato con Marsden Holt para después poder marcharse con la conciencia tranquila y la cabeza bien alta. Entonces, cuando Spencer ya no fuera su jefe, estaría libre para llamarlo y ver si lo que había entre ellos era real.

Ignoró el aviso de Spencer y se pasó varias horas en el cuarto de invitados convertido en despacho esforzándose con la nueva propuesta.

Era tarde cuando se fue a la cama. Mientras se desvestía, contó las prendas que llevaba puestas... No le había dicho a Spencer que no llevaba sujetador.

Mientras se ponía el camisón de algodón y se lavaba la cara y los dientes, Se imaginó jugando al strip póquer con él. Cuando se metió en la cama, se lo imaginó totalmente desnudo.

Esa noche le costó mucho dormirse.

Spencer se despertó temprano. Algo verdaderamente increíble debía de pasar para que se despertara así, como un niño el día de su cumpleaños.

Entonces lo recordó, y en sus labios se dibujó una sonrisa. Recreó en su mente el momento crucial en el que Chuck le ponía a Alicia, la mejor amiga de Jane, el anillo de diamantes en el dedo; y también la breve visita que le había hecho a jane. Se avergonzó un poco al pensar que había ido sin que lo invitaran, pero después de descubrir que Jane vivía sola en su apartamento no le importaba haberse humillado un poco.

La razón por la que una mujer quisiera fingir que estaba casada continuaba sorprendiéndolo. Suspiró. Jane parecía una mujer sana e inteligente.

El reloj despertador marcaba las seis y media de la mañana. Después de darse una ducha rápida y de tomarse el primer café del día había llegado a la conclusión de que la única persona que podría ayudarlo a resolver ese enigma era su cuñada.

Marcó su número. Ella contestó a la segunda llamada.

—¿Qué tal vas? —le preguntó él en tono alegre.

Hubo una pequeña pausa.

—Pensé que sería tu hermano —respondió ella con decepción.

—No habéis hablado en un tiempo, ¿eh? —dijo Spencer—. Yo tampoco; ni he recibido ningún correo. Seguramente estará metido en la excavación sacando huesos.

—Sí, supongo. ¿Y qué ha pasado para que me llames a estas horas?

—¿De qué vale tener a una psicólogo en la familia si no se le puede llamar para que te dé consejos gratis aunque sea a una hora tan intempestiva como ésta?

—Nadie da nada gratis, hermano. Quieres consejo en teína de amor, supongo.

Él hizo una mueca. El día que habían salido a patinar debía de haber dejado muy claro lo que sentía por Jane.

—Sí. Quiero comentarte algo.

—De acuerdo, pero te costará un desayuno.

—Hecho.

Quedaron en una cafetería que les gustaba a los dos con vistas a la Playa de Jericó. A las siete de la mañana les habían servido el desayuno, de modo que tenían media hora para hablar.

—Bien. ¿Qué ocurre? —le preguntó Chelsea mientras metía la cuchara en su cuenco de yogur con fresas.

—Jane no está casada —le dijo sin más preámbulo, ya que los dos tenían que irse a trabajar.

Ella permaneció impasible mientras se metía una cucharada en la boca.

—Nadie puede conseguir un divorcio tan rápidamente en este país, Spencer. ¿Quieres decir que está separada? Eso puede ser...

—No. Lo que te estoy diciendo es que Jane no está casada con Chuck. Creo que nunca ha estado casada.

Chelsea pestañeó, masticó lo que tenía en la boca y se lo tragó.

—Creo que vas a tener que explicármelo mejor.

Así que lo hizo, dándole todos los detalles de lo que había visto la noche pasada en II Paradiso y contándole lo que había pasado después en su casa.

—Vaya, es muy extraño —comentó Chelsea cuando él terminó de contarle.

Él sonrió.

—Por eso te he llamado. Lo que me gustaría saber es por qué una mujer haría eso.

Chelsea se tomó su tiempo para contestar. Después de dos cucharadas de yogur respondió.

—Para protegerse. Eso es lo que yo pienso. Entiéndelo, Spencer. Me dijiste que había perdido su empleo porque un asqueroso la había sobado, y que al decirlo habían terminado echándola a ella. Imagino que los hombres no dejan de acosarla, y está claro que a ella eso le disgusta. Está soltera y es preciosa, así que los hombres entienden que está disponible.

—No todos los hombres —insistió.

Chelsea lo miró con seriedad.

—Algunos hombres. Un «marido» es la manera más sencilla de salir de una situación peliaguda para una mujer que viaja a menudo —Chelsea lo miró con expresión rotunda—. Es mucho más fácil decirle a un hombre «lo siento, estoy casada», que decirle «lo siento, no me interesa» —le sonrió—. A mí desde luego me pareció un beneficio muy agradable estar casada; y yo no soy tan guapa como Jane.

—¿Me estás diciendo que te parece bien esta locura que está haciendo Jane?

Por una parte estaba tan encantado que le entraron ganas de ir a buscar a jane y de besarla hasta dejarla sin sentido, pero por otra se sentía tan frustrado que tenía ganas de emprenderla a patadas con algo.

—No es que yo apruebe lo que está haciendo. Simplemente intento explicarte cómo puede haber racionalizado Jane su decisión de hacerle creer a los demás que está casada. Si es eso lo que está haciendo, que no lo sabemos con seguridad.

—Chelsea, vi a Chuck en el restaurante. Estaba besándose con la

mejor amiga de Jane. Y no hace falta ser psicólogo para darse cuenta de que Chuck y Jane no tienen nada en común. Tú los viste el día de la fiesta. Estaba claro que ocurría algo raro. Te lo digo, Jane y Chuck no están casados.

—Hay muchos matrimonios que le dan a uno qué pensar —suspiró—. El mío, para empezar. Es lo único que te digo. No te emociones mucho hasta que lo sepas con seguridad.

Se metió en la boca un pedazo de tortilla, pensando que la de Jane había estado mucho más rica. Se preguntó cuándo le prepararía ella el desayuno.

—¿Entonces no crees que deba decírselo?

—¿Más de lo que ya has hecho presentándote en su casa sin invitación, haciéndole comentarios su—gerentes y besándola? No, Spencer. Creo que deberías continuar con tu acercamiento discreto.

Se metió un pedazo de bollo en la boca y lo masticó sin saborearlo.

—De acuerdo, tal vez lo de anoche fuera una salida de tono. Pero jamás he sentido nada así por nadie. Ni siquiera por Karen.

La expresión de Chelsea se suavizó y le tocó la mano.

—Lo sé. Dale a jane un poco de tiempo. Cuando esté lista, te contará la verdad.

El suspiró y bebió un poco más de café. Chelsea tenía razón. Si Jane quería explorar la química que había entre ellos, era decisión suya contarle la verdad.

—De acuerdo. Y bien... —miró su reloj de pulsera—, aún nos queda un poco de tiempo. ¿Por qué no me cuentas qué pasa entre mi hermano y tú?

—Él está en África y yo en Canadá. ¿Qué podría pasar?

—Estás molesta con él. No soy tonto. ¿Por qué?

Ella trazó un dibujo en la superficie del yogur con la cuchara.

—Quiero tener un bebé.

Spencer pensó en ser tío y la idea le llenó de alegría.

—¡Es maravilloso, Chels! Seré un tío estupendo. Puedo enseñar al nene electrónica, comprarle su primer juego de ordenador, ayudarlo a navegar por Internet...

—Bueno, en primer lugar el nene podría ser una nena, y después está el problema de que Bill y yo estemos en el mismo continente el tiempo suficiente para concebir y que el niño o la niña tenga un padre que no se pase la mitad de la vida cerca de zonas tan lejanas.

Spencer frunció el ceño.

—Mi hermano fue lo bastante listo como para casarse contigo, Chelsea. Tiene que ser igual de listo para ceder y llegar a un

término medio.

Ella soltó una risotada.

—Le pedí que dejara el trabajo de campo para que pudiéramos tener un hijo —dejó caer la cuchara tan deprisa que el yogur salpicó.

¿Y qué te dijo? —le preguntó él.

Spencer conocía a su hermano. Pedirle que dejara el trabajo de campo sería como pedirle a él que abandonara el ordenador.

—Dijo que lo hablaríamos cuando viniera a casa. En el tono que utiliza cuando es que no.

—Sabes, Chelsea, no soy psicólogo como tú, pero debes ponerte en la piel de Bill. ¿Y si él te pidiera que abandonaras tu trabajo, tus clases? A ti es algo que te gusta tanto como a él buscar huesos antiguos.

—Debería haberme imaginado que te pondrías de parte de tu hermano —dijo ella mientras se levantaba.

—No me estoy poniendo de su parte —dejó unos billetes sobre la mesa y la siguió a la calle—. Os quiero a los dos y creo que os queréis lo suficiente como para encontrar una solución —le dio un abrazo y unas palmadas en la espalda—. No lo fastidiéis.

Chelsea se echó a reír con pocas ganas.

—Te digo lo mismo.

Se fue al trabajo preocupado, tanto por la vida amorosa de Bill y Chelsea como por la suya propia. Sabía que hasta que consiguiera que Jane reconociera que había algo entre ellos, tenía las manos atadas.

¿O no? Le había dado a Chelsea la razón de que Jane tenía que contarle la verdad con total libertad, sobre todo después de lo que le había pasado con Johnson, pero nadie decía que tuviera que sentarse y esperar pasivamente.

En su opinión, el beso de la noche anterior había iniciado los engranajes del pensamiento de Jane. Se echó a reír mientras dejaba el coche en su plaza del aparcamiento. Tal vez la señorita Jane necesitaba un poco de ánimo.

Él tenía un par de ideas.

Capítulo Once

Spencer dejó de silbar al pasar por delante de la mesa de Yumi y le cambió una de las galletas integrales por una taza de café. Él tenía otra para él en la otra mano.

Yumi miró la taza con sospecha.

—¿Qué tiene esa taza? ¿Una poción mágica para ser feliz?

Él le guiñó un ojo y dio un mordisco de la galleta. La felicidad no estaba en ese vaso de papel; le corría por las venas.

Una vez en su despacho encendió el ordenador, se quitó la americana y comprobó el correo.

Mientras lo hacía volvió a pensar en el momento en que lo había visto todo claro. Jane estaba soltera y él también. La atracción que sentían el uno por el otro no era sino normal y sana. Se frotó el mentón. Ella no había reconocido que estaba soltera cuando él la había besado la noche anterior, así que estaba claro que necesitaba una táctica más sutil. ¿Pero cómo llegar a ella?

¿Cómo...?

En sus labios se dibujó una sonrisa y chasqueó los dedos.

Había visto la sorpresa en la mirada de Jane al ver a Chelsea en la fiesta de la empresa. Sorpresa y, a no ser que estuviera equivocado del todo, ciertos celos. Lo mismo había ocurrido cuando se habían encontrado en el parque al día siguiente.

Sabía lo que él había sentido cuando ella le había descrito al «macizo» de su marido en el aeropuerto. Tal vez fuera el momento de pasarle el caramelo por delante de las narices, sólo para animarla un poco.

¿Pero cómo hacerle saber que estaba saliendo con chicas preciosas y solteras sin parecer un creído?

Frunció el ceño. De pronto se le ocurrió la idea más brillante que había tenido en su vida, sin contar el diseño del RDT 100.

Si Jane podía inventarse personajes, él también. Había cancelado la cita con la soltera número tres, pero Jane no tenía por qué saberlo.

Estaba al teléfono cuando se pasó por su despacho. Cuando Jane lo vio, empezó a tartamudear. Él observó con placer cómo abría los ojos como platos, esos ojos maravillosos color azul que se volvían

índigo cuando se emocionaba. Asintió y cruzó la puerta, contento de esperar hasta que ella hubo terminado de hablar.

Su escrutinio había conseguido que ella se ruborizara ligeramente. O tal vez fuera que estuviera recordando el beso que le había dado; él desde luego estaba pensando en el beso.

—¿Cómo? —dijo ella al teléfono mientras giraba un poco su asiento para no tenerlo de frente—. Oh, no. El R 220 no se elaborará hasta la primavera —se echó a reír—. Podría preguntarlo.

Intentaba actuar con normalidad, pero Spencer notó que se llevaba la mano a la garganta para comprobar que tenía todos los botones abrochados. Estaba claro que estaba comprobando sus defensas. Pero él las salvaría. O mejor aún, las reduciría bajo su asalto sensual.

Cuando ella terminó la llamada, él se lanzó al ataque sin preámbulo.

—Siento no haber visto a Chuck anoche.

—¿A Chuck? Ah, sí. Yo... no debería haber.—, —se llevó la mano subrepticiamente a esos labios tan deliciosos.

94

95

No quería oírle decir que no debería haberlo besado, que claramente era lo que ella estaba pensando.

—¿Cuándo vuelve?

—¿Volver? Ah, Chuck. Esto, no estoy segura. Tendré que mirar la agenda. La de casa.

Dios, qué mala actriz era. Tampoco mentía demasiado bien. Lo sorprendía que lo hubiera engañando durante tanto tiempo.

—Claro —dijo con feliz malicia mientras la torturaba—. Te lo estoy preguntando porque tengo una cita con una mujer de Suiza. Pensé que los cuatro podríamos ir a comer fondue o algo así. Como tú fuiste al colegio para señoritas en Suiza, pensé que las dos podríais compenetraros.

Ella abrió los ojos como platos y él vio que empezaba a juguetear nerviosamente con la alianza. ¿Habría sentido celos? Eso esperaba.

—Una cita doble. Vaya, es un poco... —se retiró el cabello y aspiró hondo—. ¿Puedo darte la contestación en otro momento?

—Claro. No hay problema.

Sabía que la estaba poniendo entre la espada y la pared y no le importaba. Tenía que sincerarse con él antes o después, y si él tenía algo que ver con todo ello, iba a ocurrir muy pronto. Muy, muy pronto.

—Me gustaría conocer a Chuck un poco más. Me pareció un tipo muy agradable.

No le resultó fácil aguantarse la risa.

—Sé que él sintió lo mismo. Lo que pasa es que casi no tiene tiempo libre.

—No. Trabajar en el mundo del espectáculo debe de tenerle muy atareado —dijo Spencer con resolución—. Bueno, como he dicho, me adaptaré a lo que mejor os venga.

Se volvió hacia la puerta, pero de pronto se dio cuenta de que no tenía estómago para continuar

provocándola. Se dio la vuelta y la sorprendió con un aspecto vulnerable y confuso. Le costó muchísimo no retroceder y abrazarla. En lugar de eso, le dijo la verdad con la esperanza de que ella le respondiera del mismo modo.

—Jane, no me voy a disculpar por lo de anoche, pero supongo que no es ningún secreto que siento... algo por ti. Sé que no debería sentir nada; eres una mujer casada. Ésa es la única razón por la que considero incluso verme con otras mujeres.

Por un momento pareció como si fuera a decírselo. Él le rogaba con la mirada que se sincerase.

—Yo... —balbuceó—. Yo no... —lo miró y entonces desvió la mirada, con los puños apretados—. Incluso aunque no estuviera casada, seguirías siendo mi jefe.

La llamada de Marsden Holt pilló a Jane totalmente de sorpresa. Había pasado de un cierto optimismo a más o menos aceptar el hecho de que la empresa se inclinaría por el producto de Graham's. También había aceptado que el pervertido de Johnson se llevaría los laureles gracias a todo el trabajo que había hecho Jane, y no había nada que pudiera hacer al respecto.

Después de saludarla, John Marsden fue directamente al grano.

—Como sabes, estábamos casi decididos a negociar con Graham's cuando tú representabas a esa empresa —Marsden hizo una pausa—. Y seré sincero, hemos ojeado la propuesta de Datatracker más por delicadeza hacia ti que por un interés más serio —el hombre suspiró—. Pero...

Jane sintió que renacía la esperanza. También esperaba poder convencerlos de hacer negocios con Datatracker. Desde que trabajaba en la empresa había llegado a respetar los productos y a la gente que los creaba. La competencia entre Datatracker y Graham's era lo de siempre. Spencer y ella habían hecho todo lo posible por llevarse el gato al agua, pero parecía que esa vez la competencia se lo había llevado.

—Pero, francamente, Spencer Tate y tú habéis hecho una presentación superior. Y nos gusta esta nueva propuesta lo suficiente como para que el comité de compras esté indeciso. Así que hemos decidido darle a cada empresa una última oportunidad. Concertaremos dos reuniones por separado con Graham's e Hijos y contigo y el señor Tate. Queremos tomar una decisión lo antes posible. ¿Os vendría bien tomar un vuelo la semana próxima?

Primero Jane sintió que le iba a estallar el cerebro de lo mucho que le latía el corazón, pero al oír la última frase se quedó helada. Querían que Spencer y ella fueran a la central de Marsden Holt. Juntos.

Empezaron a temblarle las piernas. Alicia tal vez la llamara cobarde, pero Jane sabía que en cuanto se quitara el anillo se acostaría con su jefe. No necesitaba la provocación adicional de dormir juntos en el mismo hotel.

Había planeado dejar caer con sutileza lo mucho que le apetecería trabajar en Marsden Holt, peor al final colgó el teléfono sin abordar el tema.

Jane estaba empeñada en quitarle el contrato a Johnson; así aquel pervertido tendría su merecido por todo lo que había hecho.

Así que eso significaba tener que pasar unos días en compañía de Spencer, enfrentándose a la intensa atracción que sentía por su jefe.

Intentó no hacer caso de la emoción que la recorría de arriba abajo de camino al despacho de Spencer para darle la noticia.

Se detuvo a la puerta y lo observó mientras ojeaba unos papeles con Yumi. Tenía la cabeza inclinada hacia delante y el cabello revuelto. Deseó peinárselo con los dedos. Se dijo que esperaría, que no quería interrumpirlos, pero la verdad era que le gustaba mirarlo.

Entonces él levantó la vista y la vio. Una expresión cruzó su rostro de expresión cansada; algo vital que la recorrió de pies a cabeza como una descarga eléctrica.

—¡Jane!

Esbozó esa maravillosa sonrisa suya que siempre conseguía derretirla por dentro.

—¡Hola, Spencer! —se aclaró la voz—. Hola, Yumi. No quiero interrumpiros, puedo volver más tarde.

Yumi miró a Spencer y a jane y sonrió con sus labios rojos y carnosos.

—No pasa nada; casi hemos terminado. Haré los cambios y lo volveré a imprimir para la reunión, Spencer.

Yumi se marchó.

Spencer se aflojó la corbata, y dejó al descubierto el espacio en la base de la garganta, donde el pulso latía con fuerza.

Se preguntó qué haría si fuera y le quitara la corbata del todo para empezar entonces con los botones de su camisa. Se imaginó sacándosela de los pantalones y pasándole las manos por el pecho. Pero no lo besaría en ese momento; todavía no. Se desabrocharía los botones de su camisa hasta que pudiera frotar sus pechos anhelantes sobre el pecho cálido y fuerte de Spencer.

—Yo... —empezó a decir— Acabo de hablar con Marsden. Tienen que tomar una decisión cuanto antes. Les gustaría que nos reuniéramos con ellos la semana próxima.

Spencer saltó de su silla y se acercó a ella.

—¡Qué noticia más sensacional!

No estaba segura, pero le pareció que él iba a darle un abrazo, y retrocedió un poco.

—Aún no tenemos nada seguro —dijo ella—. También van a reunirse con Graham's. Francamente, estará muy reñido, pero tenemos una buena oportunidad.

—Y un sistema mucho mejor equipado, un equipo de mantenimiento eficiente, y estoy seguro de que les ofrecemos mejores precios —le sonrió y su sonrisa la quemó por dentro.

En ese momento Yumi lo llamó por el intercomunicador para recordarle que tenía una reunión con el director de un banco y tardaría diez minutos en llegar en coche a su cita. Spencer echó un vistazo a su reloj e hizo una mueca.

—¿Puedes quedar con Yumi? Ella conoce todos los detalles de mi agenda. Cambiaré lo que haga falta la semana próxima.

Jane asintió y fue hacia la puerta.

—Quédate en mi despacho. Estarás más tranquila aquí —llamó a Yumi por el intercomunicador y le pidió que fuera a su despacho.

Jane lo observó mientras se ponía el abrigo a toda prisa, con la corbata aún torcida. Tenía un aspecto tan tierno que Jane se derritió por dentro.

—Spencer...

Él la miró, y Jane cedió a la necesidad de acercarse a él, de tocarlo, aunque fuera brevemente.

Avanzó y le agarró la corbata con delicadeza; deslizó la mano bajo el nudo para apretárselo. Con los laterales de los dedos le rozaba la camisa de lino, y a través de la tela notó el vello de su pecho.

Spencer se metió las manos en los bolsillos de la americana para sacar el peine que siempre llevaba encima.

—Deberías haberte cortado el pelo antes de la reunión con tu banquero —le reprendió ella con suavidad mientras él se pasaba el peine—. Ya sabes lo conservadores que son.

—Tal vez necesite de alguien que cuide de mí —le dijo en tono diligente

Jane lo miró a los ojos y vio una mezcla de tristeza y de deseo reflejados allí.

En ese momento Yumi llamó a la puerta y entró.

—Lo siento jefe, pero se tiene que ir. Aquí está la copia de los documentos. He llamado a Harry de mantenimiento. Le va a traer el coche a la puerta. Buena suerte y márchese ya.

Él le hizo una mueca, le guiñó un ojo a jane, agarró su maletín gastado y salió por la puerta.

—¡Caramba! —dijo Jane—. ¿Siempre es tan lento?

—Es peor cuando estás tú con él.

Jane se volvió para mirar a Yumi y vio que sonreía con suficiencia.

—¿Qué quieres decir? —le preguntó Jane, esperando que hubiera sido un malentendido.

—Vamos, Jane. Cuando Spencer y tú os miráis sería peligroso acercarse; uno se quemaría.

Jane se sentó bruscamente en una de las sillas de cuero gris y se miró las manos.

—Entre nosotros no hay nada.

La risa de Yumi era como el canto de un pájaro.

—Tal vez no estéis haciendo nada, pero están ocurriendo muchas cosas.

—No sé qué hacer.

La otra mujer se sentó frente a ella.

—¿Por qué no empiezas por decirle la verdad? —le dijo Yumi con voz suave, pero en tono firme.

Ella levantó la vista rápidamente.

—¿Qué verdad?

—Que no estás casada con ese hombre que te llevaste a la fiesta de la empresa.

La culpabilidad puso a jane a la defensiva.

—¿Cómo lo sabes? ¿Intuición femenina?

Yumi sacudió la cabeza.

—Por el plan médico. Cuando firmaste el seguro de nuestra empresa automáticamente incluía a tu

esposo. No estabas en la oficina cuando tuve que enviar el documento, así que llamé al departamento de recursos humanos de

tu empresa anterior. Me dijeron que no estabas casada.

—Me casé después de dejar ese empleo y antes de empezar aquí.

Yumi soltó una risotada.

—Tal vez Spencer esté demasiado enamorado de ti para ver más allá de sus narices, pero yo no. Tú nunca has estado casada con ese tipo.

—¿Qué vas a hacer? —le preguntó Jane con nerviosismo.

—Creo que la cuestión es qué vas a hacer tú —le dijo Yumi—. Le tengo cariño a Spencer. Es un buen jefe y una buena persona. Llevo seis años trabajando con él —la voz de Yumi se suavizó—. Se quedó tan mal cuando su mujer lo abandonó que me tuvo muy preocupada durante mucho tiempo. Eso se le pasó, pero nunca lo he visto en serio con ninguna mujer hasta que llegaste tú. Y sé que se está comiendo la cabeza. Te ve todos los días, pero cree que no puede tenerte. Tú también me gustas. Creo que eres perfecta para Spencer. No quiero verlo sufrir, Jane.

—Voy a marcharme de la empresa en cuando tengamos el contrato con Marsden Holt. Eso se lo debo —dijo Jane en voz baja.

—¿Por qué no te divorcias de Clark Gable?

—Tom Cruise —Jane le corrigió automáticamente.

—Es una broma, ¿no?

—Es una larga historia.

Yumi sacudió la cabeza.

—Y luego dicen que los japoneses somos inescrutables —se puso de pie y fue hacia la mesa de Spencer, donde tecleó algo en su ordenador—. Aquí está su agenda para la semana próxima. Veamos... el lunes nada, ni el martes. Si salís el miércoles sobre las diez de la mañana y os saltáis la reunión de ventas del jueves, él está libre hasta el lunes. Cuando tú me digas, reservaré los billetes y el hotel.

—Gracias, Yumi —le sonrió con agradecimiento.

—Piensa en ese divorcio.

Jane asintió.

—Lo haré.

¿Cómo explicarle a Yumi su tremenda ambición? La ironía era que se había enamorado precisamente del tipo de hombre con quien sus padres querrían que se casara. Pero era imposible. Jane tenía muchos planes para avanzar en su profesión, y ninguno de esos planes incluía casarse con el jefe.

Claro que nadie había hablado de boda. Tal vez una aventura buena y saludable la ayudaría a dejar de pensar en él día y noche.

Jane volvió a su despacho aturdida. ¡Y ella que había creído que

había disimulado sus sentimientos! ¿Si Yumi se había dado cuenta de que se gustaban, qué estarían pensando y comentando a sus espaldas el resto de sus colegas?

Capítulo Doce

—Y ésa es otra cosa —se quejaba Jane a Alicia esa noche—. Todo el muño dirá que me estoy acostando con el jefe para ascender.

Había llamado a su amiga nada más entrar en casa, incluso antes de desvestirse.

—¿Y es así?

—¡Pues claro que no!

—¿Entonces cuál es el problema? La gente siempre va a hablar de algo. Esta semana tal vez hablen de ti y de Spencer, pero la que viene hablarán de no sé quién. Tu problema es que te lo tomas todo demasiado en serio.

Jane se quitó los zapatos.

—¡Claro, como tú no tienes el problema!

—¡Eh! ¡No lo pagues conmigo!

—Lo siento, Alicia —dijo mientras continuaba desvistiéndose—. Estoy tan confusa que no sé qué hacer.

—Dos de las mujeres más inteligentes que conoces, Yumi y yo, te hemos dado el mismo consejo. ¿No te hace pensar?

—¿Cómo sabes que Yumi es inteligente? No la conoces.

—Opina como una mujer inteligente —dijo Alicia con firmeza, y Jane no pudo evitar sonreír.

—Me lo pensaré —contestó Jane, que de pronto prefirió hablar de otra cosa y dejar el tema de su inminente divorcio de Tom Cruise —. ¿Qué tal fue tu cena de aniversario?

—Fuimos a II Paradiso, y Chuck me sorprendió con un solitario de diamantes.

Se imaginó a Spencer poniéndole un anillo de diamantes. Sabía que sus ojos la mirarían con ternura y amor, y con un fondo de picardía.

—Caramba, felicidades—dijo Jane.

—Pero yo lo sorprendí más. Quiero mantenerlo en secreto durante unas cuantas semanas más, pero estoy esperando un bebé. Estoy casi de tres meses.

¡Ay, Alicia, me alegro tanto por ti!

Un bebé. Un hombre a su lado a quien amar para toda la eternidad. Nunca le había sonado tan bien.

Jane le había pedido a Yumi que le reservara un billete en el vuelo a Detroit anterior al que Spencer podía tomar. La secretaria de su jefe le echó una mirada como queriendo darle a entender que no la estaba engañando, pero no dijo nada y le reservó el vuelo.

A salvo en su habitación del hotel, Jane deshizo la maleta y se afanó en colgar su mejor traje de chaqueta azul marino y su blusa de seda blanca.

Paseó en dirección al centro, compró el periódico y finalmente encontró un restaurante donde pensó que se sentiría cómoda comiendo sola: un sitio italiano de precios razonables que ofrecía pizza asada en horno de barro que preparaban allí delante del comensal.

Las pizzas parecían deliciosas, pero en realidad era una comida para compartir. Y como estaba sola optó por pedir ravioli. No era la primera vez que comía sola en viajes de negocios, pero sí la vez que más sola se sintió. No dejaba de pensar en Spencer, quien sin duda habría esperado poder comer con ella. Se mordió el labio. Si Spencer y ella hubieran salido juntos, Jane habría elegido ir a la zona de los griegos; pero sola no quería.

Después de cenar se dio cuenta de que aún era demasiado temprano para volver al hotel. Quería pasar una hora con Spencer antes de la reunión del día siguiente, y ni un minuto más.

Recordó que a la ida había pasado por un cine, así que desanduvo el camino y se metió a ver una película, que le pareció demasiado sentimental. ¿Es que no existían películas de mujeres que no tuvieran por qué enamorarse de un hombre para sentirse completas?

Cuando entró en el vestíbulo del hotel unos minutos después de las nueve, estaba irritada y nerviosa. Al cruzar el hall para ir hacia los ascensores, la sorprendió una voz burlona.

—Mira quién está ahí. La pequeña Jane Stanford intentando jugar en el equipo de los mayores.

Jane miró hacia el bar medio a oscuras y vio a Phil Johnson allí sentado con una sonrisa desagradable en los labios.

Habría continuado sin decir nada si no le hubiera echado una mirada a su acompañante de mesa. Al ver que era Spencer, se quedó boquiabierta. Su jefe estaba tomando unas copas con el hombre que había conseguido que la echaran de su anterior empleo. Como si le hubiera leído el pensamiento, Johnson continuó diciendo tonterías.

—Tu jefe está solo, cariño. ¿Por qué no vienes a darle un poco de calor?

Spencer se puso de pie bruscamente.

—Ya basta —dejó un par de billetes sobre la mesa y fue hacia Jane, que seguía sin decir nada.

No sabía si estaba más enfadada con ella o con Johnson, pero no esperó a averiguarlo. Antes de que Spencer llegara a su lado, Jane dio media vuelta y continuó hacia los ascensores a paso normal a pesar de que tenía ganas de salir corriendo.

—Que durmáis bien, vosotros dos —les llegó la voz de Johnson a través del vestíbulo silencioso.

Spencer alcanzó a jane. No dijeron nada hasta que no se cerraron las puertas del ascensor.

—¿Fraternizando con el enemigo? —dijo en tono seco.

Jane sabía que no era justo. Él no sabía nada de su pasado. Y no era extraño que los competidores se juntaran para alguna ocasión social mientras no hablaran de trabajo.

—Estaba esperando a que aparecieras. ¿No te enseñaron en el colegio para señoritas que es de buena educación dejar una nota si no vas a cenar con tu compañero de viaje?

Jane se dio la vuelta, sorprendida por el brillo pétreo de sus ojos negros. Sí. Lo había evitado. ¿Y qué? Llevaba semanas evitándolo. ¿Por qué tenía él que hacérselo notar en ese momento? El fastidio de Spencer la atizó.

—No eres mi acompañante de viaje; eres mi jefe. Y fuera de la oficina mi tiempo es mío.

Él se acercó un poco más, arrinconándola en el pequeño ascensor. La expresión tierna de chiquillo había sido reemplazada por una expresión más dura.

—Quería repasar unas notas para la presentación. No contestabas el teléfono, ni tampoco te encontré en el restaurante...

Jane sintió rabia, en parte por lo culpable que se sentía.

—Johnson y tú parecíais muy cómodos ahí juntos sin mí.

El timbre del ascensor les indicó que habían llegado a la planta de Jane. Salió de la cabina a toda prisa y Spencer la siguió dando grandes zancadas. Entonces la agarró del brazo y le dio la vuelta para que lo mirara.

—Estaba sentado solo en el vestíbulo, esperándote. Johnson se acercó y se sentó conmigo, sin que yo lo invitara. Y, créeme, tampoco me hizo ninguna gracia. Sólo le dejé que se sentara para averiguar si sabía dónde estabas. Quería que me dieras tu opinión sobre los puntos sobre los que quiero hablar mañana.

Ella lo miró y vio un montón de emociones en su mirada que la confundían y atraían al mismo tiempo. Estaba claro que no tenía tantas ganas de repasar las notas como de verla a ella.

—Debería haber dejado un mensaje. Lo siento.

—La próxima vez me gustaría. Eres una mujer sola en una ciudad extraña. Soy responsable de...

—No —le tocó con el dedo índice en el pecho—. Soy responsable de mí misma. Sólo yo y nadie más. ¿Es que tu cerebro prehistórico no puede entender eso? Eres mi jefe, no mi dueño —continuó puntuando sus palabras con el índice.

Él le agarró la mano con fuerza, como si no quisiera soltársela jamás.

—Estaba preocupado. ¿Es que tu cerebro dogmático de mujer no puede entender lo que es preocuparse por alguien? ¿Es acaso un crimen?

Sus palabras resonaron en su mente. El dulce y obstinado neandertal se preocupaba.

Y por ella.

Y aunque intentó por todos los medios continuar enfadada, se sintió conmovida. Y mientras lo miraba a los ojos la verdad la golpeó con fuerza. Podría arrastrarla hasta su cueva sin tener que usar la fuerza o arrastrarla del pelo.

Estaba harta de demostrar lo bien que estaba sola. Si al menos pudiera dirigir su fuerza...

Paseó la mirada por su rostro de facciones bien marcadas, por los labios grandes y sensibles...

El corazón empezaba a latirle con fuerza, y se pasó la lengua por los labios resecos.

Sintió que la tiraba de la mano.

—¿Jane? —su voz era un suspiro ronco.

Avanzó despacio hacia él y se puso de puntillas para alcanzar a sus labios. El no se movió. Notó lo mucho que la deseaba en su manera de mirarla y en cómo respiraba, pero sabía que si quería besarlo estaba sola. El quería que ella lo sedujera.

Eso le hizo sentir algo extremadamente erótico. Tal vez él fuera el jefe en la oficina, pero allí le estaba dejando claro que la jefa era ella. Por mucho que él la deseara, el siguiente paso debía darlo ella.

La atracción entre ellos había ido aumentando poco a poco, desde la primera vez que se habían visto hasta ese momento. Y la atracción era ya tan ardiente que no podía continuar luchando contra corriente. Fueran cuales fueran las consecuencias para su carrera, ella era una mujer y Spencer era el hombre que quería, que necesitaba. Y con desesperación. Estaba tan envuelta en el momento y en las necesidades que tenía como mujer, que sus metas profesionales le parecieron de pronto insignificantes. Liarse con

Spencer iba a tener repercusiones; se daba cuenta mientras sentía el calor de sus manos acariciándola y la hipnótica atracción de sus labios.

¡Al diablo con ¡as repercusiones!

Le rozó los labios con tal suavidad que fue para los dos un tormento. Los tenía cálidos y firmes, y cuando ella se apartó oyó que tomaba aire con fuerza. Ese roce breve y su reacción le provocaron estremecimientos.

Ella se pasó la lengua por los labios y lo miró a los ojos, donde vio la fuerza de su deseo ardiendo en las profundidades mientras seguía con la mirada el movimiento de su lengua. Bajo la fuerza de su mirada su autodominio se derrumbó totalmente y se lanzó a él.

Hundió los dedos en la mata de cabello despeinado y levantó la cara para besarlo mejor. Estaba

tan cansada de actuar con sentido común, de ahogar sus deseos de mujer, su femineidad, que por una vez iba a dejarse llevar por aquel deseo salvaje, por los apetitos acuciantes que nada tenían que ver con el sentido común. Entonces sus labios se encontraron y todo pensamiento consciente la abandonó.

Esa vez él también la besó. La abrazó inmediatamente con fuerza y la estrechó contra su cuerpo. Y la besó con tanta determinación que apenas si fue capaz de mantenerse en pie.

Sintió los últimos vestigios de su rabia en ese beso, en el modo en que tomó posesión de su boca.

Ella abrió los labios pidiéndole más, y él le deslizó la lengua. Jane gimió ante las sensaciones tan increíbles que eso le provocó, y él la abrazó tanto hasta el punto de que Jane sintió cada músculo de su cuerpo pegado al suyo. Uno en particular se estaba haciendo notar por encima de los demás y dejaba claras sus intenciones.

Ella pegó las caderas a las suyas y le frotó la erección con su cuerpo hasta que él empezó a gemir. Jane sintió la humedad de su erección, y lo deseó tanto que hasta le pareció que le dolía por dentro. Le deslizó las manos febrilmente por la espalda y sobre las nalgas redondas y firmes.

Al oír la campanilla del ascensor Jane se retiró con un gemido entrecortado. Intentó soltarse de él, pero Spencer no la soltó, sino que la empujó hasta una especie de hueco en la pared. A la luz mortecina de la máquina de refrescos vio que Spencer la miraba con deseo mientras jadeaba suavemente. A Jane le latía el corazón con fuerza. ¿Qué iba a hacer?

Oyó los pasos y las voces suaves de una pareja que caminaba por el pasillo. Se retiró, y esa vez él la soltó.

No dijo nada sino que continuó mirándola con aquellos ojos que le decían con claridad lo mucho que la deseaban. Ella no se atrevió a devolverle la mirada porque sabía que sus ojos emitirían el mismo mensaje.

Automáticamente se peinó con los dedos y vio que le temblaban. ¿Pero qué estaba haciendo? ¿Echándose así como así a los brazos de un colega?

—Lo siento. No ha sido un comportamiento en absoluto profesional por mi parte.

Él respondió soltando una risotada de incredulidad.

Con el rabillo del ojo vio que Spencer se metía las manos en los bolsillos; como si no quisiera meterse en más líos.

Negocios. Tenía que pensar en el trabajo.

—Como Johnson está aquí, imagino que concretaron ambas reuniones el mismo día —dijo, intentando no jadear.

Spencer asintió.

—Se reúnen con Graham e Hijos a las nueve de la mañana. Con nosotros después del almuerzo.

Ella sonrió de oreja a oreja.

—Maravilloso. Así podremos quedar en el desayuno y planear una estrategia sin miedo a que nos oiga alguien de Graham's —metió la mano en el bolso y sacó la llave de su habitación—. Voy a repasar mis notas una vez más. Te veré por la mañana.

Él fue a abrazarla, pero se contuvo.

—Esto no ha terminado.

—Por esta noche sí.

Spencer entrecerró los ojos y asintió bruscamente.

—Que duermas bien.

Fue un gran consejo, pero le costó seguirlo. La almohada estaba llena de bultos, el colchón duro, el aire acondicionado hacía demasiado ruido... Y su cuerpo estaba demasiado a punto.

Se retiró la colcha con frustración. Ese beso la había calentado tanto que apenas si podía soportarlo. Lo quería allí, en su cama, cumpliendo todas las promesas que le había hecho con los ojos y las manos... Pero Spencer no era sólo un colega; era su jefe. Y Jane Stanford no iba a acostarse con su jefe.

Debía intentar dormir si quería camelarse a Marsden Holt. Se metió en la cama y se tapó. Entonces vio que le temblaban los dedos.

Fue una noche muy larga.

Capítulo Trece

A la mañana siguiente, mientras desayunaban, Spencer pensaba con suficiencia en el aspecto tan horrible que tenía Jane. Bueno, tan horrible como era posible en una mujer tan despampanante.

Sin duda se alegraría si supiera que él había sufrido lo mismo que ella. Pero él tenía su orgullo. Afortunadamente siempre había aguantado muy bien sin dormir; a veces incluso había pasado varias semanas durmiendo sólo unas cuantas horas al día.

La noche anterior lo había besado para después dejarle cortado, tan cerca de la noche de placer con la que llevaba semanas soñando. Le había herido en su orgullo. No había razón para que supiera que también le había quitado el sueño.

Empezaba a ocurrírsele que Jane Stanford era una mujer extraña. Había mentido acerca de su estado civil, negado una atracción sana y natural entre ellos y actuado como una monja escandalizada sólo por un beso.

Sí, era preciosa; tanto que daba dolor mirarla, pero eso no le importaba. Había pensado que deseaba a aquella mujer que había adivinado metida en esos trajes azul marino y esas filas de botones infinitas. De pronto ya no estaba seguro. Tal vez él proyectara sus propios deseos ardientes sobre una mujer que en realidad era fría.

En cualquier caso, un hombre sólo podía aceptar un castigo como aquél hasta cierto punto. Tenían que hacer una presentación. Si se acostaban juntos, estupendo. Si no, había otras mujeres atractivas e interesantes en el mundo. Lo que había hecho Jane era recordarle que tenía que salir más y conocer a más gente.

En algún momento y en algún lugar conocería a una mujer con la que se casaría y formaría una familia.

De modo que fingió que no había pasado nada la noche anterior y dejó de pensar en el beso para centrarse sólo en el trabajo. Si esperaba que él intentara de nuevo traspasar sus defensas y sacarle la verdad, lo llevaba claro. Podía continuar con su anillo de mentira, con su marido de mentira y con su vida de mentira. Él buscaba una mujer de carne y hueso y con agallas para enfrentarse a sus propias necesidades.

Después de decidir todo eso, tuvo que ahogar el impulso de

inclinarse hacia delante y tomarle la mano. Parecía tan cansada y tan poco segura de sí misma.

—¿Nerviosa por la presentación?

Ella sonrió débilmente.

—En realidad no.

—Bien. Tenemos tiempo para repasarla una vez más.

Tal vez no hiciera una de las mejores presentaciones de su vida, pero lo hizo bien. De algún modo, mientras que a solas su jefe la había distraído, entre todos los cerebros pensantes de Marsden Holt su presencia resultaba reconfortante.

Ésa era su oportunidad, no sólo de vender, sino de causar una impresión lo bastante buena como para conseguir tal vez un empleo allí, uno que les ahorrara tanto a ella como a Spencer la incomodidad de intentar combinar el trabajo con una relación personal.

No sólo estaba salvaguardando su propia reputación, sino también la de Spencer. Si una voz suave pero insistente, muy parecida a la de Alicia, la interrumpía para decirle que estaba huyendo, la ignoró.

Como todos habían leído los informes, se centró brevemente en las áreas en las que Datatracker era más fuerte y en las que Graham's tendía a ser más débil.

Spencer, como en la reunión anterior, confió en un discurso espontáneo que describió su empresa, el orgullo que sentían por sus productos y algunos de sus éxitos. Era tan encantador y simpático que consiguió hacerles reír un par de veces.

Mientras se recostaba en el asiento y observaba a su jefe contestando a las preguntas, Jane se sintió orgullosa de él. Sabía que su presentación había sido excelente y que merecían ese contrato, pero era imposible saber qué decidirían cuando los despidieran y les dieran las gracias.

—Estaremos en contacto muy pronto —les dijo John Marsden mientras les acompañaba fuera y se despedía de ellos, tan encantador como de costumbre.

—Me alegro tanto de que haya pasado —comentaba Jane en el taxi de vuelta al hotel.

De pronto, una vez pasados los nervios, se dio cuenta de que tenía hambre. Esperó a que Spencer sugiriera que comieran juntos o que tal vez le pidiera al taxista que los dejara en un restaurante, pero no lo hizo.

Llegaron al hotel hablando de la presentación. Una vez que el taxi los dejó, Spencer dijo:

—Bien, voy a llamar al despacho para saber cómo va todo. Creo que mi vuelo sale a las seis. ¿Y el tuyo?

—En realidad, estamos en el mismo vuelo.

No podía culparlo por preguntar, ya que adrede había ido en un vuelo distinto al de él.

—Bien. Entonces hasta luego —le respondió él.

Se dio la vuelta y ella se quedó en el sitio. Parecía que iba a tener que comer sola. Bien. No podía culparlo por no sugerir que lo hicieran juntos cuando la noche anterior se había mostrado tan vehemente sobre su tiempo libre. Aun así, podría haberle sugerido que compartieran un taxi al aeropuerto. ¿O no?

Spencer terminó de hacer la maleta y cerró la cremallera.

Deseó poder cerrar sus deseos con la misma facilidad. Jane le estaba volviendo loco. La deseaba como jamás había deseado nada. Ese beso tan salvaje de la noche anterior junto a la máquina de bebidas le había dejado claro su deseo por él. De no haber sido interrumpidos, tal vez la noche hubiera terminado de manera muy diferente.

Tenía que hacer algo. Decidió decírselo en cuanto regresaran a Vancouver. Decirle lo que sentía, abrirle su corazón. La idea le dio muchísimo miedo, pero no podía seguir así, dejando que aquella patética mentira los mantuviera separados…

Capítulo Catorce

El timbre del teléfono sacó a Spencer de su ensoñación. El corazón se le aceleró. ¿Jane?

Después de cómo la había dejado en el vestíbulo, no lo creía posible. Seguramente sería Yumi.

—Spencer Tate.

—Spencer, me alegro de haberte pillado, soy John Marsden.

—Dime, John —respondió, intentando hacerlo de un modo casual, pero cruzó los dedos y las piernas, algo que hacía desde pequeño.

—Iré directamente al grano. Te llamo para daros una buena noticia. El contrato es vuestro.

Ahogó un grito de emoción y se conformó con golpear la cama con el puño.

—Es una noticia estupenda —dijo con tranquilidad, orgulloso de estar así de tranquilo. —Habéis tomado la decisión acertada.

—Eso mismo pensamos nosotros. Nos gustaría hacer al anuncio formal mañana en la planta. Sólo te he llamado ahora por si Jane y tú podíais quedaros una noche más y ayudarnos a presentar el sistema a nuestros empleados.

Spencer tenía muchísimo trabajo esperándolo en el despacho y lo que menos le convenía era pasar otro día fuera.

—Claro —se oyó a sí mismo decir—. Reestructuraré un poco mis horarios. No hay problema.

—Intenté llamar a jane, pero no está en su habitación. ¿Te importaría contarle tú la buena noticia?

—En absoluto.

Se produjo una pausa en el otro lado de la línea. Finalmente John Marsden habló.

—Es una vendedora de primera. Si no fuera un hombre de honor, intentaría robártela.

Sus palabras le produjeron una sensación de ahogo. Ojalá Jane fuera suya.

—Gracias por recordármelo. Me aseguraré de que consigue un extra generoso.

Marcó el número de la habitación de Jane pero ella aún no estaba. Le dejó un mensaje diciéndole que se quedaban una noche

más. Habló con Yumi y le pidió que cambiara sus vuelos para el día siguiente, y después llamó a recepción para ampliar la reserva de su habitación y de la de Jane. Y por último le pidió al conserje que reservara mesa para cuatro en el mejor restaurante de Detroit.

—A Jane y a mí nos gustaría invitaros a ti y a tu esposa a cenar esta noche para celebrar la noticia y daros las gracias por este contrato —volvió a llamar a Marsden para invitarlo.

Después marcó de nuevo el número de la habitación de Jane y esa vez ella contestó a la primera. Nada más oír su voz, sintió una oleada de placer. Si alguna vez le decía alguna guarrada al oído, seguramente explotaría.

—Soy Spencer...

—Spencer. Recibí tu mensaje. ¿Qué pasa?

La emoción de su tono lo hizo sonreír.

—¡Lo conseguimos, Jane!

Ella no se cortó como él había hecho con Marsden y se puso a gritar de alegría.

—Quieren que estemos ahí mañana para anunciar el nuevo sistema a sus empleados —añadió Spencer—. He accedido. ¿Te parece bien?

—Sí, claro. Me dejé un par de días libres de todos modos, por si acaso —dijo sin aliento.

—Como no te encontraba he reservado mesa para cuatro con Marsden y su esposa. ¿Podrás venir?

Ella dio un silbido cuando él le dijo el nombre del restaurante.

—Por supuesto. ¿Pero qué me voy a poner? ¿Sólo he traído trajes de chaqueta?

Spencer había previsto la pregunta.

—Podrás utilizar la generosa prima que te voy a dar para ir de compras.

—¿Qué prima?

—Marsden me convenció para que lo hiciera. Me dijo que si no fuera un hombre de honor, te intentaría robar. Así que, siendo yo un hombre de negocios astuto, te estoy haciendo chantaje para que te quedes con Datatracker.

Él lo había dicho en broma, para que ella se riera un poco con él. Sin embargo el silencio de Jane le hizo sentirse incómodo.

—Será mejor que sea una prima muy grande. Sólo tengo tiempo de ir a las tiendas del vestíbulo, y son muy caras.

—Cómprate diez vestidos. Te los has ganado.

Al final sólo se compró uno, pero costó lo que hubieran costado diez más sencillos; un sorprendente vestido largo de seda color azul

añil que destacaba su figura y el color de sus ojos.

El vestido no era provocativo, era para una cena de negocios, pero sí femenino, y le quedaba como si se lo hubieran hecho a medida. En la tienda encontró un bolso de cuentas del mismo tono, unos zapatos a juego y la ropa interior adecuada.

Intentó no quedarse pálida al entregar la tarjeta oro, y se aguantó las ganas de arrebatársela de las manos a la dependienta cuando oyó la confirmación de la compra.

Con un vestido como aquél debería haberse hecho una limpieza de cutis, una manicura, un peinado… pero apenas tenía tiempo.

Se recogió el cabello y dejó unos cuantos mechones a los lados. También se pasó más tiempo del habitual maquillándose.

Intentó decirse para sus adentros que estaba haciéndolo para impresionar a Marsden y a su esposa, pero en el fondo sabía para quién se estaba vistiendo.

Era un ser humano. Perversamente, en cuanto Spencer había empezado a tratarla como a una empleada, se había dado cuenta de lo mucho que había disfrutado besándolo la noche anterior. Debía dejar de ser tan cobarde. Era el momento de contarle la verdad y aprovechar la oportunidad. Tal vez, si eran muy, muy discretos, nadie más se enteraría.

Llegó primero al sitio donde habían quedado en el vestíbulo. Pasado un rato en el que los hombres no pararon de mirarla, suspiró aliviada al ver que Spencer bajaba por las escaleras mecánicas. Cuando lo vio el corazón se le detuvo unos segundos, para empezar a latirle más deprisa. Estaba guapísimo y de lo más deseable con un traje de noche gris antracita y una camisa de un blanco inmaculado. Llevaba el pelo perfectamente arreglado excepto un mechón que le salía por detrás de la oreja izquierda.

¡Caramba! —le dijo con la boca abierta.

Sonrió con placer mientras revaluaba la pequeña fortuna que se había gastado en el vestíbulo. De pronto le pareció una ganga. Se sentía como Cenicienta en la fiesta. El Príncipe se había quedado mudo y boquiabierto.

¡Sí!

—Yo digo lo mismo —respondió ella mientras paseaba la mirada por aquel traje que no había visto antes.

—¿Por qué las mujeres creen que sólo les gusta comprar a ellas?

Frunció la boca como si estuviera enfadado, pero con los ojos la estaba mirando de un modo que le provocó un cosquilleo y un calor por todo el cuerpo.

—No me digas que eres un adicto secreto a las compras,

Spencer.

—No pienso contarte mis secretos. Al menos todavía no.

En el taxi consiguieron mantener el ambiente ligero y relajado. Sin embargo Jane se sentía cada vez más consciente de la sensualidad de su acompañante. Tras el encanto juvenil que siempre conseguía derribar sus defensas, estaba el hombre adulto con sus deseos de adulto.

Y así, tras aquella charla inofensiva, el pulso le latía a toda máquina.

Cuando llegaron al restaurante les llevaron a una mesa para cuatro en un rincón tranquilo de la sala. Habían llegado temprano adrede para darles la bienvenida a sus invitados, así que no les sorprendió encontrar la mesa vacía.

Después de acomodarse llegó el camarero y los saludó con un marcado acento francés.

—¿Les apetece tomar algo antes de la cena, madame et monsieur.

El camarero pensaba que eran marido y mujer y la idea emocionó a jane.

Spencer Miró a jane.

—Champán.

—Mmm asintió Jane.

—Crystal, si tiene.

El camarero puso cara de sorpresa y lo miró con enfado.

—Por supuesto que lo tenemos. En nuestras bodegas tenemos diecisiete variedades distintas de champán.

El hombre se alejó y Spencer sonrió.

—Creo que te has echado un enemigo de por vida —le comentó Jane.

Levantó la vista y vio a John Marsden y a una mujer de aspecto agradable a su lado acercándose a la mesa, de donde Spencer y ella se levantaron para saludarlos.

Siempre le había gustado John Marsden, así que sería un placer cenar con él. Era correcto y formal, y su esposa elegante y dulce.

Para ser una cena de negocios Jane tuvo que reconocer que fue todo un éxito. Y no por la corriente subterránea de atracción que corría entre los dos. Cuando él la miraba, la quemaba con su mirada.

Lo que ocurría entre ellos era magnético y, se daba cuenta en ese momento, inevitable.

No era sólo el champán lo que le corría por las venas cuando Spencer y ella regresaban en un taxi al hotel. Era también un deseo

ardiente. Habían dejado de charlar y estaban los dos en silencio.

Jane miró a su compañero con disimulo y vio que estaba muy serio. Se miraba las manos entrelazadas como si se estuviera debatiendo algo consigo mismo.

Las palabras de Yumi se repetían en su cabeza mientras sentía una punzada de culpabilidad. ¿Le estaría haciendo daño como decía Yumi? Desde luego ella estaba sufriendo. Jamás en su vida había conocido a un hombre que pudiera derretirla con sólo una mirada.

¿Pero por qué tenía que ser el hombre que pudiera destruirle su carrera?

Pasaron por el centro, con sus rascacielos y unos cuantos edificios de ladrillo más antiguos y bajos. Repasó su aburrida y casi inexistente vida amorosa y notó algo que no había notado antes. Siempre salía con hombres aburridos, previsibles, como Owen, que como a Alicia le gustaba decir, le interesaban más las tripas de un pescado que las mujeres.

Toda su vida había evitado a hombres como Spencer: hombres de éxito, que controlaban y dirigían. Tenía miedo de perder el control; miedo de terminar en la vida que con tanto cuidado su madre le había planeado desde el nacimiento. Pero Spencer le hacía cuestionarse todo, y con él quería perder el control. Por una vez deseaba que la pasión en lugar de la razón dominara sus acciones. ¿Además, qué tendría eso de malo? Había hecho lo que se había propuesto: había logrado el contrato con Marsden Holt De todos modos, pronto se marcharía de Datatracker.

—Estás preciosa esta noche —le susurró él.

Estaba serio. Sus ojos marrón oscuro parecían casi negros en la oscuridad del taxi. Entonces ella se acercó a él sin darse cuenta. Pero en ese mismo momento el taxi frenó y un portero abrió la puerta, asustándola.

De la mano avanzaron despacio por el vestíbulo silencioso hacia los ascensores. No hablaron, sólo se comunicaban a través del calor que desprendían sus manos. Ella presionó el botón de su planta y él se dejó llevar.

No se soltaron las manos hasta que no estuvieron delante de la puerta de Jane, que abrió con una tarjeta que sacó del bolso de pedrería. Él sujetó la puerta para dejar que entrara.

La habitación estaba suavemente iluminada, y el aire acondicionado zumbaba suavemente.

La cama estaba abierta por los dos lados, como una señal, y encima de cada almohadón había un caramelo de menta.

Jane se dio la vuelta al oír el clic de la puerta. Había conseguido

evitar su mirada, pero en ese momento buscó sus ojos. Jane lo había guiado hasta allí, pero al mirarlo a los ojos sintió que no podía moverse; sólo podía mirar esos ojos oscuros e hipnóticos.

Juraría que Spencer estaba esperando algo, y en ese momento se dio cuenta de lo que tenía que hacer: divorciarse de Tom Cruise.

Capítulo Quince

—Spencer, mi matrimonio ha sido… un error.

Debería haber dicho una mentira, pero no se atrevió a hacerlo.

—Se terminó —añadió.

Las palabras sonaban muy mal, y se dio cuenta de lo mucho que detestaba la idea de fracasar en el matrimonio; aunque fuera un matrimonio fingido y un divorcio fingido.

—¿Lo has dejado? —le preguntó Spencer.

Jane pensó que Spencer era un hombre de honor. Eso le había gustado de él desde un principio. No querría acostarse con una mujer casada.

Jane se encogió de vergüenza. Debía de pensar que era una asquerosa infiel. ¡Qué broma! Llevaba casi dos años sin practicar el sexo y él pensaba que estaba con dos hombres al mismo tiempo.

—Quiero decir, estamos separados. Estoy viviendo sola.

Pareció considerar sus palabras con gran solemnidad.

—¿Hay alguna posibilidad de reconciliación?

La idea de pasar el resto de su vida con Chuck le hizo estremecerse.

—No.

Avanzó un poco y le rozó la mejilla. Ella cerró los ojos y sintió que le rozaba la cara con los dedos. Sintió que los detenía en la barbilla para levantarle la cara. Sin abrir los ojos, ella sintió su calor, sintió que sus labios se acercaban a los de ella. Olía a limpio y a limón.

Entonces le rozó los labios con la suavidad de una pluma. Ella sintió su indecisión, sintió el conflicto interno. Podría ser un beso de buenas noches o convertirse en algo más.

Él alzó la cabeza. Jane pensó que no podía soportar que la dejara en ese momento; de modo que suspiró levemente mientras se ponía de puntillas y entonces tiró de él para que volviera a ella.

Spencer emitió un suave gemido de entrega y tomó posesión de sus labios, acariciándolos, explorándolos, atizando el fuego. Jane quería saborearlo por entero.

Se pegó más a él para frotar sus pechos anhelantes contra el pecho musculoso de Spencer. Él pareció entenderla, porque le echó mano a la espalda del vestido y le bajó la cremallera muy despacio.

Levantó la cabeza y se retiró mientras el vestido comenzaba a deslizarse hacia el suelo. Ella se inclinó para que no se cayera.

—Déjalo —le pidió él.

Y así lo hizo. Se quedó allí quieta mientras el vestido terminaba de caer al suelo.

Paseó la mirada despacio desde sus cabellos aún recogidos hasta el vestido de seda que había caído a sus pies. Jane tuvo que hacer un esfuerzo muy grande para no taparse los pechos.

Llevaba un conjunto de lencería fina azul pastel de seda y encaje, pero se sentía desnuda bajo su escrutinio. No se había molestado en ponerse medias, y sólo llevaba unas sandalias y los pies arreglados con la pedicura.

—Pareces Venus emergiendo de las aguas.

Parecía la imagen apropiada aquella del nacimiento de la diosa del amor, puesto que había algo totalmente nuevo en lo que estaba sintiendo, en las cosas que quería.

De pronto se quitó la americana y la echó al suelo. Sin más, se quitó también la camisa, y se quedó desnudo de cintura para arriba. Jane se quedó mirándolo. Tenía el pecho atlético y esculpido, el estómago plano. Los músculos de su vientre le parecieron muy eróticos. Qué extraño, nunca había sentido nada así. Se fijó en la línea de vello que avanzaba y se perdía bajo la cinturilla del pantalón.

Sin pensárselo dos veces, se apartó del vestido y fue hacia él. Le acarició el pecho y deslizó los dedos por la mata de vello suave y rizado.

Oh, olía tan bien, y tenía la piel tan cálida.

—¿Estás segura de esto?

—Sí. Me voy a divorciar —dijo con voz ronca.

Él le tomó la mano y tiró de ella hacia la cama, donde se sentó con ella al lado.

—Un divorcio es algo muy serio —frunció el ceño—. ¿Estás segura?

No podía arriesgarse a contarle que se lo había inventado todo; no quería que él se enfureciera, que la condenara. O peor aún, que la dejara allí plantada y se marchara.

Se aseguraría de que no se enterara nunca. De todos modos, pronto cambiaría de trabajo. Sólo quería pasar una noche especial con ese hombre.

—Sí. Chuck sabe que jamás podría funcionar entre nosotros —le contestó con una risita nerviosa mientras se preguntaba qué cara pondría Chuck—. Mi matrimonio ha terminado.

Él suspiró largamente.

—¿Quieres que lo hablemos?

Ella se volvió y lo miró a los ojos.

—No, no quiero hablar de nada.

Se puso de pie, fue al baño y dejó el anillo junto al lavabo. Metió la mano en la bolsa de aseo que tenía allí. A jane le gustaba ir preparada casi para todo. Aparte de tabletas de cloro y el cepillo de dientes, llevaba también preservativos. Esperaba que no se hubieran desintegrado de tanto tiempo que llevaban allí. Volvió a la habitación y vio que Spencer se había tumbado en la cama, pero que seguía con los pantalones puestos.

Intentó comportarse con naturalidad y elegancia mientras dejaba los tres preservativos en la mesilla, pero le ardían las mejillas. La observó en silencio hasta que se volvió hacia él.

—¿Lo quieres de verdad? —le preguntó él con voz ronca.

No quería que se mostrara tranquilo y razonable, ni que le hiciera más preguntas tontas. No estaba segura, pero su cuerpo sí. Totalmente. Asintió y se acercó a él. Se puso de rodillas y se inclinó para desabrocharle los zapatos. Entonces se los quitó. Le retiró los calcetines negros y quedaron al descubierto unos pies largos con dedos callosos. Le acarició las piernas cubiertas por los pantalones y después se inclinó para besarlo.

Él le acarició la espalda, le agarró el trasero con las dos manos y la tumbó encima de él. Con su boca ahogó su gemido de sorpresa mientras se hundía en su pecho, entre el vello suave que cubría sus pectorales, y frotaba las piernas sobre los pantalones de lana fría. Se quitó las sandalias y las dejó caer al suelo. Rápidamente fue a buscarle la cintura, pero él se le adelantó y se tiró de los pantalones hasta que terminaron también en el suelo.

Una vez que se había decidido a quedarse, se movió con una seguridad que le dejó sin aliento. Su lengua le hizo el amor a su boca con placer mientras con las manos le moldeaba el cuerpo.

Levantó la cabeza para observar el movimiento del sujetador de seda sobre sus pechos. A jane le dolían los pezones, que le pedían a gritos que les prestara atención. Spencer le acarició los pezones con las puntas de los dedos hasta que ella gimió de placer; después siguió el mismo camino con su boca, con su lengua, lamiéndole y tirando hasta que la seda estaba mojada y arrugada.

Jane se estremeció mientras Spencer sonreía.

—¿Tienes frío? Será mejor que te quites el sujetador. Está empapado.

Le desabrochó el sujetador diminuto. Entonces volvió a sus

pechos desnudos mientras le acariciaba la entrepierna través de las braguitas.

Jane empezó a emitir una serie de suaves gemidos. ¿Dónde estaba el aburrimiento que a veces había experimentado con el sexo?

—Por favor —le susurró mientras su excitación iba en aumento —. Me estás matando.

Con un gemido de satisfacción, él se puso de rodillas y le quitó las braguitas. Después se quitó el slip de algodón que llevaba puesto. Ella echó un vistazo a su miembro largo y duro y al momento lo sintió presionándole el vientre mientras Spencer la besaba con pasión.

Jane no podía dejar de acariciarlo; la espalda, la cabeza y las nalgas. Necesitaba sentirlo dentro tanto que estaba derritiéndose de excitación.

Él se resistió a las manos que lo apretaban contra ella.

—No tan deprisa. Quiero que esto dure para siempre.

Se inclinó sobre ella y abrió uno de los paquetes. En cuanto se puso la protección se tumbó junto a ella. Le metió la mano entre los muslos y ella los separó de buena gana. La tocó y ella gritó, entonces empezó a acariciarla despacio, trazando círculos. La besó una vez más y su lengua imitó el movimiento de sus dedos, rodeándole la punta de la lengua con la suya como si fuera otro clítoris.

La combinación de sensaciones la estaba volviendo loca. Estaba subiendo, ascendiendo, y no podía resistirlo mucho más.

—Por favor, Spencer, yo...

Cuando ella aguantó la respiración él se colocó entre sus piernas. Se tumbó mientras él la penetraba con suavidad y seguridad, embistiéndola y llenándola hasta que jane pensó que no podría resistirlo más.

Entonces él empezó a moverse y ella hizo lo mismo, desesperada por alcanzar el climax. Si Spencer había pensado que esa primera vez podría durar para siempre, entonces estaba equivocado. Ella echó las caderas hacia delante, encontrándose cada vez con su necesidad creciente, con la pasión en su rostro. Estaba aguantándose, pero le estaba costando mucho.

De nuevo la embistió, y la llevó cada vez más lejos, más lejos, hasta que perdió el control y empezó a dar vueltas en un mar de fuegos artificiales. Sintió el estallido final mientras él gemía y explotaba dentro de ella.

Capítulo Dieciséis

Spencer se despertó con una sonrisa en los labios y la mano derecha descansando sobre el pecho de Jane. Se sentía en paz por primera vez desde hacía muchos meses. Se resistía a despertarse del todo, deseoso de dejarse llevar de nuevo por un sueño increíblemente erótico que parecía haber durado toda la noche.

De pronto se oyó un gemido suave. El pecho se movió y el pezón le acarició la palma de la mano. Entonces abrió los ojos y recordó.

No era un sueño. Era más bien una fantasía hecha realidad. Tres paquetes de preservativos vacíos ensuciaban la mesilla de noche. Spencer sintió como si acabara de correr los cien metros lisos.

Y como si hubiera ganado una medalla de oro.

Pensó en despertarla con su lengua, pero echó un vistazo al reloj y vio que era casi la hora de levantarse. Se apoyó sobre un codo para observarla mientras dormía. Ella tenía la mano colgando, y Spencer la miró y revivió el momento en que ella se había quitado el anillo.

En ese momento se había dado cuenta de que la amaba.

Le habría gustado que hubiera sido totalmente sincera con él. Cuando se había quitado el anillo, le había dejado claro que estaba disponible. Spencer había estado tan seguro de que ella le diría la verdad, que le había sorprendido mucho que finalmente no lo hiciera.

Sintió como si no pudiera respirar. Rápidamente, con cuidado de no despertarla, se levantó de la cama y le escribió una nota para que se encontrara con él a las 7.30 para desayunar.

En su habitación, Spencer se quedó un buen rato bajo el chorro de agua caliente de la ducha. Mientras dejaba que los chorros le dieran un masaje en el cuello y la espalda, una duda acechante empezó a tomar forma en su mente. ¿Por qué Jane había dicho una mentira sobre otra mentira?

¿Estaría intentado ganar tiempo?

Mientras se secaba con una toalla se preguntó cuándo tardaría Jane en estar lista para casarse con él. Él estaba listo. Él querría casarse con ella ese mismo día. Amaba tanto a esa mujer... Y esa vez sería un buen marido. Se sonrió mientras se imaginaba casado con Jane.

A las siente y veinticinco entró silbando en la cafetería. Mientras saboreaba su primera taza de café, observaba la puerta, todo emocionado e impaciente, como un cachorro esperando a su amo. Pasados diez minutos miró el reloj y sonrió. Debía de haberla cansado mucho, porque Jane nunca llegaba tarde a ningún sitio.

A las siete cuarenta y cinco Jane ocupaba el asiento frente al suyo. Nada más mirarla a la cara, el comentario sexy y divertido que había estado a punto de hacer se desvaneció de su pensamiento. Estaba pálida, tenía mala cara y parecía que no quería mirarlo a los ojos.

—¿Te hice daño acaso? —le preguntó Spencer, ya que fue lo primero que se le fue a la cabeza.

Habían compartido una noche tan salvaje, tan divina, que tal vez se hubiera pasado sin darse cuenta. Si le había hecho daño, jamás se lo perdonaría a sí mismo.

Sus mejillas pálidas se sonrosaron y miró a su alrededor, seguramente para asegurarse de que nadie lo había oído.

—No. Claro que no me hiciste daño.

Una sensación de angustia se instaló en el pecho de Spencer.

—¿Qué ocurre?

Un camarero le sirvió café a jane. Spencer se impacientó al ver que ella se tomaba su tiempo para añadir la leche y el azúcar.

—No puedo creer que hiciera algo tan estúpido —le espetó finalmente.

—¿Estúpido? —gimió mientras intentaba controlar el tono de voz—. Hay muchos adjetivos que me vienen a la mente para describir la noche pasada. ¿Pero «estúpido»? ¿Qué tuvo de estúpido lo de anoche?

Por fin Jane lo miró a lo ojos, y la rabia que él vio allí lo confundió. De pronto empezó a preguntarse si habría sido él el estúpido. Tal vez a jane Stanford le gustara su marido ficticio. Tal vez no tenía intención de pedirle el divorcio de mentira a su marido de mentira. ¿Sería tan sólo ese «marido» una excusa para no ir en serio con nadie?

—Tú firmas mis cheques, Spencer.

Él pestañeó.

—¿De qué estás hablando, Jane? Tenemos banca electrónica. Es Hal quien firma los cheques.

Ella se dio un masaje en las sienes, como si le dolieran. Él vio que se había vuelto a poner el anillo y el corazón se le encogió.

—Eres mi jefe, Spencer. ¿Qué clase de mujer se acuesta con su jefe?

Él apenas la oyó. Si se había vuelto a poner el anillo era por algo bien claro.

—Te has puesto la alianza otra vez. ¿A qué estás jugando?

—¿Me has oído o no? —dijo Jane—. ¿Qué se supone que voy a hacer? Si me quito el anillo, todo el mundo se enterará.

—¿De qué? —dijo él en tono muy bajo.

—De que he dormido con mi jefe.

—Bueno, dormir no hemos dormido mucho. Y me encantaría si intentaras llamarme por mi nombre. Es Spencer Tate. Y soy un hombre, no tu jefe.

—En realidad, Spencer, eres las dos cosas. Me he dado cuenta de eso esta mañana, y no puedo tener una cosa sin la otra.

Él maldijo entre dientes. Le había costado dos años superar la traición de su ex esposa, sólo para hacer el ridículo por segunda vez.

—Nadie consigue todo lo que quiere.

—No puedo acostarme con el hombre que tiene el poder de echarme.

Él sintió que la rabia le fluía por las venas como lava caliente. Le echó una mirada a Jane que debería haberle dejado seca. ¿Eso era lo que pensaba de él? Bien. Había sido paciente con ella, comprensivo, y había esperado a que ella fuera a él. Pero como ella lo rechazaba después de que habían hecho el amor, se le había acabado la paciencia.

Se levantó de la mesa, ignoró su gemido estrangulado y lanzó la servilleta limpia sobre la mesa.

—Nos encontraremos en el vestíbulo a las ocho y media. No tengo hambre.

Su rabia no había cedido cuando volvieron a encontrarse. El vestíbulo estaba lleno de ejecutivos y hombres de negocios subiendo y bajando de las habitaciones.

Por mucho que deseaba postrarse a sus pies, besarla y empujarla a confesar que había algo más entre ellos dos que una noche de sexo, sabía que no era el momento adecuado.

Tenían una reunión de negocios a la que asistir. Pero al menos le diría algo para hacerle llegar su mensaje.

—Jane... —empezó a decir mientras alzaba la mano para rozarle la mejilla.

Ella retrocedió, como alarmada. Miraba más allá de él y de pronto pareció ponerse pálida.

—Lo de anoche significó algo para mí. No sólo fue sexo...

Alzó la mano para interrumpirlo a media frase. Él siguió la

dirección de su mirada horrorizada y se volvió a mirar detrás.

Phil Johnson estaba mirando a jane como si fuera una prostituta de la calle.

—Así que no te lo haces con un mero vendedor pero sí con un jefe, ¿eh? Vaya día tuviste ayer, consiguiéndote a Marsden Holt y consiguiéndote a...

Fue el instinto lo que empujó a Spencer a girarse del todo para pegarle un puñetazo a Johnson en aquella boca tan fea e insultante. El hombre se tambaleó y golpeó con las piernas el borde de la fuente de piedra que había en el vestíbulo.

Se balanceó hacia atrás y hacia delante, como si no supiera si recuperar el equilibrio o si caerse en la fuente.

Jane se adelantó y le dio un buen empujón que terminó precipitándolo en la fuente. Spencer esperó un momento, con los puños levantados, pero Johnson se quedó allí sentado, con el agua corriéndole por la cabeza y un chorrillo de sangre por el mentón.

Ella le dio un apretón en el brazo y le sonrió.

—Has hecho bien —le dijo en tono bajo.

Spencer intuyó que había mucho más significado detrás de sus palabras. Necesitaba saberlo, fueran cuales fueran las consecuencias. Si llegaban tarde a la presentación, no pasaría nada. A veces había cosas más importantes que los negocios.

—¿Cómo fue exactamente que...?

A Spencer lo interrumpió una mano grande que lo agarró del hombro, y cuando se volvió vio la cara gorda del guarda de seguridad del hotel.

—¿Quiere acompañarme, señor? —le dijo el hombre mientras lo agarraba con firmeza.

A Johnson lo estaba ayudando a salir de la fuente un segundo guarda de seguridad, y Spencer lo oyó gritar.

—Arresten a ese hombre. Que alguien llame a la policía —gritaba Phil Johnson.

Spencer sospechaba que las amenazas no irían mucho más allá. Suspiró al ver que iba a llegar tarde a la presentación.

—Escucha, Jane, tal vez esto lleve unos minutos. Toma un taxi a Marsden Holt. Yo iré en cuanto pueda.

Jane los miró a él y al fortachón que lo conducía, sin demasiada delicadeza, hacia una puerta que había en un lateral del vestíbulo.

—¿No quieres que me quede a explicar lo que ha pasado? —le preguntó ella.

—No. Hemos trabajado demasiado para no llegar ahora hasta el final. Johnson causará todos los problemas que pueda, pero no

permitiré que estropee el gran día. Ve sin mí. Lo siento, Jane —de haber estado pensando en el trabajo en lugar de estar hablando de tu vida sexual, eso no habría ocurrido—. Lo siento —repitió en tono más alto mientras el guarda se lo llevaba.

Deseaba besarla, al menos para quitarle esa palidez. Él no era un hombre violento, pero no le importaría pasar diez minutos con el señor Johnson en algún callejón donde no hubiera guardas de seguridad.

Jane asintió y aspiró hondo y consultó su reloj de pulsera. Sacó una tarjeta de visita y se la pasó al guarda de seguridad.

—No puedo perderme esta reunión, pero espero que pueda llamarme a mi móvil y me cuente lo que ha pasado.

—No depende de mí, señorita. Le daré su tarjeta al jefe de seguridad.

Jane asintió, le echó a Spencer una última mirada de preocupación y salió despacio del hotel.

Capítulo Diecisiete

Spencer no estaba nada contento.

Cuando por fin pudo salir, no sólo se había perdido el evento en Marsden Holt, sino que también había perdido el avión que había tomado Jane. Tuvo que tomar un vuelo posterior y contentarse con sus propios pensamientos y sus recuerdos. En veinticuatro horas había escalado las cimas más altas a nivel emocional para después caer en picado hasta las profundidades más negras.

Cuando llegó a casa, al menos estaba un poco más tranquilo; pero desde luego no recordaba la última vez que se había sentido tan confuso. Los nudillos amoratados eran un recordatorio constante de que hacer el papel de vengador se le había vuelto en su contra.

Johnson había hecho lo posible para presentar cargos en su contra. A Spencer le daba la sensación de que dos cosas le habían salvado el pellejo. La primera era que los dos eran de fuera del país y la segunda la intervención de una pareja de señores mayores que habían llamado con mucha discreción a la puerta del despacho del jefe de seguridad y se habían ofrecido como testigos. Nada más verlos, a Spencer se le había ido el alma a los pies. Parecían el señor y la señora Bush padres. ¿Quién dudaría de la palabra de una mujer que parecía una simpática abuelita y que se parecía a la antigua primera dama? Seguramente lo habrían visto golpeando a Johnson sin aparente razón para ello. Y con Barbara Bush en contra, seguramente sería condenado a pena de muerte. Pero resultó que la pareja se había presentado allí para corroborar su historia.

Afortunadamente para él, la pareja había oído el comentario provocativo y obsceno de Johnson antes de ver cómo Spencer lo atizaba.

—Es agradable ver a un hombre joven con sentido de la caballerosidad —dijo la clon de Barbara Bush mientras le daba unas palmadas consoladoras en el hombro.

Spencer, aunque profundamente agradecido, se había alegrado de que Jane no hubiera estado allí para oír esas palabras.

Era tarde el viernes por la noche cuando finalmente llegó a su casa. Llamó a casa de Jane y a su móvil, pero sólo le salió el contestador. Se quedó muy decepcionado por no poder hablar con

ella, aunque en realidad no sabría qué decirle cuando tuviera ocasión. Era una mujer muy testaruda y él, que estaba sinceramente enamorado de ella, no sabía cómo explicarle que ese sentimiento no se interpondría en su relación laboral.

Miró los mensajes en el contestador y vio que tenía tres de su cuñada. En el tercero no parecía tan tranquila como en los dos anteriores. Gimió para sus adentros. ¿Cómo podía él, un hombre divorciado que acababa de hacer lo imposible para terminar de fastidiar su última relación, aconsejarla?

Suspiró. Ella siempre había estado ahí cuando él la había necesitado. Por lo menos podría servirle. de hombro para llorar.

Después de darse una ducha se sirvió un whisky bien merecido, se sentó en su butaca favorita y llamó a Chelsea.

—Ay, gracias a Dios que has llamado. Estaba empezando a desesperarme —dijo en tono angustiado.

—Estaba fuera de la ciudad. ¿Qué pasa?

—Necesito que me riegues las plantas y des de comer a los peces por mí. ¿Puedes hacerlo?

Él sacudió la cabeza con incredulidad.

—Sí. Por supuesto. ¿Adonde vas?

—Seguí tu consejo. Me marcho a África.

—¿Cómo? —dijo mientras dejaba el vaso sobre la mesa con fuerza.

—Tenías razón, Spencer. Ningún matrimonio ni ninguna relación funciona si no se hacen compromisos. Hablé por teléfono con Bill y al final me marcho un par de semanas. Él se tomará unos días libres y vamos a ver si podemos buscar un modo de hacer las cosas. Él podría hacer menos excavaciones; y tal vez yo pueda cambiar mi horario para poder estar con él más a menudo. El caso es que nos queremos demasiado para fastidiar nuestro matrimonio.

Spencer sintió un calor en el pecho que no tenía nada que ver con que sus consejos hubieran podido ayudar a su hermano y a Chelsea.

En cuanto colgó el teléfono, el calor se tras—formó en un relámpago de inspiración.

La respuesta la tenía delante de sus narices. Si Chelsea y Bill, dos de las personas más testarudas que conocía, podían encontrar el modo de ceder y buscar un término medio entre su vida personal y profesional, entonces también podrían hacerlo Jane y él.

Si ella lo amaba tanto como él a ella, serían capaces de hacer cualquier cosa.

Era mucho suponer, ya que ella no le había dicho que lo amara;

ni siquiera le había hablado de su mentira. Sin embargo, después del espectáculo de Johnson, entendía mejor por qué Jane había ideado aquel estúpido plan.

Jane y él iban a mantener una conversación íntima, y no pensaba dejarla hasta que reconociera la verdad.

—¡Dios mío, qué barriga! —fueron las primeras palabras de Jane al ver a su amiga Alicia, que se pasó al día siguiente por su apartamento con Chuck para desayunar con ella.

Sabía que su mejor amiga no podía estar de más de cuatro meses.

—Gracias —respondió Alicia con sorna mirándose el vientre—. Agradezco tu ánimo.

—Lo siento, quería decir que se te nota ya el embarazo, pero estás bien.

—Voy a tener gemelos, Jane —le dijo Alicia riéndose—. A Chuck casi le dio un ataque cuando se enteró que tendría que comprarlo todo doble. Pero se animó cuando le dije que sólo tiene que comprarme flores a mí una vez.

—Ah, cariño —dijo Chuck, que puso la mano sobre el vientre de su esposa—. Es estupendo.

Empezó a dar vueltas alrededor de su mujer como mamá gallina con sus polluelos, asegurándose de que Alicia se sentaba cómodamente, con los pies levantados y con un cojín en la espalda.

Mientras Jane preparaba el café, Alicia le pidió uno de los cruasanes que habían llevado para desayunar.

—Pásame uno, ¿quieres? Parece como si tuviera un alien en el cuerpo. Me paso el día buscando comida o un baño.

Chuck se sentó junto a su esposa y le echó la mano por los hombros con expresión de felicidad y orgullo. Jane se alegró de que se hubieran pasado esa mañana. Si estaba sola sólo conseguiría pensar más, y ya había pensado bastante la noche anterior.

—¿Habéis elegido algún nombre? —les preguntó Jane mientras se enroscaba en el sofá.

Era estupendo tener amigos en casa para distraerla de los problemas con Spencer, aunque al mismo tiempo su presencia sólo le hiciera desear también el amor de una familia.

Unos golpes a la puerta la devolvieron a la realidad. Jane se puso de pie y se excusó.

—Seguramente será mi vecina a traerme el periódico; me lo recoge cuando no estoy.

Pero no era la señora Rosenbaum. Nada más verlo se atragantó con el pedazo de cruasán que tenía en la boca.

—¡Spencer!

—Siento venir así, Jane.

Del susto que se llevó se le fue un pedazo de bollo por mal sitio. No podía hablar, sólo toser y mover los brazos como una maniaca.

Él sonrió.

—¿Qué pasa, está tu marido en casa?

Ella sacudió la cabeza con violencia, y de tanto toser empezaron a llorarle los ojos. Spencer la miraba con preocupación.

—Necesitas un vaso de agua.

—¿Va todo bien, Jane? —gritó Chuck desde el salón.

Estaba tan entretenida intentando respirar que se olvidó de detener a Spencer que ya iba por el pasillo en dirección al salón. Spencer se detuvo a la puerta.

—Buenos días Alicia, Chuck.

Se estrujó el cerebro, pero la evidencia hacía imposible cualquier explicación. Chuck estaba de rodillas, besándole la tripa a su mujer.

Cuando Chuck lo vio hizo intención de ponerse de pie.

—Por mí no lo hagas.

Todos se quedaron helados. Alicia con una sonrisa superficial y los labios llenos de migas de cruasán. Chuck tenía esa mirada bobalicona del hombre que arrulla a su hijo aún en el vientre de su madre. Y Spencer parecía a punto de echarse a reír o a gritar.

Miró hacia Jane, pero ella, como los demás, estaba paralizada.

Spencer fue el primero en romper el silencio; entró en el salón y se dirigió a Alicia.

—Creo que hay que felicitarte —le dijo mirándole el vientre redondo.

Chuck se puso de pie y miró a jane con fastidio, como si quisiera decirle con la mirada que desde el principio él sabía que no iba a funcionar.

Spencer se adelantó hacia la mesa.

—¿Eso es café?

—Descafeinado —le dijo Alicia—. Son gemelos.

—Esto, Spencer —empezó a decir Jane—. No es lo que crees.

—¿Un cruasán? —Alicia le pasó la bolsa.

Chuck, amigo leal donde los hubiera, se puso de pie, se acercó a jane y le echó el brazo al hombro.

—Cariño —le dijo—. ¿No te parece estupendo que Alicia y su marido vayan a tener un hijo?

—Tal vez Jane y tú deberíais pensar en tener familia —dijo Spencer con afabilidad antes de meterse en la boca y pedazo de

bollo.

Chuck se rascó la cabeza.

—Creo que deberíamos pensarlo, ¿verdad, Jane?

Jane se alegraba de tener a Chuck a su lado, dándole apoyo.

—Le dije a jane que era la idea más tonta que había oído en mi vida —le dijo Alicia a Spencer.

—Desde luego —le contestó él, como si se hubiera pasado especialmente a ver a Alicia—. Os vi hace un par de semanas en II Paradiso. Al principio pensé que Chuck estaba engañando a su esposa con la mejor amiga de ésta.

Chuck no pudo soportarlo más y se adelantó un poco.

—Quiero a Alicia. Jamás la engañaría. No te ofendas, Jane.

—No te preocupes, Chuck —respondió ella en tono débil.

—Ah, cariño —le dijo Alicia en tono ahogado por la emoción; se puso de pie como pudo y lo abrazó—. Tal vez no sea Tom Cruise, pero lo quiero —le agarró la cara con las dos manos y lo besó ruidosamente—. Y ahora creo que es hora de que nos marchemos. Jane necesita hablar con Spencer.

Jane le echó una mirada a Spencer, que ya se había dado cuenta claramente de quién estaba casado con quién y por qué.

—No, Alicia, de verdad. No os vayáis. Aún no habéis terminado de desayunar.

—¡Hasta luego, Alicia! Cuida de ella, Chuck —le dijo Spencer en un tono que no admitía discusión alguna.

—¿Crees que sería sensato dejar a jane sola con él? —le preguntó Chuck a su mujer.

Alicia soltó un gruñido.

—Este lío nunca ha tenido nada de sensato. Jane se ha metido en este lío; deja que salga de él a su manera.

Jane sintió que se quedaba pálida y sin fuerzas y se sentó antes de desmayarse.

—No seas demasiado duro con ella —gritó Alicia desde la puerta del apartamento—. Te llamo después, jane.

—De acuerdo —respondió Jane con voz débil.

Chuck y Alicia salieron del apartamento, que de pronto le pareció demasiado pequeño.

Silencio. Un silencio impenetrable. Cuando ya no podía soportarlo más, Jane dijo:

—Lo sabes desde...

—Desde que vi a Alicia y a Chuck celebrando su aniversario en II Paradiso.

Él bebía café y ella jugueteaba con el ridículo anillo de casada.

No sabía qué decir.

—¿Has estado casada alguna vez? —le preguntó Spencer.

Ella no podía apartar los ojos del anillo.

—No —respondió Jane.

—Pensé que me lo dirías. Esperé, intenté todo lo que pude para obligarte a reconocer la verdad.

—¿El qué? ¿Que estoy soltera? De acuerdo. Estoy soltera.

—No. La verdad de que algo estaba ocurriendo entre nosotros. No has hecho más que esconderte tras una alianza de mentira y un matrimonio de mentira.

Jane sintió ganas de llorar y eso la molestó. Ella nunca lloraba.

—No fue mi intención que ocurriera esto —le dijo ella.

—¿Y enamorarme de ti? ¿Tampoco tenías la intención de que ocurriera?

Spencer la amaba. Se había engañado diciéndose a sí misma que podrían tener un lío discreto. Sin embargo, él no era de esa clase de hombres; y ella tampoco se creía de esa clase de mujeres. En ese momento, su tono de voz no era tierno y amoroso; en realidad parecía bastante irritado, lo cual era básicamente lo que ella sentía.

—Deja de hacer de un grano de arena una montaña. Me puse una alianza en el dedo para protegerme de cretinos como Johnson.

—¿Y de mí?

No podía soportar estar sentada y él allí de pie, cerniéndose sobre ella; así que se puso de pie y se acercó a él.

—Sí, y de ti. Tú eres mi jefe. ¿Sabes lo que se dice de las mujeres que se acuestan con su jefe?

—Permitiste que pensara que estabas casada aunque sabías que me estaba enamorando de ti.

—¡He echado a perder mi carrera profesional por ti!

—Tu carrera profesional. Eso es lo único que te importa, ¿verdad? Eres muy buena en tu trabajo; podrías conseguir un empleo en cualquier sitio, vendiendo cualquier cosa. Pero encontrar a alguien con quien te compenetras... bueno, no pasa a diario.

En parte tenía razón. Sabía que podía conseguir un empleo en donde fuera. Estaba claro que había alcanzado la misma conclusión que ella; no podían tener una relación y trabajar juntos. Aun así, podría haberse ofrecido a ser él quien se marchara. Él había participado en la noche de pasión tanto como ella. Pero, como sabía desde un principio, sería ella y no el presidente de la empresa a quien le tocaría abandonar Datatracker.

—No te preocupes —le dijo ella—. Estoy buscando otro empleo.

Él se quedó helado, como si acabara de darle una buena

bofetada.

—Espero que pueda calentar tus noches de invierno. Pensaba que teníamos un futuro juntos .

Y dicho eso echó a andar por el pasillo de su apartamento y salió por la puerta.

Ella se quedó allí, paralizada. ¿Por qué se había puesto así? ¿Acaso no le estaba dando exactamente lo que él quería? Conseguiría otro trabajo. Podrían seguir teniendo una aventura, a distancia, si era necesario. Era la única oportunidad que tenían.

¿O no?

Se quedó mucho rato sentada en la butaca. Al final se quitó el anillo y lo tiró al suelo.

Había echado a perder su oportunidad de ser feliz por una mentira estúpida.

De pronto se dio cuenta de que estaba llorando. Se limpió las lágrimas. Llorar era de tontos.

Mucho rato y un paquete de pañuelos de papel después, sacó la tarjeta de visita de John Marsden.

Capítulo Dieciocho

Jane vio amanecer el lunes por la mañana. Y no porque se despertara en ese momento. En realidad llevaba toda la noche sin dormir, escribiendo, imprimiendo y rompiendo después varias cartas de dimisión. Pero cada una de esas cartas le parecía más estúpida que la anterior.

Sabía instintivamente que él la trataría como a una profesional mientras ella se comportara como tal. Fuera del horario de oficina podría ser su amante y hacer todas las locuras que quisiera, pero en cuanto se pusiera el traje de chaqueta, sabía que él dejaría de ser su amante y sería su colega.

Sabía que no habría problema con Spencer; estaba convencida de ello. De modo que, avergonzada, borró lo que había escrito y empezó de nuevo.

¿Pero cómo habría podido saber de antemano que en Datatracker conocería al hombre de sus sueños?

Como era una cobarde, estaba pensando en no presentarse en la empresa y simplemente enviar su carta de dimisión. Pero no podía hacer eso. Spencer merecía al menos la atención de recibir su dimisión en persona, y tal vez quisiera escuchar una explicación a su comportamiento.

Estaba amaneciendo cuando terminaba de escribir la copia final de la carta, la cual remataba con una mentira más a su ristra de mentiras en Datatracker. Decía que se marchaba porque le habían ofrecido un empleo en otro sitio y soltaba un montón de tópicos. De haber tenido más tiempo lo habría empleado retocándola más, pero no había sido así. De modo que la imprimió en un papel de cartas que sus padres le habían regalado en Navidad, la firmó con rapidez y el corazón en un puño y se encaminó a la oficina con el corazón encogido.

Una vez allí fue directamente a su despacho.

—Hola, Yumi —saludó a la secretaria con una sonrisa nerviosa.

La otra mujer le echó una mirada distraída.

—Si quieres ver a Spencer tendrás que esperar. Tiene reuniones hasta el mediodía y después...

Jane no oyó nada más. Spencer estaba a su puerta mirándola con tantas emociones escritas en el rostro que Jane no sabría decir

cuál dominaba. ¿La rabia? ¿La confusión? ¿El dolor? ¿La tristeza o el amor?

Tenía un aspecto de lo más enternecedor: el cabello revuelto, los ojos enrojecidos y un pedazo de papel pegado a la barbilla, que supuso que se habría cortado afeitándose.

—Jane. Pasa —dijo con voz ronca.

Jane sintió ganas de llorar al pensar que sería la última vez que entraría en su despacho. Se sentó en la butaca de cuero gris que había ocupado seis meses atrás, cuando él la había entrevistado por primera vez.

El ruido de la puerta cerrándose la llevó a volver la cabeza hacia el hombre de quien se había enamorado. El peor hombre que podría haber elegido: su jefe.

Sin embargo, Spencer no parecía el hombre que ella amaba, ni tampoco su jefe. Parecía en ese momento un extraño. Pasó junto a ella y, en lugar de sentarse en la otra butaca de cuero gris, dio la vuelta al escritorio y se sentó a su mesa.

Ninguno de los dos habló. A jane le dio la impresión de que ninguno quería empezar una conversación que efectivamente acabaría con su relación, tanto profesional como personal. Además, en su caso, tenía la garganta tan seca que no parecía capaz de hablar.

En lugar de eso lo miró, pensando que probablemente sería la última vez. Tenía los ojos inyectados en sangre y el pelo revuelto. Parecía que se había afeitado con una corta césped, y de no conocerlo mejor, diría que había estado bebiendo.

Entonces vio que tenía un bote de analgésicos y un vaso de agua sobre la mesa. Sin duda había estado bebiendo; seguramente cuando a ella le había dado el ataque de llanto.

De algún modo, le consoló el saber que había estado tan mal como ella. Y eso le dio el coraje de abrir su maletín y sacar el sobre con la carta de dimisión. Sabía que era mejor terminar lo antes posible y no alargar el dolor.

Le dejó el sobre en la mesa que tenía delante.

Él lo estudió un momento y entonces lo ignoró y la miró a los ojos.

—Tienes un aspecto horrible —le dijo Spencer.

Ella tragó saliva con dificultad antes de contestar.

—Y tú.

—¿Esto es lo que creo que es? —le preguntó, echándole una mirada al sobre.

Ella asintió. Y entonces, porque era una profesional y no quería

ningún malentendido, añadió:
—Es mi carta de dimisión.
Una sombra de dolor asomó a su expresión tan brevemente que Jane se dijo si no se lo habría imaginado.
—Espero que nos des dos semanas de aviso.
¿Por qué habría pensado que él intentaría ponérselo fácil?
—Esperaba poder marcharme antes; hoy, si era posible.
Él se frotó los ojos; se veía que había dormido muy poco.
—¿Pero y qué pasa con Marsden Holt? Nos vendría bien tu ayuda para organizar la instalación. Sin duda nos lo debes.
Aquello no iba a salir como ella había esperado. En lugar de estar contento de librarse de ella, le estaba naciendo sentirse como un gusano por marcharse.
—Estoy pensando en trabajar con Marsden Holt.
Había intentado varias veces hablar con John Marsden, pero de momento no lo había conseguido.
Spencer emitió una risotada amarga. Ella levantó la vista y vio que se había levantado del asiento.
—John Marsden me dio su palabra de que no intentaría robarte. ¿Es que ya nadie dice la verdad?
Sus propias mentiras no tenían defensa, pero no podía permitir que Spencer se sintiera tan traicionado. Se obligó a hablar con claridad.
—No me robó. Simplemente me dejó claro que estaría interesado en mí si yo...
—¿Qué te ha prometido? ¿Más dinero?
—No. No me ha prometido...
—¿Más categoría?
Ella se estremeció, y él debió de notar por su expresión que decía la verdad.
—En la última reunión me dio el número de su casa —le explicó, negándose a mentir—. Me dejó caer que estaban buscando un buen profesional para el puesto de director de ventas.
—No pude llegar a esa reunión porque me echaron del país por comportarme como un maldito Boy Scout. Te he dado la oportunidad de apuñalarme por la espalda.
—¡No ocurrió así! —dijo, subiendo la voz.
—¿Ah, no?
Jane recordó las cosas malas que le había dicho Johnson y la satisfacción que había experimentado cuando Spencer le había dado su merecido.
—No. Me gustó mucho que pusieras a Johnson en su sitio. Pero

después me puse a pensar que se encargaría de extender la noticia lo más rápidamente posible. Destruirá mi credibilidad y dañará la tuya. No puedo permitir que eso ocurra.

—Pensé que te encantaba este trabajo. No puedo creer que te marches así como así.

—Hice mal en mentir diciendo que estaba casada, Spencer. Ahora me doy cuenta. Quiero marcharme con un poco de dignidad y empezar de nuevo en otro sitio. Yo... —bajó la vista nerviosamente—. Me echaron de mi anterior trabajo, Spencer. Johnson... bueno, se comportó de manera inapropiada, y yo perdí los estribos. Por eso me puse el anillo y fingí estar casada. Pero él nunca me ha perdonado por rechazarlo.

Spencer no parecía sorprendido, simplemente asintió.

—Todo eso lo sé —dijo cuando ella terminó de hablar.

—¿Lo sabes? ¿Pero cómo...?

—Te investigué un poco antes de contratarte. No estás tratando con un imbécil, sabes; aunque me tragara el rollo ése de que estabas casada...

—Pero... no puedo creer que me contrataras sabiendo lo que le había hecho a Johnson. ¿Sabías que le había pegado?

Spencer sonrió de ese modo que siempre conseguía derretirla por dentro.

—En ese momento me decidí a contratarte.

—Entonces debes entender que no puedo quedarme sabiendo que nos pilló... que te oyó decir que...

—Johnson es una cucaracha. Y esto no tiene nada que ver con él; eres tú la que no tienes agallas.

Jane emitió un gemido entrecortado mientras alzaba la vista para encontrarse con sus ojos de mirada sombría.

—¡Cómo te atreves! Hay que tener agallas para salir adelante en un mundo de hombres. He aguantado el acoso sexual, las bromas de los vestuarios, incluso aprendí a jugar al golf.

Su expresión se suavizó y le brillaron los ojos.

—Todo eso que dices no es más que una tapadera muy conveniente. Tienes miedo y estás huyendo.

Ella puso las manos en jarras y le echó una mirada beligerante.

—¿Y de qué tengo miedo?

—¡De esto!

Y antes de darle oportunidad, la abrazó y la besó apasionadamente. Le pasó la lengua por los labios, la enredó en su lengua y se la deslizó por toda la boca. Y enseguida ella se dejó llevar y empezó a devolverle todo lo que él le estaba dando. Sintió

que él la empujaba de nuevo sobre la butaca, y gimió con abandono mientras le hundía las manos entre los cabellos.

—De esto tienes miedo —le dijo él con ardor mientras la besaba en el cuello.

—Yo no… Oh, no deberíamos estar haciendo esto, no es apropiado y…

El timbrado agudo del intercomunicador los asustó, y a jane se le escapó un gemido horrorizado.

—¿Spencer? —dijo la voz de Yumi. Ed Pospett está aquí.

Jane se arregló la ropa frenéticamente y agarró el bolso de mano para pintarse los labios mientras Spencer pegaba un salto para responder.

—Estamos terminando. Dile que le atenderé en cinco minutos.

Jane no podía creer su mala suerte. Precisamente tenía que ser Ed Pospett, uno de los directivos del consejo de administración de Datatracker, el que estuviera allí a la puerta. Además, era un ejecutivo de la vieja escuela, y tan acartonado y pomposo como ningún otro.

Se pintó los labios con manos temblorosas y se echó el maletín al hombro. Cuando se daba la vuelta para ir hacia la puerta, Spencer la agarró del brazo.

—Esto no ha terminado —le susurró—. No acepto tu dimisión.

Ella abrió los ojos como platos; él se aprovechó y la besó con fuerza y rapidez.

—No te marches de la ciudad —le ordenó.

Por un momento Jane contempló la posibilidad de castigar a Spencer dejando que se reuniera con el presidente del consejo con los labios manchados de carmín, pero en el último momento se lo pensó mejor.

Límpiate la boca —le respondió.

Y mientras abría la puerta para salir con la mayor dignidad posible vio que se limpiaba el carmín con la mano.

Capítulo Diecinueve

¿Miedo? ¿A quién llamaba Spencer cobarde?

—¡No tengo miedo! —dijo con firmeza mientras echaba un puñado de alpiste a las aves que flotaban sobre el Lago Perdido.

Al salir del despacho de Spencer, se había ido directamente a casa. Pero al llegar a su apartamento se había dado cuenta de que no quería estar allí. Se puso algo más cómodo y salió. Sin saber por qué fue caminando hasta el Parque Stanley. Al pasar por delante de un puesto que vendía alpiste compró una bolsa. Dar de comer a los pájaros siempre le daba una gran sensación de paz.

Se sentía bien allí al aire libre, temporalmente alejada de sus problemas. Aunque la afirmación de Spencer de que tenía miedo le había molestado más de lo que querría reconocer.

¿Sería cierto? ¿Tendría miedo de la intimidad y el compromiso que implicaba el amor? ¿Miedo de entregarle el corazón a otra persona?

Esos pensamientos se repetían en su mente con un matiz de verdad que no le gustaba nada.

Amar a Spencer era complicado, no imposible. ¿Pero tendría el coraje de hacerlo?

Tendría que enfrentarse al hecho de que se había convertido en lo que más despreciaba: una mujer que se acostaba con su jefe. Tendría que enfrentarse a los comentarios y a las críticas. Y eso sería solamente en el trabajo. Fuera de ahí, tendrían que forjarse una vida personal que no incluyera la oficina. Eso no iba a ser fácil para un par de adictos al trabajo como ellos dos.

¿Valdría la pena el esfuerzo?

Se echó a reír mientras lanzaba los últimos puñados de alpiste. Por el modo en que ambos habían reaccionado cuando ella había intentado renunciar, tenía la respuesta. Su cuerpo sabía lo que su mente no había querido aceptar. ¡Por supuesto que Spencer merecía la pena!

Miró el reloj y se dio cuenta con sorpresa que se había pasado la mayor parte del día allí junto al lago, aclarando sus sentimientos y sus pensamientos. Sería mejor que se diera prisa si quería pillar a Spencer antes de que se marchara del despacho, y antes de que cambiara de opinión y decidiera aceptar su dimisión.

De camino a casa sintió una gran emoción. ¿Qué le diría a Spencer?

Cuando llegó al portal del edificio vio a un hombre alto de espaldas charlando con una mujer mayor. Cuando ella sacó las llaves, el hombre se dio la vuelta y Jane lo reconoció.

—¡Spencer!

—Hola, Jane. Pasa.

Entraron en el portal y se dirigieron hacia las escaleras.

—¿Qué quieres? —le preguntó mientras subían juntos por las escaleras de cemento.

—Tenemos un asunto sin terminar —le dijo él.

En cuanto entraron en el apartamento, Jane empezó a sentir una gran emoción. Iba a ser duro decirle que quería continuar con su trabajo, pero hacerlo en su apartamento iba a resultar aún más duro.

Automáticamente lo invitó a pasar al salón.

—Por favor, siéntate —le señaló una silla con calma aparente, aunque por dentro tenía el estómago encogido.

Después de sentarse con aparente renuencia, ella se sentó frente a él en el sofá.

—¿Te apetece tomar algo? —le preguntó Jane tras una breve pausa.

—No, gracias.

¿Cómo sacar el tema?

—¿Tal vez algo de comer? —añadió Jane.

Él negó con la cabeza, visiblemente divertido.

Jane pasó unos minutos más pensando cómo decirle lo que tenía que decirle. Cada vez que lo miraba, los recuerdos la aturdían.

Después de pasar un buen rato sin saber qué decir, se dio cuenta de pronto de que Spencer se buscaba algo en los bolsillos. Pasados unos momentos sacó un papel arrugado.

—¿Es mi carta de dimisión?

Él sacudió la cabeza.

—No. Es la mía.

—¿Cómo? —gritó—. ¿Spencer, te has vuelto loco? Eres el presidente de una empresa maravillosa. Serías tonto si te marcharas.

—Sería más tonto si te perdiera —respondió sin más.

Pensó que le iba a estallar el corazón al pensar que estaba dispuesto a renunciar a tanto por ella. Las lágrimas le nublaron la vista y el orgullo que la había cegado toda la vida pareció disiparse.

—Me quieres de verdad.

Él asintió despacio.

—Oh, Spencer, yo también te quiero. Iba a pedirte que rompieras mi carta de dimisión. Tenías razón. Tengo que dejar de huir. He decidido que puedo intentarlo. Voy a ser tu colega de día y tu amante toda la noche.

—No.

—¿No? —repitió en tono confundido.

—Me amarás toda la noche, pero como esposa mía.

Y dicho eso la estrechó entre sus brazos y la besó con exigencia y ternura.

Ella se echó a llorar mientras lo abrazaba.

—No creo que se me dé muy bien eso de estar casada.

—Creo que te resultará más fácil con un marido de verdad —le dijo él con toda seriedad.

Ella sintió una dicha sin fin al mirarlo.

—Piensa en todo lo que tendré que hacerte cuando esté casada contigo.

—Lo estoy pensando —contestó él mientras la besaba en el cuello con insistencia y ardor.

A los pocos minutos Spencer la había desnudado y se había desnudado él también. Jane se olvidó de todo lo que habían estado hablando mientras él se afanaba en darle un masaje por todo el cuerpo; un masaje como jamás se lo habían dado en la vida.

Horas más tarde, Jane estaba entre sus brazos, sintiéndose saciada y completa. La alfombra resultaba un poco áspera al contacto con la piel, pero se sentía demasiado perezosa para sugerir que se mudaran al dormitorio.

—Y quiero hacer el amor con regularidad —le dijo Jane mientras le acariciaba el mentón con suavidad.

—Mmm. Puedo estar de guardia las veinticuatro horas del día ahora que no voy a tener tanta responsabilidad en el trabajo —dijo como quien no quisiera la cosa, pero ella notó que no bromeaba.

Levantó la cabeza y la apoyó sobre un codo para mirarlo a la cara.

—No estarás pensando en renunciar a tu puesto, ¿verdad?

—Ya lo he hecho.

—¡No me digas! —exclamó.

—Mi reunión con Ed Pospett no podría haber ocurrido en mejor momento.

—¿Pero qué le contaste?

—Le conté que iba a casarme contigo y que no quería que mi mujer tuviera que venir a informarme a mí.

—Pero... pero eres el presidente de Datatracker.

—Ya no. Ahora soy el vicepresidente del departamento de desarrollo de nuevos productos —añadió—. Es lo que me gusta hacer. Echo de menos crear productos nuevos; en cambio nunca voy a echar de menos la administración.

—¿Has dejado tu puesto por mí?

—Sí. Y espero que tú conserves el tuyo por mí.

—Oh, Spencer, estoy tan contenta.

—Un momento.

Miró a su alrededor, hacia la ropa que habían tirado al suelo hasta que encontró su cazadora negra. Ella sonreía mientras él buscaba nerviosamente en los bolsillos hasta que sacó un pequeño estuche de terciopelo azul. Cuando lo abrió, Jane vio un anillo de compromiso elegante y sencillo.

—¿Quieres casarte conmigo? —le pidió Spencer.

—Sí —susurró ella.

Mientras le ponía el anillo en el dedo anular de la mano izquierda, Jane se dio cuenta de que ése le quedaba como anillo al dedo.